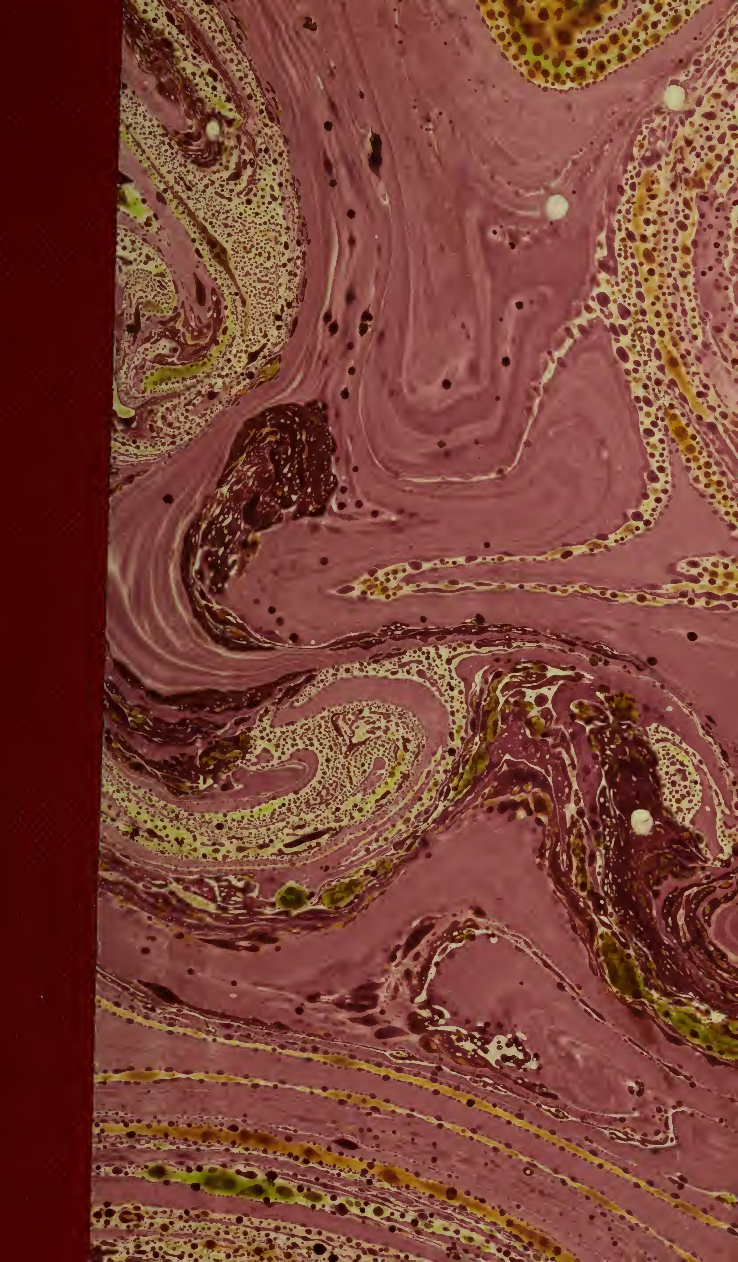



LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF ILLINOIS
AT URBANA-CHAMPAIGN



De Córdoba a Alcázarquivir



EDUARDO ZAMACOIS

De Córdoba a Alcázarquivir

TIPOS Y PAISAJES

DE

ANDALUCIA Y DE MARRUECOS

1915-1921



BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y gran premio en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, núm. 166



I

LA ACERA DE ENFRENTE

Es incalculable la influencia que en todas las personas, especialmente sobre aquellas más sensitivas y fantaseadoras, ejerce la acera de enfrente. Usted, lector, para juzgar la hermosura o fealdad de su calle, nunca examina la acera de su casa, sino la opuesta: cuando las edificaciones de aquel lado son ricas, sólidas, elegantes y modernas, la calle le parecerá buena; si, por el contrario, son fincas antiguas, con fachadas obscuras, fenestraje irregular y aleros húmedos y saledizos, dirá usted pestes de ella. De consiguiente, usted, lector, no concede importancia sustantiva al sitio o lugar geométrico exacto donde vive, sino a todo cuanto vive y se muestra delante de usted, pues todos somos el «reflejo» de lo que no somos; y así, la luz que haya en su casa, el bienestar que usted disfrute al asomarse a sus balcones a tomar el fresco o el sol, dependerá casi en absoluto de la impresión que le produzca la acera de enfrente.

Si vamos embarcados o en ferrocarril, nos sucede lo propio. Acodados sobre la borda, o asomados a la ventanilla de nuestro vagón, a cada momento solicitamos la atención de la persona que está a nuestro lado:

—¡Allí va un buque!... ¡Mira qué grupo de árboles tan interesantes!... ¡Fíjate en ese camino!...

Mientras hablamos, desearíamos ir en aquel buque, sentarnos a descansar bajo la fronda de aquellos árboles, bordonear a lo largo de aquella ruta. Jamás reflexionamos en la gallardía del expreso o del trasatlántico que nos llevan, y esclavos del capricho filante cambiaríamos nuestro coche-cama por una carreta. ¿De dónde nace esa incurable inquietud arcana? Acaso de que la belleza no pase de ser un fenómeno óptico, una cuestión de perspectiva, un miraje de la diosa Distancia, la pintora excelsa, la suprema poesía. Ello es que nadie puede sustraerse a la virtud alucinadora de esa obsesión, a la vez dulce y mortal, a que me refiero: en la vulgaridad de nuestras ciudades, la acera de enfrente es... ¡la acera de enfrente!... En la majestad de los viajes, en esas carretas locas que, por temporadas, emprendemos a través de los continentes y de los mares, la acera de enfrente es... el horizonte.

Sea cual fuere el panorama moral que investiguemos, aparece en nuestra alma sedienta y curiosa «una acera de enfrente». Esa zozobra interior que tan pronto nos saca a la calle como nos restituye a nuestro hogar; ese prurito de diluirnos en la existencia colectiva y de vivir la vida ajena más que la nuestra propia; ese peligroso anhelo de belleza que suprimiendo del decálogo el noveno mandamiento erizó de terribles asechanzas nuestra vida sentimental; el tonel sin fondo, tonel de Danaides, de nuestro corazón; la

fiebre de Tántalo, la túnica inflamada de Deyanira, el orgullo y el deseo de saber que empujaron a Prometeo a la cima del Cáucaso... ¿no son otras tantas manifestaciones, visajes o símbolos, del ineluctable imperio de la acera de enfrente?...

Nos asomamos al balcón de nuestro despacho y miramos hacia la casa frontera. Sus ventanas obscuras, cerradas como labios prudentes, como párpados dormidos, nos estremecen de curiosidad.

«¿Quién habitará ahí?—pensamos;—¿qué misterios se recatarán tras esos muros...?»

Vemos una mujer hermosa en la calle:

«¿Quién será? ¿Cómo vivirá? ¿Tendrá penas? Sí, tendrá penas, porque vivir es tener penas. ¡Si me amase!...»

Nos hablan de un país lejano y una suave melancolía nos invade. También allí habrá mujeres lindas, empresas, paisajes y crepúsculos inefables.

«¡Ah! ¡Si pudiésemos irnos allí!...»

Y no se crea que levantando el ánimo para romper la tutela de las cosas que parecen vulgares, conseguiremos evitar la atracción de lo remoto, pues ésta se exacerba y agudiza cuanto más amplio, noble y trascedente es el objeto sobre que se ejercita nuestro esfuerzo mental. Así, la metafísica, que estudia las fuentes universales o primeros principios de las cosas; la teología, que trata de Dios; la teodicea, que examina la justicia divina en sus relaciones con la humanidad pecadora; la teosofía, según la cual las almas van mejorándose hasta confundirse con el Sumo Bien; la religión, en fin, con toda la grandeza milenaria de su enigma; la religión que desdeña la vida para mejor pensar en la muerte; la religión para quien sólo existe lo futuro, lo eterno, lo inmóvil; la religión que nos habla siempre «desde la otra

orilla»... ¿no constituyen los testimonios más definitivos, más rotundos, de ese espejismo que, por amor a lo frívolo, seguiré llamando «la acera de enfrente?...»

Esta perdurable angustia demuestra nuestra relatividad y pequeñez; la frágil parvedad de nuestra carne y la tacañería de nuestra mente.

Consolémonos, sin embargo, pensando en que todo, aun lo más grande, es finito; todo es relativo. ¿Qué de extraordinario hay en que nuestras ambiciones, no sean completamente nuestras? Nada, en la creación, es cerrado; nada es exclusivo. Copia el mar el color del cielo; el cielo a su vez refleja el del Océano. ¿Qué más? La Tierra, la misma Tierra, que no brilla con luz propia, ¿no recibe el calor, o lo que es igual, no recibe la Vida, de la acera de enfrente?...

II

EN EL TREN

Cuando llegamos a la estación, ya los rápidos de Andalucía, Barcelona y Valencia están formados. Varios hombres, provistos de un balde lleno de agua y de una escoba sujeta a un largo mástil, lavan el exterior de los coches, que con el fregado se remozan y brillan a la luz como el charol. Allá delante, bajo el altísimo arco de la marquesina, las locomotoras humean, resoplan, laten; vivas parecen; su actividad contenida da a los convoyes la expresión de caballos de carrera dispuestos a partir.

. . . . ,

Hace una hora que salimos de Madrid. Desde el pasillo del vagón, tapizado de gris, caliente, muelle, confortable como una alcoba, los viajeros observaban el adusto paisaje castellano. Ni un regato, ni un árbol. La tierra ondula suavemente, y el suelo, de color obscuro y roturado en surcos apretados y paralelos, semeja un traje

de pana. Vienen con nosotros dos religiosas trinitarias, un cura, un militar, y cierta señora andaluza que se acompaña de una criada y que debe ser algo sorda, porque todo lo dice muy alto.

Un caballero se acerca a saludarnos. Es de mediana estatura. Viste correctamente: gabán obscuro, sombrero hongo, botas nuevecitas de becerro amarillo... Es un hombre exactamente igual a esos centenares, a esos millares de hombres que a diario se cruzan en la calle con nosotros. Dentro de nuestra memoria una imagen se yergue que intenta responder al perfil de la persona que tenemos delante; pero la fusión no se realiza. Esta duda enfría nuestra mano y pone en nuestras palabras una vacilación de olvido. El desconocido comprende:

—Usted no se acuerda de mí...

—Perdone usted; pero en este momento...

—Yo soy Equis.

—¡Ah, sí!... ¡Equis!... ¡Es verdad! ¡Caramba!...

Repetimos su nombre con alegría fingida, porque en realidad, el recuerdo no se ha producido aún.

Nuestro interlocutor, sin despecho, bondadosamente, añade:

—Yo soy «el amigo» de R.

Y cita a uno de nuestros mejores camaradas.

—¡Sí, sí!...—nos apresuramos a contestar,—¡mucho!... ¡R.! ¡Hace tiempo que no le veo!

Seguimos mintiendo: sabemos quién es R.; pero Equis continúa totalmente borrado de nuestro magín. Esta ausencia de memoria es tan inoportuna y de tal gravedad que se convierte en descortesía. Nos sentimos humillados, avergonzados de nosotros mismos. Con un espíritu así, tan olvidadizo y desasido de todo, no hay derecho a la vida social. Como si adivinase los reproches

con que mi quisquillosa conciencia a sí misma se azota y aflige, Equis agrega:

—No extraño que no me haya reconocido usted...

Se lleva un índice a los labios.

—Vea usted: es que me he recortado el bigote.

Una pueril, pero grande y sincera alegría, se apodera entonces de nosotros. ¡Es verdad!... Desde el primer momento, en cuanto subimos al vagón, habíamos pensado: «Ese es Equis», Pero como a la vez advertíamos en su rostro algo raro, no nos atrevimos a saludarle, temerosos de equivocarnos. Hablamos con efusión y rapidez. Equis dice que él también advirtió la curiosidad amistosa de nuestras miradas, la inquietud y las dudas que la disminución o podadura de su bigote producía en nosotros. El pobre reía satisfecho. Yo río también, contento de no haber lastimado con mi distracción el amor propio de un hombre tan bien vestido y que parece tan bueno, y luego conversamos como si jamás, ni durante el brevísimo intervalo de un día, nos hubiéramos olvidado el uno del otro.

—Yo voy a Córdoba—le digo.—¿Y usted?...

No; Equis no va a Córdoba; más modesto que yo, Equis se queda en Alcázar. ¡Qué lástima! Y momentáneamente los dos callamos, contrariados por la idea de separarnos tan pronto.

En realidad, la causa de que yo no haya conocido a Equis no es la evolución de su bigote, como él supone; no se lo hubiera transformado en un ápice, y la rememoración tampoco se habría producido.

Estas noches o lagunas, semejantes a desgarrones de la tela donde la milagrosa arañita de la memoria incesantemente va bordando sus recuerdos, no son motivadas por una atonía o imperfecta disposición de nuestras células cerebra-

les, sino por la tibieza, vulgaridad y desdibujamiento de las imágenes que sin interrupción nos tira a los ojos la realidad. Esto es lo general. Como las plantas trepadoras, la memoria necesita puntas ásperas, ángulos salientes a que agarrarse. La hiedra más invasora, más viciosa, más lozana, no podría trepar por un muro de mármol ni por el liso cristal de un espejo. Lo uniforme, lo compacto, los cuerpos faltos de resquicios y de suturas la abaten, la rinden, la arrojan contra el suelo. Lo propio le acontece a la memoria, si las imágenes que la solicitan carecen de relieve, no podrá agarrarse a ellas y, sin darse cuenta, gozosamente las perderá.

Son la mayoría inmensa de las personas como esas perspectivas que devana ante nuestra retina el veloz filar de los viajes. ¿Por qué nos acordaríamos de un hombre que discurre y se viste y es, en fin, perfectamente idéntico a todos los hombres? ¿Cómo diferenciar en nuestro espíritu una llanura de otra llanura? ¿Cómo distinguir un árbol de otro árbol de la misma clase, una ola de otra ola?... Nos acordamos del amigo con quien vivimos un momento de vida intensa; de la mujer cuyo amor nos proporcionó largas alegrías o largas pesadumbres; del panorama o de la obra de arte que, por su extraordinaria belleza, nos llegaron al fondo del alma; nos acordamos de lo que nos hizo mucho bien; de lo que nos produjo mucho dolor, y también de la persona con quien nos aburrimos mucho; nos acordamos de lo grande, de lo vertical, de lo rotundo...; ¿pero qué memoria sería susceptible de retener las inmensidades de lo gris, de lo plano y de lo anónimo?.... ¿Ni para qué?...

En la soledad de mi departamento mi espíritu realiza maridajes funambulescos de ideas; ayun-

tamientos que por su misma justeza y extravagancia acreditan la admirable armonía entre nuestra conciencia y el mundo objetivo. Equis, por ejemplo, con su hablar trivial, su sombrero hongo, su gabán obscuro y sus botas nuevas de piel amarilla, me ha dejado al marcharse una impresión de llanura, y, recíprocamente, me parece ver danzar el retrato de Equis en la llanura muerta, desarbolada, llena de tedio, que va cruzando el tren. Equis tiene y tendrá siempre millones de hermanos; y así, viajar por una llanura equivale a ver desfilar desde nuestro balcón una gran multitud.

El rápido trepida, resopla, ondula como el cuerpo cimbreante de una danzarina, y su baladro desgarra la intensa paz rústica.

Todavía estamos en Castilla. Esta tierra adusta, equilibrada como el desierto, simboliza la voluntad de la raza. La imaginación se excita con la montaña, porque la montaña es el misterio, lo imprevisto; una montaña siempre esconde algo, y a la fantasía le sirve de acicate el enigma. Los montañeses son variables; si tienen el coraje, el impulso necesarios para trepar a la Sierra, luego, en cambio, una vez en la cumbre, sin esfuerzo, sólo con dejarse ir, volverán al valle. Las alternativas del panorama, en su carácter se reflejan fielmente; tendrán horas de acometividad, de conquista, de subida, y horas cobardes de desgana, de postración, de descenso. En Castilla no sucede esto. Castilla no entorpece la marcha del peregrino, pero tampoco le ayuda, ni le acucia la curiosidad con raras perspectivas, ni cuelga ante él la alegría de un otero ni la blanca risa de una alquería, ni ofrece a sus pies la dulzura de una cuesta abajo. ¡Siempre el horizonte negro y distante! Castilla no promete, no engaña, no fa-

vorece. «Quienquiera cruzarme—parece decirnos—puede hacerlo; ya ve cómo soy.» Caminar por Castilla es ir chorreando voluntad.

De pronto el paisaje se transforma; las estaciones de Santa Cruz de Mudela y de Almuradiel han quedado atrás, y la de Las Correderas pasa envuelta en las ráfagas de blanco humo de la locomotora.

El tren se detiene un instante; una voz grita:

—¡Santa Elena!...

Y el convoy reanuda su marcha. Estamos en el pintoresco corazón de Despeñaperros. A ambos lados de la vía, la tierra se retuerce epiléptica; hay abismos cubiertos de tinieblas y montañas que parecen servir al cielo de apoyo; en los taludes, de piedras sedimentarias, los estratos colocados verticalmente, parecen libros; libros ciclópeos, libros religiosos, donde la Naturaleza escribió las notas de alguna misa abracadabra no escuchada aún.

Rugen medrosamente en las torrenteras las aguas espumeantes; silba polífono el aire en los gollizos graníticos; el viento pasa, como una mano apocalíptica, sobre los árboles centenarios y los encorva...

Después el panorama se serena; es que vamos acercándonos a Córdoba, la indolente; a Córdoba, la azul, la callada, la dormida...

Córdoba, enero 1915.

III

SILENCIO

Si quieres, artista hermano, pintar a Castilla, huye de los colores violentos, porque no existen. Ni azules de cobalto, ni temblores de esmeralda, ni encendidas alegrías de púrpura, hallarás en ella. Prevalecen los tonos equívocos, las penumbras confusas, las tonalidades intermedias, llenas de dureza, melancolía y severidad. Es el reinado de lo pardo, de lo gris, de lo borroso. A los verdes, a los bermejos, el ocre tostado va mezclado siempre, según trenzarse suelen a nuestros regocijos la obscuridad de los remordimientos. El suelo castellano es plomizo, es violáceo, es amarillento, es indefinible como un conglomerado de estiércol y ceniza...

Tierras de Castilla: vuestro adusto color, enemigo de efectismos, no es grato a los pintores; tierras de Castilla, vuestro color sólo los antiguos pañuelos de Palencia y Segovia supieron copiarlo; tierras de Castilla la noble, la guerrera, la mística, tanta sangre bebísteis en vuestra larguísima historia de batalla, que vuestro sue-

lo, mil veces empapado en sangre, adquirió, al fin, el color obscuro de la sangre seca.

En una carta escrita bajo el cielo de Francia, un amante decía:

—«Es usted en el desierto de vida semejante a ese arbolito que, cuando vamos cruzando en ferrocarril la aridez de una inmensa llanura, aparece de súbito en la lejanía. Nuestros ojos, cansados, como pájaros, de volar sobre la planicie, se detienen en él y ya no pueden dejarlo. El tren huye, gira, y nosotros seguimos con la vista fija en ese árbol solitario, atrayente como un grito dado en el horizonte. Su follaje es la poesía, es la sombra, es el dulce piar de las aves que, de noche, se guarecen allí. Mujer-árbol: ¿por qué negarás a este caminante tu sombra amiga y tu canción?...»

Yo apostaría a que ese amante, exuberante de estilo como un poeta árabe, al escribir lo que antecede pensaba en Castilla.

Horas hace que nuestro vagón rueda por la meseta castellana hacia el mar. A ambos lados de la vía, la llanura se dilata, monótona, cobriza, enjuta, desolada, sedienta. En el confín, a intervalos, algunas cresterías azulinas se dibujan, ¡pero tan borrosas, tan lontanas, que parece imposible llegar nunca a ellas! Todo a nuestro alrededor es pardo, confuso: de vez en vez, una casuca de color tierra, un grupo de árboles de color tierra también, un camino polvoriento por donde no ambula nadie. Sobre Castilla, sin bosques, sin montañas, sin gollizos ni torrenteras ululeantes, el viento resbala calladamente. Los huracanes allí no tienen estridencias; nada les ataja y del suelo humilde una ininterrumpida y penetrante emoción de quietud se desprende.

El alma de Castilla es el silencio. El vigor de

su verbo, la amplitud de su ademán, el raro imperio con que avasalla nuestra frivolidad de turistas y la sujeta, provienen de él. Precisamente porque no habla. Castilla nos habla mucho al corazón. No tiene la elocuencia sentimental de los ríos que viven despidiéndose, sino la expresión suprema de las cosas muertas, de las cosas inmóviles, de las cosas que aguardan. Su fuerza es la terrible fuerza del presente de indicativo. Su dura tierra, que ni ríe con la primavera ni suspira con el otoño, su noble tierra estoica, por igual insensible a la escarcha y al sol, altar parece donde la Eternidad celebra su misa, plataforma augusta del Tiempo que nunca dice, como los hombres, «fuí» ni «seré»... porque no viene ni se va, sino que «es» perpétuamente.

La tristeza reflexiva de Castilla, se trasmitió a sus hijos: son pacientes, son herméticos, son bravos; sus carnes enjutas tienen el color del suelo, y sus almas reconcentradas bebieron en el horizonte la virtud de callar. El castellano habla poco y gesticula menos; la uniformidad del mundo objetivo hízose en su espíritu ecuanimidad y contemplación; durante horas mira el paisaje sin cansarse; su vida es puramente interior y... en esa vida hay una llanura también. Los caballeros del Greco, esos hombres de frentes bombeadas, de mejillas ascéticas y de anchos ojos ardientes, hijos son de Castilla.

¿Vivísteis alguna vez, por ventura vuestra, el dolor de una aldea Castellana?...

Es en invierno y los últimos rayos del Sol iluminan oblícuamente el panorama. Un racimo de casas con fachadas y techumbres terrosas se aprietan alrededor de la vieja iglesia a cuya torre un nido de cigüeñas parece haber puesto

una corona. Cuatro o cinco callejones sarmentosos, horriblemente retorcidos, componen el pueblo. Las viviendas de adobe, son de un solo piso. En las ventanas no hay cristales. En algún muro una cruz recuerda el lugar donde, por celos, mataron a un hombre. Un silencio absoluto gravita sobre el villorrio. Nadie en las calles. Ni un niño que llore, ni una moza que cante. En el quicio de una puerta, un cerdo de panza lustrosa se ha echado a dormir, el hocico contra el suelo, las patas extendidas. Un gallo, seguido de su harém, pasa...

La campana de la iglesia ha llamado a oraciones, y el vibrar quejumbroso del bronce repercute largamente en la llanura. Pausa. Sin ruido algunas puertas se abren. Gravemente, sobriamente, los vecinos se saludan:

—Buenas tardes.

—Buenas tardes...

Y se dirigen al templo. Son mujeres pequeñucas, flacas, que miran al suelo y llevan ceñidos a las secas caderas cinco y seis refajos; un pañuelo les cubre la cabeza, otro mayor les abriga los hombros. Un viejo las sigue: es alto y seco, y su rostro anguloso, curtido por la intemperie, los años y el polvo, apenas se distingue de la densa capa de paño pardo, larga como un manteo, que casi le cubre los pies. Otras personas caminan tras él hacia la iglesia, y todas avanzan despacio: nadie habla, nadie se observa.

La tristeza de la tierra fué en los hombres melancolía, y el pesimismo y quietismo de los hombres fué en la tierra abandono y esterilidad.

¡Castilla, seca y desarbolada! ¿Cómo habiendo luchado tanto por tu Dios, vives tan lejos de El?...

IV

EL ALMA DE CORDOBA

El alma encantadora de Córdoba es contemplativa, perezosa y alegre; la callada capital de los antiguos Omniadas es a la vez dulce y fuerte; con una blandura que no excluye la fortaleza, con un vigor que no se opone a la cordialidad ni a la gracia de la sonrisa. Tumbada a orillas del Guadalquivir y adormecida por la fragancia nupcial de sus naranjales, Córdoba siente aún profundamente el quietismo, todo desdén, de la filosofía árabe.

«¿Por qué corres?», parece preguntarle la ciudad al río.

Y a los trenes:

«¿Por qué llegáis tan de prisa, si en seguida habéis de marcharos? Venir o irse... andar o estarse quieto... ¿no es lo mismo?...»

Caminamos por el paseo del Gran Capitán, recto, ancho y limpio. Son las diez de la mañana. Las casas, la mayoría de dos pisos, muestran fachadas azules, fachadas blancas, fachadas ocres, que lucen con meridional ufanía bajo la munificencia

amarilla del sol. Pocos transeuntes. Pasa un rústico sentado a mujeriegas sobre un borriquillo de largas orejas pensativas. Ni una nube en el cielo añilado. El aire que orea el suelo es tibio, blando, como la respiración de un abanico.

En la esquina de la calle Conde de Gondomar, un grupo de ociosos se dispone a verme. Un forastero, por su modo de vestir y por la curiosidad que hay en sus ojos, llama la atención siempre. Yo calzo unas botas que compré este verano en el bulevar Poissonniere y que evidentemente nada tienen de bonitas; son anchas, son densas, y en el ruido con que zapatean sobre las aceras hay como una cólera. A ellas, naturalmente, acuden todas las miradas. Un limpiabotas se me acerca solícito, con una gran risa blanca sobre el obscuro bronce de su rostro gitano.

—Señorito: si quiere usted, le doy a las botas un betún «estilo Belmonte», ¡que va usted a enfermar de la vista...

Río de bonísima gana, y sigo adelante. Voy buscando una fonda. Cerca de Teléfonos veo un viejo con cara «de buena persona». Le interpelo:

—«Amigo», ¿podría usted indicarme las señas de una fonda buena?...

El interrogado reflexiona un momento, gira sobre sus talones y camina delante de mí. Su excesiva amabilidad me aflige.

—Pero, ¿va usted a molestarse en acompañarme?...

El responde, sin volver la cabeza:

—¡Pero si no es molestia! ¡Para lo que tiene uno que hacer!...

De pronto se detiene, y su brazo extendido me señala un portal.

—Ahí tiene usted—exclama—una de las casas mejores y más honradas de Córdoba.

Y se va. Su acción ha sido hospitalaria, su gesto sobrio, sus palabras breves y nobles. Un romano de los tiempos clásicos no habría sabido recibirme mejor.

Penetro en la casa, cuyos muros exteriores fueron revocados de ocre y de azul. En el patio conozco al dueño; su apellido le recomienda: se llama Buendía; es un nombre que parece un saludo. También su figura predispone en su favor: es alto, cenceño y habla suave y reposadamente; viste de luto; la blancura de sus cabellos y la pasividad de sus manos, le dan una expresión sacerdotal.

La habitación que me ofrece en el primer piso, y que Isabel, la criada, ha subido a enseñarme, me conviene. Es recogida, limpia, clara.

—¿Cómo—exclamó;—no hay luz eléctrica?

—No, señor.

—¡Canastos!... ¿Entonces, con qué voy a alumbrarme?... Yo suelo escribir de noche...

Isabel hace un gesto evasivo. Sin duda piensa: «¿Y para qué escribe usted de noche?... Y, sobre todo, ¿para qué escribe usted?...»

Yo, deseando tranquilizarme, añado:

—Bien, ¡qué vamos a hacerle!... Me traerá usted un quinqué.

—Tampoco, no, señor. No tenemos quinqué. Porque hay un quinqué, ¿sabe usted?... pero es de un caballero que está aquí de huésped, y que anoche se fué a Sevilla... y, al marcharse, se ha llevado la llave de su cuarto. ¡Como no quiera usted una vela!...

Me resigno; en este país perezoso y sultán, la resignación no es un sacrificio; es una dulzura; la resignación, la ecuanimidad, el desdén, la certidumbre atávica de que todo es igual, flotan en el aire como el aroma de los jazmineros.

—Bueno, mujer—respondo;—me alumbraré con vela. ¡Es lo mismo!...

Pero si mi habitación no tiene luz eléctrica, «en cambio»—como diría la gramática de Ollendorff—hay en su ventana dos cristales rotos, y la puerta hállase tan separada del suelo, que por la ranura casi podría pasar mi equipaje.

Oyendo mis quejas, el señor Buendía sonríe plácidamente, sin prisa, sin emoción, sin contrariedad. ¿Cómo arreglar una puerta que está así, cual encogida, desde hace tantos años! En cuanto a los cristales..., ¡claro es que podrían ser sustituídos!...; pero, vamos... ¡sería necesario avisar al cristalero!...

—La verdad es—prosigue diciendo con admirable serenidad mi patrón—que en Córdoba hace frío; y por lo mismo que las casas están dispuestas para resistir al calor, el frío se siente más. Pero como siempre se dice: «En Córdoba no hace frío...», pues parece que esas mismas palabras le calientan a uno...

La afirmación «en Córdoba no hace frío», es, de consiguiente, el único sistema de calefacción empleado aquí. Si los remotos fundadores de la ciudad la hubiesen construído pensando en el invierno, los cordobeses de ahora, año tras año, desfallecerían de calor. Pero ocurrió lo contrario; la dispusieron para defenderse del sol, y durante centurias y centurias sus habitantes tiritan de frío. «Ya pasará esto», piensan. Y no se mueven. ¡Oh, país admirable, país dulce y pasivo y a su modo sabio, quizás más que otro ninguno, en donde el Tiempo no se lleva las cosas!...

. . . .

Con Julio y Enrique Romero de Torres he visitado la mezquita, los jardines del Alcázar, transformado hoy en cárcel; el puente romano que lleva al castillo de la Calahorra, el Museo de Pin-

turas, el mesón del Potro, donde estuvo Cervantes; la torre histórica de la Malmuerta, la plaza de los Dolores, la casa que fué de D. Jerónimo Páez, y otros muchos parajes y reliquias de extraordinaria emoción.

La llegada de la noche aumenta el interés inmóvil y silencioso de la vieja ciudad. Las casas, con sus cancelas y sus patios de mármol blanco alumbrados por un farol, parecen capillas; las calles, limpias y angostas; las calles ariscas, nerviosas, terriblemente convulsionadas, se entrecruzan y retuercen como raíces. Es muy raro caminar en línea recta más de ocho o diez metros. Toda fachada tiene una personalidad, un carácter, un gesto: ésta adelanta, la siguiente retrocede, la de más allá tornará a avanzar. Cada farol sólo sirve para alumbrar una puerta, una reja, un balcón florido. Luego, la calle, desviándose, se anega en sombras. Después, otro farol y otro recodo, lleno de luz. A intervalos, en la paz de estos callejones, suena un piano, y sus notas, alargadas por el misterio ecoico de los recodos, parecen las de un órgano y adquieren una blandura y una unción de plegaria.

La psicología ardiente y concentrada, la psicología genuinamente oriental de este pueblo, la dice la disposición de su ciudad. Los maestros de la pintura italiana no dieron valor al ambiente; en Tiziano, verbigracia, en Leonardo de Vinci, en Tintoretto, por no citar más, la figura lo ocupa todo, lo llena todo, lo absorbe todo. El «fondo» no es nada. Lo propio sucede aquí. En estas calles, donde un hombre alto no podría ponerse en cruz, las personas tienen mayor importancia. Su figura ocupa casi al mismo tiempo las dos aceras; su perfil se impone, avasalla, y apenas surge cuando todo el interés del cuadro se sintetiza en él. El alma

cordobesa tiene un vigor lírico enorme. En estas calles, cuya entrada un hombre solo puede defender muy bien, la escultura humana es siempre protagonista. En cambio, en las vías gigantes de Nueva York, en los bulevares de París, por ejemplo, ¿qué vale un hombre?

Empavorece el ánimo considerar la fuerza que en estas ciudades quietas tienen las pasiones: el deseo, los celos, el dolor. Nutridos por este absoluto y penetrante reposo, los amores, como las penas, deben de ser mortales. Ello explica la intransigencia—una intransigencia rayana en la ferocidad—con que en esta tierra, favorita del sol, las hembras son guardadas. La mujer lo es todo, lo puede todo; su poder sexual es infinito; por encima de la mujer, nada; ni la Cruz.

Dice un cantar:

No quiero que a misa vayas
ni que a la puerta te asomes;
ni tomes agua bendita
donde la tomen los hombres...

¡Córdoba, sultana!... Todavía, a pesar de los siglos, y sin que tú lo sepas, en los altares de tus iglesias, aun a la hora solemne de la misa, sigue abierto el Corán.

V

LA MEZQUITA

«Si yo tuviera noticia de lo que hacíades, no lo hiciérades, porque lo que queréis labrar hallárase en muchas partes; pero lo que aquí teníades no lo hay en el mundo.»

Tales fueron las severas palabras que el Emperador Carlos V, al visitar la mezquita y ver las transformaciones abominables que el odio, más que el arte cristiano, hizo en ella, dirigió al obispo de Córdoba, fray Juan de Toledo, y dignidades del Cabildo que le acompañaban.

Nunca esta amonestación, por grande que fuese su acrimonía, parecerá bastante fuerte si se considera el gravísimo delito de belleza que la motivó. La capilla, de gusto tudesco, con que el fanatismo medioeval deformó la obra exquisita de los Abderramén, es un crimen estético; algo repugnante, como una mancha leprosa en la nacarina suavidad de una garganta de mujer; algo grosero, como la acción de arrojar una pellada de fango sobre la albura de un traje nupcial.

Fué Abderramén I, apodado «el Justo», quien en la segunda mitad del siglo VII determinó fundar una mezquita que, según sus ambiciosas aspiraciones, si no superar, al menos pudiese competir en extensión y magnificencia con las muy célebres de Damasco y Bagdad. A poco sorprendióle la muerte, y su hijo Hixem continuó las obras con tal diligencia, que diez años más tarde estaban terminadas. Ocupaba entonces la mezquita, orgullo de Occidente, un vasto rectángulo de más de seiscientos pies de longitud por cerca de trescientos de ancho, y hallábase dividida en once naves, de las cuales la central, la más ancha, conducía al mihrab, «lugar sagrado», donde se guardaba el Corán.

Abderramén III, fundador de la Escuela de Medicina de Córdoba, más artista que guerrero, más enamorado del fausto, de las mujeres y de la música, que de los caballos de combate, embelleció la fábrica primitiva con un nuevo alminar y otros aditamentos.

A fines de la décima centuria, en tiempos de Hixem II, su ministro y poderosísimo general Mohamed-ben-Abdallah, llamado vulgarmente Almanzor, ensanchó la mezquita, que llegó a constar de diez y nueve naves, trazadas de Norte a Sur y cortadas perpendicularmente por treinta y cinco naves más, dirigidas de Poniente a Levante. Las columnas, unas de jaspe, otras de mármol, y todas de maravillosa transparencia y eterizada elegancia, sobre que aquellas bóvedas se sostenían, pasaban de mil. Mucho después, cuando la ciudad de Córdoba se rindió a las huestes de Fernando el Santo, la barbarie cristiana, al convertir la mezquita en catedral, derribó más de cien.

No importa: a pesar de la torpe obscuridad, de la pesadez y de los muros infames con que obispos

como D. Iñigo Manrique, y arquitectos como Hernán Ruiz, deslucieron a trozos la gracia alígera y sencilla del templo primitivo, la obra de los Abderramén conserva incólume su alma oriental; su alma quieta, sahumada por los alquitarados aromas del reposo, del ensueño y de la melancolía.

El cronista habíase jurado a sí mismo no escribir nada, ni siquiera una línea, a propósito de esa mezquita, atracción y maravilla de viajeros y de poetas, dulce, triste, emotiva y colorista, como una página arrancada al Corán. De su fundación podría componerse una leyenda que empezase así:

«Cierta noche, como quien siembra una semilla, un viejo árabe de tez de bronce y barbas plateadas, cavó un hoyo en el suelo, donde enterró un libro: era el Corán. De aquel Corán nació la mezquita...»

Una sugestión producto de antiguas lecturas, un sentimiento de raza, tal vez, que resurge en nosotros a despecho de las civilizaciones y de la distancia, nos sobrecoge y nos infunde una imprecisa necesidad de descalzarnos para no mancillar con el barro de nuestras botas andariegas y descreídas el suelo por donde nuestros ascendientes caminaron descalzos.

¿Cómo acometer la empresa de describir una obra, de la cual ni aun la fotografía tan justa, tan sincera, tan sobria, puede darnos idea exacta?... Porque no es solamente la arquitectura, es decir la línea, lo que impresiona y rinde el ánimo: son también, juntamente con ella, el silencio, la luz, el frío, la emoción de fatalidad disuelta en el aire, lo que sigilosamente va ganándonos y oprimiéndonos el corazón.

La mezquita no es alta. Treinta y seis pies, desde el suelo hasta el caballete del tejado, tiene

de elevación, según los peritos. Este achaparramiento no merma, sin embargo, su belleza. Al trasponer sus umbrales nos parece hallarnos en un bosque de palmeras, cuyas ramas se entrecruzan tupidamente: las columnas son los troncos; las bóvedas, el follaje.

Imaginémonos el aspecto que sobre la uniformidad blanca del pavimento puede ofrecer una multitud de más de ochocientas columnas...

Imaginémonos también la sensación de fronda que extiende en torno nuestro la sucesión interminable de cincuenta y cuatro naves, todas hermanas y todas, no obstante, diferentes. Las perspectivas se multiplican; las naves, al trenzarse, engendran otras más estrechas y oblícuas. Con arreglo a la fantasía islámica, torturada, dentro de la monotonía de su arte, por un prurito inextinguible de renovación, todo se parece y nada se repite. No hay dos fustes iguales: éste será más alto, aquél más grueso, el otro más blanco. No hay tampoco dos capiteles idénticos, y los arcos, cuyas dovelas blancas y rojas les asemejan a enormes abanicos abiertos, mantienen la misma prodigiosa variedad.

Cada columna sirve de apoyo a ocho arcos, que se cortan perpendicularmente: los cuatro más altos sirven de sustento al artesonado de la techumbre; los otros cuatro no trabajan, aprovechan de exorno únicamente, y son ágiles como fiorituras o caprichos de piedra, tendidos en el aire.

Esos arcos repiten toda la laxitud, todo el cansancio, toda la emoción de destino, de fuerza preestablecida e inexorable, que abruma a las palmeras. En su silencio murmura el Alcorán.

«Estaba escrito»... parecen decirnos.

Y ante esta afirmación hay en nuestras piernas como un deseo de hincarse de rodillas.

El ciprés cristiano ruega, suplica y aguarda; el ciprés clava en el cielo su fastigio agudo, y espera ser oído; el ciprés lucha, llama, procura; es la oración. Pero la palmera, amada del árabe, no combate; sus ramas abiertas, plácidas, rendidas al poder igualatorio de la gravedad, perdieron la esperanza. El viento que las mece al desmayar la tarde, viene de Oriente. Nunca el sol saldrá a media noche; nunca las aguas de los ríos remontarán su cauce; y como el sol, y como los ríos, el humano destino. Las palmeras lo saben:

«¿Para qué—dicen,—para qué te afanas, si no conseguirás modificar ni en una tilde la ordenación eternal de lo que ha de ser?...»

Hoy, para vergüenza del arte nacional, las cuarenta y cinco o cincuenta puertas que en otros tiempos dieron aire y luz a la mezquita, y que la Edad Media tapió a piedra y lodo, continúan cerradas.

Aseguran que van a abrirlas... ¡Ojalá! Porque la claridad que entonces reciba, acrecentará la albura de las columnas y elevará las bóvedas, y dará al templo esa alegría de plata que arroja dentro del bosque, y a ras de tierra, el campo libre.

Hemos dado la vuelta a la mezquita sin detenernos a examinar lo malo, ni tampoco lo bueno, que en ella dejó el cristianismo. No hemos querido ver la capilla del cardenal, que sirve de sacristía, y donde se conserva la Custodia, obra de Enrique de Arfe, que empleó cinco años en concluirla y es una de las mejores de Europa. Tampoco quisimos rendir admiración a los lienzos de Antonio Palomino, que allí se conservan; ni al tabernáculo, que es meritísimo y construído con finísimos jaspes de diversos colores; ni a la si-

llería del coro, compuesta de sesenta y tres asientos, todos de caoba primorosamente labrada...

El arte árabe nos interesa más; ese arte limpio, alado, que buscando siempre la columna como punto de apoyo, parece huir del suelo.

Creemos caminar por un laberinto. A nuestro alrededor, cerca, lejos, los fustes se multiplican y las naves ondulan, se abrazan, se confunden; se suceden unas a otras, repitiendo el mismo motivo, semejantes a las olas suaves de un mar dormido.

La idea de que cruzamos un bosque, vuelve a poseernos: todo sobre nuestra cabeza es negro. Las palmas lapidarias de los arcos componen un dosel. La humedad de sitio, el silencio, la obscuridad, producen una emoción nocturnal. Diríase que en medio de aquella sombra, la luna—luna en cuarto creciente—que el Profeta amó, va a salir...

VI

LAS ERMITAS

La historia de los primeros eremitas cordobeses se remonta a los tiempos del obispo Osio, en la tercera centuria. Durante los siglos XIV y XV, fueron muchos los cenobitas que habitaron los yermos de la Arrizafa y de la Albayda, antaño sembrados de jardines por la galantería y oriental munificencia de los Abderramén. Más adelante, huyendo de la vida, demasiado fácil, de la llanura, poco a poco los solitarios fueron trepando a la montaña; y, finalmente, el piadoso Francisco de Jesús obtuvo en 1699 la propiedad del cerro llamado de la Cárcel, donde con la ayuda de sus hermanos y las limosnas que recogiera, consiguió levantar hasta trece ermitas.

Ahí están todavía, según las dejó su fundador: pequeñas, aisladas, blancas y defendidas por una tapia que ciñe un perímetro de catorce fanegas. Vistas desde Córdoba, las ermitas parecen ropas interiores puestas a secar; la tapia cigzagueante, alba también, una resquebrajadura de la sierra azul.

Varios excursionistas hemos salido de la ciudad a las ocho de la mañana, y dejando a la derecha el barrio famoso de la Merced, donde Rafael Molina, «Lagartijo», dió su nombre a una calle, avanzamos por una carretera abierta entre olivares. Unos, marchamos a pie; otros, los comodones, van en burro. Vibra de júbilo el paisaje bajo el sol. Cantan los pájaros. La tierra es roja. Sobre el inmenso turquí celeste, Sierra Morena alza sus jibas obscuras; y esas jibas tienen, a veces, una expresión extraña, una expresión vital: diríase que una procesión de camellos cruza lentamente el horizonte.

El Merendero del Brillante quedó atrás, y ahora el sendero, horriblemente arrugado por las lluvias, se empina y retuerce como una humareda.

Pasamos ante la finca «El Reposo», de la cual se murmura una historia negra; y luego, más arriba y a la derecha, aparece la huerta de Los Arcos, siempre florida. Un bosque de naranjales la rodea, y la fronda verde, acribillada de naranjas color de oro, es llamativa y bella como la cola de un pavo real. Vamos acercándonos al paraje llamado Rodadero de los Lobos, y la nerviosidad del suelo aumenta con la altura. Sobre la profundidad de la vega, la luz se descompone y parece niebla. Un hilo de agua, bruñido por el sol, llora de peña en peña. Contorneamos el tajo que sirve de atalaya al Sillón del Obispo, y empezamos a subir la trocha. No hay atajo que, con su dureza, no nos cobre en fatiga el tiempo que la comodidad de las carreteras nos hace perder. Los borriquillos tropiezan, resbalan y avanzan de izquierda a derecha, y de derecha a izquierda, esquivando el tiro de la cuesta. Los que vamos a pie, so pretexto de admirar el paisaje, nos detenemos

a cada momento, para que, sin tener que declararnos cansados, recobrarnos un poco.

Es cerca de medio día cuando llamamos a la puerta de la Congregación de ermitaños. Varios mendigos esperan allí la hora conventual de «la sopa». Un cenobita, el hermano Mateo de Jesús Sacramentado, sale a recibirnos. Nuestro inesperado arribo le deja impasible: no le contraría; tampoco le alegra. Ni una sonrisa en sus labios pálidos, ni un relámpago de emoción en sus ojos, ni una inquietud en las hondas arrugas de su frente obscura y pequeña.

Para hablar con nosotros, el hermano Mateo ha escondido sus manos amarillas en las mangas de su hábito. Es de mediana estatura, y lleva las barbas descuidadas y crecidas; calza gruesas botas de cuero y cubre su cabeza un gorro de estameña. El traje, también de estameña parda, tiene el color de tierra, la tristeza del barro. La voz del religioso es dulce, reposada, distraída, humilde...

Atrae nuestra atención una calavera colocada en una especie de hornacina o casilicio abierto en el muro, a la intemperie.

—¿A quién perteneció ese cráneo, hermano?—preguntamos.

El solitario ni siquiera se digna seguir con la mirada nuestro movimiento. Nuestra curiosidad ha debido de parecerle profana y trivial. A los que, como él, sólo meditan en la Eternidad, ¿qué puede importarles el nombre de las cosas?...

—No lo sé—responde.

Insistimos:

—Cuando usted vino aquí, ¿ya estaba esa calavera en donde la vemos?...

—Sí; ya estaba.

El hermano Mateo camina a nuestro lado, y nos explica el empleo de sus días. La frecuencia con que se interrumpe prueba que su espíritu perdió en la soledad la costumbre y el gusto de hablar.

—Somos—dice—diez y ocho ermitaños, y cada cual habita una casita. Unicamente nos reunimos a la hora de misa; los demás ejercicios espirituales los realizamos solos. Nuestra vida comienza a las dos de la madrugada. Suena la campana de la iglesia, y nosotros respondemos a su alerta tocando la campanilla que hay, dentro de una espadaña, sobre cada ermita. A esa hora celebramos los oficios de la Virgen, tenemos maitines y laudes, un rato de oración mental y la primera parte del Santísimo Rosario. A las cuatro volvemos a acostarnos, para levantarnos a las seis, a rezar de nuevo, oir misa y recibir la comunión. Luego nos vamos a trabajar en lo que el hermano mayor disponga. A las diez y media tenemos la segunda parte del Santísimo Rosario, y a las dos de la tarde vísperas y media hora de lectura. La labor en el campo continúa de tres a cinco. A esa hora, tercera parte del Santísimo Rosario, lectura y oración mental. A las nueve, antes de dormirnos, hacemos examen de conciencia.

El hermano Mateo habla sin levantar los ojos del suelo, cual si orase.

—Tres veces a la semana—prosigue,—los lunes, miércoles y viernes, por la tarde, nos azotamos, mientras cantamos el «Miserere mei». Media hora dura el suplicio. El almuerzo de la Congregación lo preparan en casa del señor capellán y del hermano mayor, y nos lo sirven por un torno; pero nuestra colación de la noche, la preparamos nosotros mismos.

El cenobita calla, como si su pensamiento, de

pronto, se hubiese hundido en la tiniebla y riguroso silencio de su alma, y camina delante de nosotros, la cabeza inclinada hacia el suelo. Un momento hemos visto asomadas a un muro un grupo de rosas, bermejas y encendidas como labios. Inmediatamenbe el escenario se obscurece. Avanzamos por un estrecho caminar abierto entre dos líneas de cipreses añosos y enigmáticos, que parecen rezar. Al término de la calleja, abre sus brazos una cruz. En el basamento, tras de una reja, una calavera dirige hacia nosotros el pavor de sus cuencas vacías. Bajo ella habla una lápida, y sus palabras son como la voz del cráneo. Las oímos, nos punzan los ojos, corren como frías arañas sobre nuestra piel...

«Como te ves, yo me ví;
como me ves, te verás.
¡Todo para en esto aquí!
Piénsalo, y no pecarás.»

Los versos, aunque medianos, llegan al corazón; tales son la fuerza y la amargura de su sentencia. Nuestro pies se detienen; diríase que, un instante, la tierra tiró de ellos con una fuerza que no era la de la gravedad:

«Como te ves, yo me ví;
como me ves, te verás...»

De nuevo el mordiente deseo de saber, de escudriñar, se enciende en nosotros.

—¿De quién sería esa calavera, hermano?

Un leve ademán de desdén resbala por los hombros del hermano Mateo.

—De un religioso.

—¿No sabe usted cómo se llamó?

—¿Y quién sabe eso?...

Enfrentamos el cementerio, «la orilla» del perdurable silencio y de la eterna sombra. Es un jardinillo, al fondo del cual hay doce nichos sin inscripciones, blancos, justicieramente iguales y mudos. Todos, menos uno, están ocupados. Cuando éste se llene también, abrirán el primero, el que lleva más años cerrado, y los restos en él contenidos serán echados al osario. Veinte años por término medio, tarda la muerte en dar esta vuelta. ¿Qué elegía, qué canto litúrgico, qué monumento funerario, igualaría la emoción de ese camposanto donde todo es tierra?...

Inalterable, ecuánime, el hermano Mateo mira las tumbas como quien mira un lecho: con voluptuosidad, con sueño... y sigue adelante.

Recorremos la iglesia con cúpula, y dos capillitas que dan al minúsculo edificio la forma de una cruz latina. Decoran las paredes un cuadrito de la Infanta Paz de Borbón, que representa la Fe, y varios retratos, entre otros el del siervo de Dios Telesforo de Jesús María, quien, según dice un letrero, «resplandeció en todo género de virtudes y murió como varón justo a los noventa años; y el del marqués de Santaella y Villaverde, que donó a la Congregación todos sus bienes, renunció al mundo y falleció en la más austera penitencia. El cráneo que le servía de plato y de vaso se conserva aún. Un murmullo de angustia rompe el silencio: lo producen tres ermitaños que rezan de hinojos, la frente contra el suelo.

Salimos de la iglesia y recorremos un sendero que tan pronto sube tan pronto baja, siguiendo las emociones de la montaña. Abundan los naranjos, los almendros, los algarrobos, los ciruelos, las higueras nogales; pero se comprende que la tierra no es fértil.

Cada ermita se acompaña de un huertecillo junto

a cuya puerta de entrada hállase el torno por donde el cenobita recibe la comida. La vivienda, de muros espesos, consta de tres habitaciones limpiamente encaladas y adornadas con cromos piadosos; una de ellas sirve de dormitorio, la segunda de cocina, la tercera de taller, y para trabajar un taburete de madera, y para dormir una tarima con dos mantas. Aquellas paredes tienen la melancolía de un libro de oraciones; inspiran deseos de suspirar, de postrarse o de huir. Tristes como nichos, esas ermitas que levantaron la fe y el egoísmo de salvarse, esas ermitas llenas de reposo y de unción, donde la vida, inmovilizándose, hízose muerte, parecen ponerle a la Nada un prólogo blanco.

El hermano Mateo nos guía al Sillón del Obispo, situado en el ángulo de una terraza, desde donde se otea un soberbio panaroma. A nuestro alrededor, los montes abruptos, cubiertos de acebuches y de encinas, ofrecen una tonalidad fiera y obscura. En segundo término, y muy abajo, la vega cordobesa, ondula y se aleja, y el Guadalquivir espejea entre una gama riquísima de verdes. En lo alto, el añil del cielo y el oro del sol cantan su dúo inmortal. Al fondo, en la más remota lejanía, Sierra Nevada se dibuja blanca como una novia.

El hermano Mateo de Jesús Sacramentado extiende un brazo. Su figura parda contrasta extrañamente, brutalmente, con el inmenso fondo azul:

—Ahí va un tren—exclama.

¡Un tren!... ¿Qué pensará de los trenes y de las distancias el hermano Mateo? ¿Qué sabrá de llegar y de irse un hombre para quien cada día, cada hora, cada minuto, tienen la misma quietud de Eternidad?...

Hay una pausa, una larga pausa, llena de calma y de luz.

—Creo—le digo—que en este retiro el obispo fray Ceferino González escribió varios capítulos de su «Filosofía elemental»...

El hermano Mateo vacila; el hermano Mateo ha oído hablar de fray Ceferino; pero no ha leído nada de él.

—Parece—responde—que era un hombre de mucho talento...

¡Pobre hermano Mateo!... No sabe nada, no ha leído nada; si le interrogásemos por Santo Tomás y San Agustín, nos diría que fueron dos varones que le aventajaron en santidad y conocimiento porque ayunaban más que él y sabían flagelarse mejor.

El desdichado lo ignora todo; su mundo mental termina allí donde alcanzan sus ojos. En cambio, habla de sí mismo largamente. Sabe resignarse con lo que tiene, desprecia los bienes terrenales y no cambiaría su obscuridad por la pompa de un rey. El, como sus hermanos, puede irse de allí cuando quiera, porque no es fraile, y ninguna ley, de consiguiente, le obliga a reclusión y penitencia. Pero... ¿dónde estaría mejor?... Su verbo rústico y tranquilo es como una melopea sobre la serenidad del paisaje.

—¿Qué ha sido usted en el mundo?—le preguntó.

—Trabajador—contesta.

—¿Y qué le movió a usted a encerrarse aquí? ¿Fué algún desengaño?...

—No; yo no he tenido desengaños: es que Dios, un día, me tocó en el corazón...

Nosotros hubiésemos querido tropezarnos, si no con un segundo Carlos V o con otro Raimundo Lulio, sí con algún caballero de ínclito entendimiento y linaje preclaro. Pero no; el hermano Mateo es un analfabeto, al igual que sus compañeros. ¡Luego

su fe no es un producto del estudio, ni el fruto enlutado de una pena! ¡Luego es un inconsciente!

La campana de la iglesia dice que son las doce, y que es la hora de dar a los mendigos su colación. Nos levantamos para irnos, y el hermano Mateo vuelve a marchar delante de nosotros, el paso lento, las manos perdidas en la amplitud de las bocamangas monacales. Otra vez caminamos bajo la obscuridad de los cipreses; otra vez el ánimo recibe la impresión de aquellas calaveras que sin hablar parecen llamarnos; otra vez sufrimos la opresión de la Nada.

Durante mucho rato, la imagen del hermano Mateo camina a nuestro lado. Sus frases de renunciación y ascetismo han dejado en nuestros huesos una frialdad de sótano. Evidentemente, ese hombre no teme morir...

Pero, ¿será que no teme a la Muerte precisamente porque teme a la Vida?...

VII

JULIO ROMERO DE TORRES

Hace aproximadamente veinte años—diez y ocho o diez y nueve tendría yo entonces—que publiqué mi primera novela. En la cubierta, según editores doctos me aconsejaron, y para mayor ornato y alegría del libro, debía poner un dibujo. Este dibujo se lo encargué a Julio Romero de Torres, mozo también y recién llegado a Madrid.

Un domingo por la tarde, Romero de Torres fué a mi casa. Llevaba un traje muy «flamenco» que realzaba la juvenil gentileza de su persona, un ancho sombrero cordobés del más puro estilo y en la mano un rollo de papel. Era el dibujo. Representaba éste una mujer y un hombre besándose: el grupito, aunque hecho de prisa, estaba bien compuesto: tenía calor, interés, emoción... El artista no quiso sentarse; desde mi casa, según declaró, iba a los toros, y temía llegar tarde. Yo, ruborizándome, me decidí a preguntarle:

—¿Qué le debo a usted?...

El hizo un ademán de generosidad y modestia;

—¡Oh, nada! ¡Eso no vale nada!...

Juraría que, a su vez, se ruborizó un poco. ¡Cómo ha de ser!... Desde niños nos enseñaron nuestros padres a mirar el dinero con desdén, y así nos ha lucido después el pelo...

Al cabo, se atrevió a fijar a su trabajo un precio: un precio de juventud, de bohemia; un precio absurdo que ahora, al volvernos a ver, ha sido para nosotros como una carcajada, como una pirueta.

—Pues ya que se empeña usted en darme algo... ¡deme usted un duro!...

¡Un duro! Yo, naturalmente, no disponía de un duro. ¿Quién, a los diez y ocho años—y aun después,—lleva siempre en el bolsillo un duro?... Más colorado que las amapolas corrí al cuarto de mi padre.

—Papá, préstame cinco pesetas.

—¡Cinco pesetas! ¿Para qué?... ¿Qué vas a hacer tú con cinco pesetas?...

Le expliqué de qué se trataba, y mi padre, sin rechistar, me dió el dinero. ¡Ay, Julio, mi buen hermano!... Yo juraría que de todos los millares de duros que entre laureles ganaste después, ninguno ha sonado tan bien, ni relució tanto, ni tuvo la alegría, de aquel...

. . . .

He visto a Romero de Torres en el Museo de Pinturas, de Córdoba. El insigne autor de «La musa gitana», ha nacido allí y allí vive. El Museo, instalado en la que fué iglesia del desaparecido hospital de la Caridad, es un antiguo edificio lleno de recogimiento, de silencio y de plácida melancolía. Es cordial y es triste, a la vez; como si las religiosas que sirvieron en él le hubiesen infundido su dulzura; como si las legiones de enfermos que padecieron y murieron entre sus mu-

ros le hubiesen contaminado su dolor. Se cruza un viejo patio, donde bisbisea una fuente; se suben unos peldaños, tendidos bajo un arco, y se llega a otro patio, cubierto de verdina, impregnado de olvido y de paz. Allí, separado del mundo por las espesísimas paredes del silencio, tiene Romero de Torres su estudio.

Encuentro al artista pintando. Es alto, ágil, recio, y la brevedad del espacio que separa la nariz del mento da a su perfil una gran energía. Puede decirse que los labios no existen. En su cabeza, bronceada por el sol, lo que no es frente es barbilla; o, en otros términos: lo que no es inspiración y pensamiento, es voluntad.

La obra de Romero de Torres es intensa, y de una severidad de color y de una sencillez de composición genuinamente clásicas. Los fondos son tranquilos, y su simplicidad italiana acrecienta el vigor palpitante, la extraordinaria emoción de vida de figuras. El autor de «Las dos sendas», lienzo admirable que hace dos años conquistaba una «primera medalla» en Munich, es, sin sospecharlo quizá, un místico; un místico de honda y esclarecida raigambre española.

Nunca pensó Romero de Torres en ese «tic» que otros artistas—más literatos que pintores—llaman «movimiento». Moverse es dejar un perfil para tomar otro, es la acción con que ligamos el instante que llega; el segundo fugitivo donde lo pretérito que huye de nosotros y el futuro que se acerca a nosotros se dan la mano; es el Tiempo hecho carne...

Según Romero de Torres, la traducción o expresión de ese dinamismo puede intentarse en las aguafuertes, nunca en los cuadros. El movimiento obscurece las líneas, las dibuja, las afemina; es imposible detener la luz. De este criterio nace

la reciedumbre y grave serenidad de sus figuras: son reposadas, aristocráticas, equilibradas, tranquilas. Su vida es interior; todas aguardan, todas escuchan y nos miran tenazmente, como si esperasen de nosotros una frase. Hablan las manos, nerviosas y señoriales; las manos, que unas veces imploran y otras averiguan y otras parecen crisparse sobre una idea; hablan asimismo los ojos grandes, negros, profundos y espantados; ojos ardientes de misticismo, de celos o de pasión sexual; son los ojos abismales de Santa Teresa, los ojos trágicos de «Carmen», los ojos lascivos y alucinantes de Salomé; son los ojos simbólicos que el hombre, en su angustia de morir, dirige hacia el mañana.

Julio Romero de Torres acaba de terminar «El poema de Córdoba», donde aparecen divididos en «paneaux» los siete momentos culminantes del alma cordobesa. El primero es el Gran Capitán, y representa «la conquista». El segundo es Góngora, frondoso y meridional. El tercero, Maimónides, a quien los historiadores de la filosofía llaman «el Platón hebreo». Este lienzo contiene al fondo una escena de celos, y en primer término, un retrato de mujer, tan maestro, de una intención tan rotunda, tan dominadora, tan sugestiva, que es imposible mirarlo sin llevárselo en la memoria y acompañarse luego de él en la calle. El «paneau» central es la ofrenda a San Rafael, Patrón de Córdoba. Los restantes significan: Séneca, la Filosofía; Osio, el misticismo, y Lagartijo, el arte de los toros. Y todos, a cual más, compiten en sobriedad de composición, y elegancia, y severidad de actitudes.

Otros dos cuadros, que su autor titula «El pecado» y «La gracia», acreedores son también a especialísimo elogio. Una misma idea, dividida en

dos partes o fases, los informes. Aquél es un motivo de mocedad y paganía; al segundo lo aroma un perfume cristiano.

En «El pecado» aparece una muchacha desnuda y de espaldas, en una actitud de coquetería y reposo que recuerda la famosa «Venus del espejo», de Velázquez. Hállase tendida en un diván; para acostarse dejó sus zapatitos en el suelo y junto a sus pies hay unas rosas emblemáticas: esas flores significan el triunfo, la locura, el éxito, la risa, que aguardan. La carne es latina, mate, suave, caliente. Cuatro viejas, cuatro admirables alcahuetas, examinan y ponen precio a la doncella, y de lujuria y codicia relucen sus ojos. Cuchichean entre sí. Esta enseña a la catecúmena la manzana del pecado; la segunda cuenta por los dedos las ganancias que ha de reportarle la venta infame; la cabeza de la tercera, colocada de frente, es todo crápula, degradación, sordidez; sus ojos turbios y brillantes de lagarto, sus labios, su nariz, piden dinero. Da frío: una mujer así sería capaz de robar, de asesinar, de vender a sus hijas por un vaso de alcohol. La cuarta «bruja», en fin, de nariz corva, de dedos sarmentosos y pardos, es goyesca, atormentada, terrible... La cara de la moza, retratada en el espejo, dice vicio, desenfreno, ansia de vivir, ambición y también inocencia. El grupo apasiona; es sombrío, violento, y la figura de la aventurera tiene el interés, tiene la emoción del barco que se hace a la mar. Al fondo, de una diafanidad verde y clásica, una iglesia, un ciprés y un castillo.

Entre ese primer lienzo y el segundo, el artista supone que han transcurrido varios años. En «La gracia», la cortesana yace desnuda y vencida. ¡Pobre niña!... Marchitáronse las rosas de su ilusión, y la vida cruel hirióla en el corazón y en

las carnes; declinó la belleza, se apagó la alegría, palidecieron los labios, adonde tantos sedientos acercaron los suyos. La escena es de renunciación; huele a mirra, a incienso, y el venerable Tomás de Kempis, a saber pintar, lo hubiese firmado. Una religiosa acoge en su regazo el cuerpo exangüe de la pecadora; otra, parece bendecirla; una tercera, abrazada a sus piernas—maceradas y tristes—acaricia aquellos pies que, por haber caminado hacia el pecado, caminaron también hacia el sufrimiento.

Entre el Julio Romero de Torres de ahora, grave, austero, eremítico, acosado por la sed de simplicidad y de idealidad que torturó a «los primitivos», y el Romero de Torres del cuadro «¡Mira qué bonita era!...», vibrante de impresionismo y de policromía meridionales, ¡qué diferencia!...

Romero de Torres no es un pintor verista, ni quiere serlo. La realidad, a su juicio, no merece ser copiada servilmente. Obligación ineludible del verdadero artista—sea literato o pintor—es aderezarla y mejorarla. Nunca lo anodino, y menos lo repugnante o lo grotesco, deben imitarse. El mismo objeto, el mismo paisaje, ofrecen al observador diferentes puntos de vista; examinados de un lado, serán bellos; enfocados de otro modo, pueden ser feos. El artista debe buscar el momento estético propicio y corregir lo que la realidad dejó mal acabado. Copiar siempre, como una máquina fotográfica puede hacerlo, es tarea servil, contraria a la dignidad orgullosa del verdadero arte.

El artista debe añadir a la verdad objetiva, a la que sus ojos conocen, aquella otra verdad bella, reflexiva, que nace de sí mismo. Precisa que su labor sea de selección. Tiene el gastrónomo derecho

a elegir los manjares de su mesa; tiene el hombre derecho a designar, entre millares de mujeres, aquella a quien rendirá su corazón: ¿por qué se le negaría al artista la facultad de ocuparse únicamente de lo que, a su juicio, es más hermoso?...

No; el autor de «La consagración de la copla» —gran pintor de mujeres—no pintará mujeres vulgares, mujeres despeinadas, mujeres mal vestidas, sino que nos ofrecerá siempre figuras emotivas y gallardas.

Romero de Torres no tolera que en el cuerpo de sus mujeres haya un solo momento de vulgaridad. Todo ha de decir algo; la cabeza, las manos, la actitud de los brazos, la línea de las caderas, los pies... han de tener una intención, un alma, una elocuencia. El «fondo» de sus cuadros es una síntesis, una compendiosa abreviatura de cuanto las figuras han sido o llegarán a ser. Puede decirse que esos «fondos» son «la memoria» de los personajes.

En cambio, su atención, su esfuerzo, los bríos de su voluntad, se reconcentran en los retratos. Recordándolos, un tropel de semblantes elocuentes acuden al espíritu: es Pastora Imperio, es Adela Carbone, es María Esparza, es la pecadora de «Las dos sendas», son las ocho mujeres de «El poema de Córdoba». Cabezas poderosas, vibrantes de sugestión; cabezas de pesadilla, de pómulos lívidos, de labios herméticos, de ojos inmensos tenebrosos, febriles; cabezas a las que un ignorado tormento dejó mudas; cabezas sin lengua que nos miran... nos miran... como si tuviesen algo espantoso que decirnos: una revelación, una profecía...

VIII

ZAMBRA GITANA

En el merendero del Brillante, situado en la reunión o abrazo de dos caminos, y como a un kilómetro de Córdoba, se celebra el holgorio.

Ellas y ellos son gitanos del barrio de la Merced. Distribuídos en calesas, bajo nubes de polvo y con insólito estrépito de colleras y de palmas, les hemos visto pasar. Tenían los hombres los semblantes afeitados y de color de bronce, y los largos cabellos bien peinados hacia adelante; lucían las mujeres mantones de Manila y flores en el moño, y dijes cantarines en los desnudos antebrazos y alrededor del cuello. A través de los siglos y no obstante las peripecias de su vivir andariego, la raza «cañí» se conserva incólume; ninguna línea de bastardía, ninguna gota de extranjera sangre, mancha su origen. Basta examinar a sus individuos para reconocerlo; unos a otros se asemejan como entre sí las hojas del mismo árbol: cuerpos enjutos, rostros de cobre,

ojos de fuego, negros y grandes, cabellos de ébano, dentaduras blancas como las flores de almendro; aguileño perfil...

A las dos de la tarde, en el patio del merendero, comienza el feliz rebullicio. Dos tañedores de guitarra y un cantador se sientan bajo el soportal de la casa, de rostro al sol. A su lado, las mujeres se distribuyen en semicírculo, dibujando entre todos una herradura. Aturde la orgía de colores que se nos mete por los ojos: el cielo turquí, el merendero de paredes blanquísimas, el campo verde, las figuras de las gentes, unas en coche, otras a caballo o en burro, que pasaban y se detuvieron un instante a ver la fiesta, y a las cuales sirven de fondo las plantaciones de chumberas y de pitas que bordean el camino. Jinetes, cabalgaduras, tartanas, sol, danzas y gritos de una fiesta donde, por momentos, el vino y los cantares embriagan y se hacen pasión, y cuya alegría, como la alegría de las Plazas de Toros, tiene siempre un dejo trágico. Es la eterna escena, el inexorable «leitmotiv» de las panderetas y de los abanicos andaluces...

Sin embargo, el cuadro no es «de exportación»; aquel lienzo late, gime delante de nosotros; a pesar de su enorme teatralidad, es perfectamente real. Vive. Es un jirón de aquella vieja España que Goya, el chispero, amó tanto y pintó tantas veces; de una España que, a despecho del automóvil, del aeroplano y de la telegrafía sin hilos, no quiere irse; de una España que no lee y tiene encerradas a sus mujeres y prefiere el cuchillo a la browning. Esta es la verdad; verdad bonita y atrayente tal vez, pero más mala que buena, sin duda.

Con tangos empieza la diversión; suenan las guitarras que dedos maestros pulsan, y una voz varonil lleva a los corazones el regocijo de una

copla canallesca. Al comedio del semicírculo dos gitanas han salido a bailar, los brazos en alto, el talle bien quebrado, para que las partes más turgentes del cuerpo luzcan todo su verdadero mérito y realce. Con manos y pies los circunstantes marcan el ritmo lascivo de la danza, y los «bravos», los «oles», los «viva mi niña», los «anda, graciosa»... estallan a compás.

Enardecidas, las bailarinas titubean las sueltas caderas, se pellizcan las faldas para descubrirnos el pie, echan la cabeza hacia atrás, como si la lujuria las mordiese la nuca, gritan, ríen, y su risa, en el bronce sudoroso de sus rostros, se hace nieve.

Los que vivimos en las grandes ciudades modernas no podemos comprender el derramamiento de color, la policromía triunfal, la fastuosidad deslumbrante, irresistible, de los mantones filipinos. Los conocemos, sí; los vimos muchas veces sobre el escenario de los teatros y en los bailes de máscaras. Pero a esos mantones no se les conoce de noche; la luz eléctrica no tiene virtud suficiente para hacerlos brillar; con respecto a ellos, la luz eléctrica es como un niño pianista cuyos dedos careciesen del vigor necesario para arrancar del teclado la maravilla de la verdadera emoción.

Tales prendas, aljofaradas de macacos y de flores absurdas y magníficas, nacieron en Oriente, y de aquel sol necesitan para vivir su esplendorosa vida. También el sol africano de Córdoba les hace rutilar. El colorido extraordinario que el Occidente, durante la Edad Media, supo infundir al vitraje de sus catedrales, se lo dió a sus sedas el Oriente, y esos violetas inmarcesibles, esos rojos brillantes, esos añiles y esas savias de esmeralda que no palidecen jamás, adquieren bajo la

acre claridad diurna una vivacidad dolorosa. Nos hieren, nos lastiman, nos llevan a un estado de hiperestesia cruel. A la luz, aquellos rosetones se convierten en llamas, y los mantones parecen hogueras; a veces predomina el verde, otras el púrpura, otras el azul, según los movimientos de la danzarina. Una gitana bailando al sol envuelta en un mantón de Manila, nos da la sensación de un auto de fe.

El tango interpretado a la vez por una mujer y un hombre, es más interesante, porque su elocuencia es mayor. Constituye un diálogo; mejor dicho, un poema; el eterno poema del Deseo, que es solicitud en un sexo, y en el contrario esquivez taimada y prudente rehusar. «Ella» coquetea, excita, llama y luego huye, para volver más tarde; tan pronto se entrega, tan pronto se recobra. En la contradicción, la paradoja, la incertidumbre, desesperante y sabrosa a la vez, del deleite que llega y no llega. «El» simboliza la pasión rectilínea, el apetito franco, que ruega, persigue y, si la ocasión le ayuda, sabrá tomar por fuerza; es la lujuria que apremia y se hace hambre; es la acometividad, la fiereza del lobo que ronda la majada...

Los bailes «flamencos» son como la arquitectura árabe, como las calles, cordobesas, donde la observación más escrupulosa no hallará jamás dos vías, ni dos fachadas, ni dos aleros, ni dos rejas iguales. En estas viejas ciudades, la belleza está en lo arbitrario; todos son recodos, ángulos, sorpresas; todo aparece fragmentado, laberíntico. Si una casa adelanta, la que le sigue retrocede; ésta tendrá un color y la contigua otro; aquí habrá una ventana, allí un balcón. El arte morisco temía repetirse, y su sed de variedad, de diversidad, era infinita.

Este proteísmo reaparece en sus bailes, de los cuales las danzas españolas son derivación. Que nadie se asuste de esto que voy a decir: asistir a una zambra gitana, equivale a darse un paseo por la mezquita. El tango, el zapateado, el bolero, las peteneras y demás mudanzas populares del arte coreográfico, no se aprenden realmente; se improvisan. Un maestro de baile nunca repetirá dos veces seguidas el mismo gesto. La gracia de esta clase de danzas no consiste en mover los pies y los brazos con arreglo a preceptos fijos, sino en la inventiva y facundia del bailarín, y en su destreza y donaire para repentizar actitudes y expresiones de rostro, dentro siempre, claro es, del más absoluto ritmo. Son, pues, las danzas como los arcos y las columnas de la mezquita; que se parecen, pero no se confunden.

Otro tanto debe decirse de las tonadillas: malagueñas, «soleares», granadinas, alegrías, tientos, etc. El motivo capital de la canción se diluye soñoliente en una serie de notas largas, monótonas, perezosas, dolientes; notas moduladas sobre una cadencia que apenas es cadencia; notas que, según el capricho del cantador, serán más prolongadas o más breves, más fuertes o más blandas; notas que treman y ondulan; notas que, indistintamente, amenazan o lloran; notas pausadas, rampantes, que dan la sensación de un camino en una llanura...

Tampoco existen, ni pueden existir, Academias donde aprender esta clase de cantos. «La melancolía» de la malagueña, verbigracia, no se estudia, no se recoge de ajenos labios, sino que brota espontáneamente en el corazón. Es una cuestión de idiosincrasia, una cuestión sentimental.

La zambra en el merendero del Brillante dura hasta la noche. A esa hora las mujeres se van

y los hombres continúan la fiesta en una habitación, a puerta cerrada.

—Vamos a cantar «flamenco»—ha dicho uno de ellos.

Y los demás le siguen. El que hizo la proposición sabe cantar y tañer la guitarra. Los otros le escuchan. Todos se han instalado alrededor de una mesa, sobre la cual brilla rubicunda, con la elegancia de una aguja gótica, una botella de manzanilla. Las paredes de la habitación son encaladas y se adornan con cromos vulgares. El hostelero acaba de marcharse. El silencio, el recogimiento fervoroso con que todos nos disponemos a oir, infunden en la escena la severidad y el prestigio de un rito.

Los cantares que nuestro pueblo repite, no van firmados. Nadie sabe cuándo nacieron ni quién fué su autor; y como la música que les acompaña, son vagarosos, inconcluídos y altamente poéticos bajo la imperfección y rusticidad con que fueron vestidos.

Solloza el bordón; la voz del hombre canta:

Corriendo subí la cuesta;
y ahora que quiero bajarla...
¡qué trabajito me cuesta!...»

Es la historia de la juventud impaciente y ávida; la novela de todas las pasiones que, de pronto y gozosamente nos ganaron el corazón, y luego, poco a poco, se resolvieron en hastío y pesaron sobre nuestros hombros como una losa; es la alegría idílica del amanecer y la desengañada fatiga de la tarde; es... «toda la vida», compendiada en tres versos.

Hay cantares en los cuales el poeta ignorado deslizó una melancolía ingrávida y sutil, de despedida. Tienen la emoción del sitio que la muerte

dejó vacío en la mesa familiar; la tristeza de un pañuelo que nos dice «adiós»; el misterio de unas pisadas en un camino, y también la indiferencia que deja en nuestra alma la ausencia de aquello que amamos. ¿Para qué molestarnos si «Ella», no está?...

Aquí no hay «nainita» que ver,
porque un barquito que había
tendió la vela y se fué...

Hay cantares que no hallando nada capaz de justificar la existencia de lo que intentan decirnos y explicarnos, sólo hallan en sí mismos la fuerza de Destino que les informa:

Te quiero... porque te quiero,
y en mi querer nadie manda;
te quiero porque me sale
de los «reaños» del alma.

Hay también cantares rebeldes, negros, cantares de anarquía; cantares tenebrosos, fatales, como el dolor que los inspiró:

Hasta la leña en el monte
tiene su separación:
una sirve para santos,
y otra para hacer carbón....

Poco a poco el alma mulsumana va adentrándose en nuestro espíritu, y según nos cautiva, comprendemos mejor el ritmo, la armonía, que liga los diversos gestos con que la psicología de este viejo suelo, triste, romántico y ardoroso, se manifiesta. Todo aconsonanta, todo es melodía, verso. La Giralda sevillana se hizo música en la malagueña; los celos del hombre llenó las ventanas de rejas y enmarañó las calles; los bailes son un zócalo de azulejos moriscos; el culto a la guitarra lo explican las palmeras...

IX

LA TIENTA

Estamos frente al hotel Simón, en el paseo del Gran Capitán, esperando los coches que han de llevarnos a la ganadería de D. Florentino Sotomayor, situada al Oeste de Córdoba y a ocho o diez kilómetros, próximamente, de la ciudad. Vienen con nosotros tres toreros auténticos: Patatero, de brillante historial; el novillero Alvarito y Bocanegra. Los demás excursionistas pertenecen a una compañía de comediantes impresionadores de películas, que van a filmar una cinta con las interesantes escenas preliminares de la lidia: tienta, apartado, derribo, etcétera...

Son las ocho de la mañana, y los rayos del sol pasan todavía demasiado altos; el frío llega a la carne. Las actrices ya están peinadas como el mujerío andaluz acostumbra hacerlo para ir a los toros, con los cabellos muy rizados y traídos hacia la cara, y sobre la cabeza una peineta de carey, alta y de complicados y sutiles dibujos. Los hombres visten según la indumentaria clásica

del país: de chaquetilla corta, pantalón ceñidísimo y abierto un poco más abajo de la rodilla, botas jerezanas de cuero amarillo y sombrero ancho.

En tales momentos, el zaguán y la acera del hotel Simón parecen los bastidores de un teatro; tienen la animación, la inquietud nerviosa, el aturdimiento que la farándula lleva consigo. Todos los artistas están contentos: es la alegría del oficio, la alegría de verse «vestidos» y mirados. Infatigable y previsor, el empresario con su sombrero de tela impermeable puesto de cualquier modo, va de un lado a otro, deteniendo en cada artista una mirada inquisitiva y llena de preguntas.

Llegan los coches y la alborozada caravana se distribuye en ellos; hay voces, risas y elogios, nunca exagerados, a los encantos que, entre revuelos de encajes, las actrices descubrieron en el momento de ganar los estribos. Todos los asientos quedan ocupados. Estamos «los cabales», como dicen en Córdoba. Nos miramos, contándonos. ¿No falta nadie?... No; nadie falta.

A la vez las largas trallas crepitan como cohetes. Varias caras desconocidas, de mirones que se habían detenido para vernos partir, nos sonríen afectuosas. Los mayorales, orgullosamente erguidos sobre sus pescantes, agitan el rendaje del ganado y se desgañitan.

—¡Riá... Riá!... ¡Arre, «Maestro»!... ¡Arre, «Coronel»!...

Y los vehículos ruedan tremantes, bamboleándose en la esplendorosa y saludable ufanía azul y oro de la mañana. Ya nadie siente la pena del madrugón; la Naturaleza, riente, llena de savias, soberanamente perfecta y rítmica, nos invade, nos posee, nos invita a vivir.

A intervalos los coches tiemblan rudamente sobre los baches profundos del camino. Entonces las mujeres chillan medrosas y coquetas, y los hombres dicen donaires. La gracia no falta. Alguien, que va mal sentado, dedica un recuerdo a la melena del caricaturista Bagaría.

—¿Dónde está?—pregunta.

—No ha venido—le responde una voz.

—Si estuviese aquí le cortaba el pelo para hacerme una almohadilla y sentarme a gusto.

La ocurrencia es donosa, y más dicha con el ceceo y lento dejo del hablar cordobés; ríe la gente, ríe el sol...

Hemos recorrido ya el paseo de la Victoria, y dejando a la izquierda la vieja puerta de Almodóvar entramos en un espantoso camino lleno de lodo y de bruscos altibajos. A uno y otro lado lozanean chumberas de hojas ovaladas y pulposas, y las piteras, de tallos hostiles, parecen cargar sobre nosotros a la bayoneta. A veces las caballerías se detienen, amedrentadas por la blandura del suelo fangoso, y los mayorales redoblan su exasperado griterío, y los látigos silban como balas sobre las orejas del ganado. Veinte veces hemos creído volcar.

Se refieren cuentos oportunos:

—Una vez—dice el fotógrafo Saraguetti (no respondo de que su apellido se escriba así)—un señor obispo, de no sé dónde, vino a Córdoba, y quiso visitar las ermitas.

—Ten mucho cuidado—le recomendaron al cochero que había de llevar a su ilustrísima—de no jurar, ni de pronunciar ninguna palabra fea; mira que hables como si al levantarte te hubieses enjuagado la boca con agua bendita...

Así lo prometió el cochero, y si, en su deseo de complacer a su ilustrísima, no llamó a las mulas

«de usted», le faltó poco. Al principio, como el camino, aunque pendiente, era bueno, todo marchó bien; el mayoral se quebraba de fino; parecía una novicia... ¡Vamos, que a su ilustrísima estarían dándole pensamientos de tomarle por secretario!... Cuando al llegar a una cuesta que llaman del «Reventón», se atascó el coche; y como si esto fuera poco, empezó a hundirse, de manera que el barro tocaba ya al cubo de las ruedas. Asustado el señor obispo quiso apearse; pero no lo hizo porque no había donde poner el pie. El cochero animaba al tiro con gritos inocentes, hasta que empezó a calentársele la sangre.

—Señor obispo—exclamó,—si su Ilustrísima no me deja insultar a los santos, no salimos de aquí...

Comprendiéndolo así su Ilustrísima se persignó y tapóse los oídos, y el mayoral, echando de una vez, como si se descosiese, todas las blasfemias que llevaba en el cuerpo, sacó el coche adelante...

Vamos cruzando los llanos de la Albaida, propiedad hoy de la condesa de Hornachuelos. A nuestra espalda queda Córdoba; a la izquierda, la vega desciende suavemente hacia el río, y luego, blandamente también vuelve a subir; a la derecha se alza Sierra Morena, y sobre sus taludes obscuros las encinas, distribuídas en grupos, remedan vellones. Delante de nosotros, al término azul del paisaje, el castillo de Almodóvar levanta, desde las postrimerías del siglo XII, la amenaza de sus muros almenados. ¡Oh!... ¿Dónde estará el polvo de los millares de legiones que chocaron contra él?...

Numerosos recuerdos de hechos memorables y perdidos, diluyen en el ambiente una melancolía de museo y nos salen al paso. Enfrentamos la Arrizafa, que el fastuoso Abderramén I, a mediados de la séptima centuria, mandó construir

y rodeó de jardines, y donde por su mano, según la tradición asegura, plantó la palmera madre de cuantas después nacieron en España. Más adelante, y como agarrado a la falda del monte, blanquea el antiguo monasterio de San Jerónimo, actualmente propiedad del marqués del Mérito; y abajo, en la planicie verde, atraen las miradas del viajero las ruinas gloriosas de Medina-Azhara, o Azhara, simplemente, que así se llamó la favorita en cuyo honor y regalo hizo construir Abderramén III tan soberbio alcázar.

Si hemos de dar crédito a la leyenda—¿y por qué no?—,fué la Azhara un capricho de mujer convertido en piedra como por arte, de birlibirloque y maravilla.

Una tarde, al trasmontar del sol, Azhara, la esclava predilecta del octavo califa, observaba el horizonte con ojos cargados de melancolía.

—¿Qué piensas, qué quieres?—le preguntó su dueño;—¿por qué estás triste?

Ella repuso, extendiendo un brazo:

—Me gustaría poder vivir allá, al pie de la montaña, delante del cielo inmenso y turquí...

Y allí, precisamente en el lugar señalado por su índice, surgió el palacio, que dirigieron los arquitectos más célebres de Bagdad, y sobre cuyo frontis dispuso Abderramén que colocasen la estatua de su favorita, labrada por los mismos artistas bizantinos que hicieron el Mihrab.

Ya va el sol muy alto, cuando llegamos a la dehesa. D. Florentino Sotomayor, en persona, acude a recibirnos. Todos los excursionistas echan pie a tierra y se dirigen hacia la casa, en cuyo corral, redondo, cercado y con burladeros, como las Plazas de Toros, ha de verificarse la tienta.

El «encierro» de reses bravas es un espectáculo vistoso y que se desenvuelve rápidamente.

Ocho o diez jinetes, armados de largas garrochas, se lanzan a rienda suelta a través del llano; éstos en una dirección, aquéllos en la opuesta, y describiendo entre todos un círculo. Tiene esta operación por objeto «levantar» los novillos para agruparlos en el lugar donde previamente habrán sido colocados los cabestros; los pobres bueyes, reflexivos y tranquilos, que en la psicología combativa, lujuriosa y vehemente de la torada representan la indulgencia, la ecuanimidad y la mansedumbre.

Los garrochistas disminuyen rápidamente en la distancia; después les vemos acercarse conduciendo al ganado. Unos preceden al convoy, guiándole; otros le siguen, aguijoneando a los animales rezagados. Es un momento de verdadera emoción. En el silencio rústico, los cencerros de los cabestros laten bulliciosos, y su estrépito crece, advirtiéndonos de que llega un peligro. Los cuerpos de tantas reses juntas forman una mancha ondulante, palpitante, que tan pronto se alarga en un sentido como en otro, y de la cual los cuernos sobresalen amenazadores. Retrepados en sus caballos, con sus trajes ceñidos y sus picas agudas como pararrayos, los garrochistas, que renuevan en Andalucía la leyenda de los centauros, dibujan perfiles de clásica y soberana esbeltez.

El tropel se acerca; ya se distinguen los animales, ya sentimos la expresión de sus ojos, a la vez empavorecidos y valientes. Desde detrás de una valla, Sotomayor da órdenes.

—¡Cuidado!... ¡Fuera todo el mundo! ¡Quitarse de en medio!...

Ya es tiempo; las reses penetran en el corral atropellándose, empujándose, asustadas de verse tan juntas. Inmediatamente los novillos, hábilmente acosados, van metiéndose en los chiqueros, don-

de permanecerán encerrados hasta el momento de la pelea. Los cabestros, que ya saben su obligación, vuelven grupas y salen al campo; van corriendo, brincando, felices, tal vez, de su pasividad, de su inutilidad, que les pone a cubierto del dolor. El ruido de sus cencerros disminuye, y plácidamente se extingue en la calma de la dehesa, llena de sol.

Va a empezar la brega; los espectadores se distribuyen aquí y allá, como pueden. El operador de las películas y los fotógrafos aperciben sus aparatos y se colocan con arreglo a la luz. Los toreros «de verdad», Patatero, Bocanegra y Alvarito de Córdoba, el capote al brazo, toman posiciones. El picador Mazzantini recoge el rendaje de su cabalgadura y se escupe la mano, para mejor sujetar la pica. Entre los «toreros de farándula», corre un movimiento de incertidumbre, de pánico. ¿Qué harán? ¿Dónde se situarán con provecho para la cinta cinematográfica, y sin exponer a riesgo alguno sus gentilísimas personas?

Las mujeres, envueltas en riquísimos mantones filipinos y con los cabellos adornados de flores, quedaron agrupadas sobre una plataforma, y aquellas sedas rojas, verdes, moradas, amarillas y azules, reunidas en ramillete fantástico, repiten bajo el sol esa ardiente y límpida policromia de los ventanales góticos, cuyo secreto se ha perdido.

Sale al redondel el primer novillo; sale aturdido, tropezándose contra los batientes del toril; ante su fiereza, los capotes de los lidiadores flamean multicolores como banderas. El animal levanta la poderosa cabeza, muge, escarba el suelo. Luego repara en el picador, y arremete contra él; Mazzantini, bien afirmado sobre los estribos, alarga el brazo. El choque es brutal. La fiera, herida en el testuz, gime, recula y de nuevo aco-

mete; el caballo, herido también, retrocede; Mazzantini tropieza contra un alero y derriba varias tejas; corre la sangre...

La lucha, el peligro, la muerte que ronda, excitan al público. Como el caballo está huído, unos proponen vendarle los ojos; otros se oponen. La emoción del combate no destierra, sin embargo, el buen humor. Entre dos puyazos de los que los técnicos llaman «de castigo», Mazzantini, refiriéndose a su caballo, grita:

—¡Vendadle los ojos de una vez! Si el animalito no ha de leer periódicos!...

Y la brega sigue. Desde la barrera, los artistas gritan, ríen, increpan, aplauden. Los «olés», los «bravos», los «anda, valiente», se repiten sin interrupción, sin término; al principio lo hacían porque así lo requerían la discreta composición y naturalidad de la película; luego espontáneamente, sinceramente, ganados por el interés del espectáculo. Entretanto, el operador trabaja, apresando todo aquel movimiento y toda aquella luz —¡oh, prodigios de la ciencia!—en la quietud y la obscuridad de una cinta. En los brevísimos instantes de silencio, el girar de la manivela de su máquina suena casi imperceptible, como un carraspeo...

A la caída del sol, que pone al lejano castillo de Almodóvar un fondo magnífico de encendidas púrpuras, regresamos a Córdoba. El lugar denominado Cuevas Altas ha quedado atrás. Vamos cuesta abajo, y el ganado trota sin fatiga; sus colleras tintinean ufanas. A nuestro lado galopan «el Rubio» y otros garrochistas, todos excelentísimos jinetes, maestros en el arte árabe de tenerse sobre la silla con majeza y soltura.

Una suave tristeza de égloga desciende a la tierra con el crepúsculo. Ha pasado volando una

cigüeña de las que duermen en los almiares, y hemos oído el aleteo agorero, semejante a un suspiro de una lechuza. A nuestra izquierda, en la obscuridad de la vega, grisean las ruinas de Azhara, el alcázar donde hace diez siglos el suspiro de una mujer y la pasión de un hombre se hicieron mármol, oro, alabastro, jaspe y acero.

X

LAS RAICES DEL ALMA

Creer que las dos expresiones representativas del espíritu andaluz son una corrida de toros y un mantón filipino, es incurrir en un lugar común deplorabilísimo y dar pruebas de superficialidad rutinaria y de mal gusto. Andalucía no es «una pandereta», ni tampoco aquel donaire, lleno de pujanza hiperbólica, que corre por sus calles... El corazón de Córdoba, de Granada, de Sevilla—tres ciudades magas de las cuales los turistas sólo conocen la epidermis risueña—es otro; un corazón sobrio, fatalista y callado, muy diferente del que imaginan las inglesas acuarelistas y los frívolos mantenedores del kodak.

Seguramente que quien por primera vez dijo «alegre como una guitarra», no era español. Después del órgano, ningún instrumento musical tan íntimo, tan subjetivo, tan religioso, tan trágicamente desconsolable en sus momentos de dolor, como ella; el dolor que hay en el Libro de Job, y las lamentaciones del Rey Lear, caben en sus

seis cuerdas. Examinemos la figura de un gran guitarrista cuando está solo y toca para «él mismo», y deja que toda el alma se le vaya a las manos: le veremos encorvado, el rostro vuelto hacia arriba, el mirar abstraído y lejano: su actitud es mística; es el ademán de la oración, la perplejidad tremante del éxtasis... y entonces la guitarra gime y reza y pide piedad... y tiene en la amarillez de su color la elocuencia calofriadora de las bocas agonizantes.

Así, en un lugar ungido por la aristocracia de la intimidad, es donde conviene oirla, porque construída fué para sollozar. Lo que la ha encanallado en orgías de lupanares y tabernas, y sobre los escenarios de los cafés-conciertos es su baratura; he ahí su gran delito: costar poco; que a ser su precio elevado, otro distinto y muy alto sería su destino. Pero, para quien sabe oir, la guitarra ostentará siempre, aun en el alborozo canallesco de la «juerga», la distinción, la gracia señoril de una princesa que—de incógnito y por capricho—hubiese entrado en un mesón.

A un amigo mío extranjero, hombre de bien cultivado entendimiento y muy enamorado de las «cosas» de España, le llevé a oir en Córdoba una fiesta «clásica», de sabor andaluz rancio y purísimo, mantenida por un «maravilloso» de la guitarra y una cantadora, y a la que únicamente habíamos de asistir seis o siete personas.

A media noche ya nos hallábamos todos sentados alrededor de una ancha mesa sobre la cual las botellas rubias, soberanamente elegantes de la manzanilla brillaban como delgados minaretes bañados en sol. Y apenas rompió el silencio la primera copla, cuando comenzamos a sentirnos poseídos de un inefable arrobamiento, y cesaron

las conversaciones, y el vulgar comedor en que estábamos adquirió gravedad de capilla.

Lloraba la guitarra con un llanto profundo que parecía responder a un dolor de raza, a un sufrimiento milenario que nació en Oriente, tal vez; y de pronto, sobre aquel hipar confuso, sobre aquella apretadísima malla de suspiros de tortura y de remordimiento, surgió la copla, imploradora, buida, semejante a un ciprés en la llanura desolada de un camposanto. Y aquella nacida en cualquier parte, hablaba del suplicio de amar y del suplicio de morir; era una copla terrible, negra como el Misterio que espera a las almas; roja como una cuchillada, lívida como una agonía; y las notas largas, quejumbrosas, interminables, a que las palabras parecían agarrarse para subir, tenían la desesperación de un cuadro de Ribera:

«Cómo quieres que la olvide,
si al tomar la Extremaunción,
en vez de mirar a Cristo,
¡mirándome se murió!...»

Son, metidos en cuatro versos, los últimos momentos de la mujer enamorada que, a pesar de su fe, renuncia a la bienaventuranza perdurable por mirarle a «El» una vez más. Es la exaltación del irresistible amor humano; la pasión que permitió a la desposada de Corinto levantar la piedra del sepulcro; el *naturam expellas furca, tamen usque recurret*, de Horacio.

Y tras aquella copla, casi sin interrupción, como una bandada de aves de agorería, fueron llegando otras y otras, todas fuertes, mordedoras, convulsas; coplas de muerte, de locura, de celos, de presidio, de fatalidad; coplas en que el amor a Dios y el deseo sexual vibran trenzados con

una sed de siglos... Y ni el guitarrista se cansaba de tocar, ni de cantar se fatigaba la mujer.

Amanecía cuando salimos a la calle...

—¡Y bien!—interrogué a mi amigo, que ni un instante había despegado sus labios.—¿Qué tal ha pasado usted la noche?

—Declaro—repuso—que jamás había asistido a ningún espectáculo igual. ¡Tenía usted razón: España es triste! ¡Ahora lo he comprendido, oyéndola cantar! Y por eso, porque siempre triste tiene siempre la cortesía de mostrarse alegre, me parece un pueblo admirable.

Eso es, efectivamente, lo único risueño del carácter español: la epidermis. No hagáis caso de los claveles bermejos que adornan la cabeza de *Carmen;* su cabeza es instintiva, vengativa, cruel, y de ella los claveles se caen fácilmente. Esos claveles rojos que para un yanqui—el pueblo más alegre de la tierra,—o para un alemán, o para un francés son flores, ¡nada más que flores!, para un italiano, y más aún para un español, son puñaladas.

Considerada en conjunto, la Creación es optimista y feliz, porque en ella la Vida triunfa; la Muerte, en el cosmos, no es más que «el abono» precioso de la Vida; pero, examinada fragmentariamente, individualmente, la vida es un dolor, puesto que de manera inexorable, en plazo perentorio, habremos todos de inmergirnos nuevamente en la circulación de la existencia universal.

Por eso el llamado con justicia «cante hondo» es tan triste: por inspirarlo un deseo de eternidad que es ansia de cielo y también fiebre de perpetuarnos indefinidamente en los hijos de los hijos, de la mujer que amamos. La risa frívola, el cuplé picaresco, no se aclimatan bien entre nosotros. En nuestras fiestas populares, la música y los

cantares tienen cadencias de una severidad hierática; y hasta el baile denominado «flamenco» ofrece momentos en que el cuerpo flexible, y como macerado, de la bailarina, al estirarse al compás de una melodía doliente y con un brazo en alto, parece una oración.

Malagueñas, Soleares, Granadinas, Peteneras, Marianas, Bulerías, Saetas..., son las raíces llorosas, pálidas como las mejillas del Nazareno, del alma nacional.

XI

MUJERES

La civilización moderna tiende a exaltar la influencia pedagógica y hasta política del elemento femenino. Decir progreso es decir liberación del sexo débil y adorado, y así en los pueblos más cultos las mujeres aparecen constantemente mezcladas a la vida pública. Su acción rebasó los límites estrechos del hogar y salió a la calle. En Francia, en Inglaterra y en los Estados Unidos, especialmente, su vida va trenzada a la nuestra, En las horas de esparcimiento y diversión, como en las de trabajo, caminan al lado del hombre con los mismos derechos y obligaciones que él y con igual independencia. A la mujer la encontraremos en el taller, en el teatro, en la oficina, en el restaurant, en el hipódromo, en los campos de tennis, en las regatas... La mujer irá al café, como nosotros, y podrá pasear y viajar, y entrar en un salón de limpiabotas sin ser groseramente requebrada al llamar la atención. Para los pueblos que forman en la vanguardia de la cultura,

la mujer ya no es una esclava ni una presa; sí una compañera, cuyos intereses, bajo el amparo de la ley, suelen oponerse a los nuestros y atajarnos el paso.

Esta preciosa hermandad y fusión de los dos sexos, que tanto pule al hombre, pues le quita buena parte de su ingénita grosería y violencia, va disminuyendo en Europa, según nos acercamos al Mediodía. Dentro de España, el turista advierte idéntico fenómeno; la libertad femenina marchará siempre en razón directa de los grados de latitud y del desenvolvimiento de la educación colectiva; a temperaturas menos cálidas y a mayor desarrollo cultural, mayores franquicias para la mujer.

En nuestras capitales más adelantadas, en Madrid, en Barcelona, en Valencia, en San Sebastián, en Santander, en Bilbao... las mujeres disfrutan de cierta independencia. ¡Oh, no exageramos! Se trata de una independencia tan corta, tan llena de restricciones y miramientos, que para cualquiera extranjera sería esclavitud y prisión durísima. Pues ésta sombra de emancipación, con ser tan inconsciente, tan irreal, no ha oreado aún nuestras ciudades andaluzas. En Andalucía el mujerío vive en un estado de pasividad, renunciación y perpetuo secuestro, del cual sus mismos padres, sus mismos hermanos y sus mismos maridos, acaso por costumbre más que por celos, no tienen idea exacta; que, a tenerla, buscarían seguramente remedio al mal. En Andalucía los hombres son carceleros de sus mujeres, y no lo saben; por su parte, las mujeres son esclavas y no lo advierten. ¡Lo notable es que las puertas de la prisión están abiertas!... Pero ni a ellos les gusta que sus compañeras salgan de casa, ni ellas

se muestran enteradas de que, en el fondo, están rabiando por salir.

Al siguiente día de llegar a Córdoba, un amigo me preguntó:

—Bueno... ¿Y qué me dice usted de las cordobesas? ¿Le gustan a usted?...

—Si quieren ustedes que hable francamente—repuse,—confesaré que todavía ni me agradan ni me desagradan, porque no las he visto. Creeríase que aquí no hay mujeres.

—¡Hombre! ¡No diga usted que en Córdoba no hay mujeres!

—¡Claro que las habrá... y de excelentísima hermosura!... ¿Pero dónde?... ¿En sus casas?... ¿Y cómo voy yo a ir a sus casas?... Miren ustedes a nuestro alrededor. Ni una mujer se ve; porque en este momento no aludimos ni a las niñas extrañas aun al amor, ni a las señoras que dejaron atrás la edad de la belleza y de las pasiones.

En Cádiz, en Málaga, en Sevilla y en Granada, hemos sufrido la pena de ratificar esta observación. Andalucía es una especie de harem inmenso, donde la libertad y el recato parecen conceptos incompatibles. Los adagios «la mujer honrada, la pierna quebrada y en casa»; «la mujer placera, dice de todos, y todos de ella»; «la mujer y la gallina hasta la casa de la vecina», etc., etc., se transmiten de madres a hijas, como un culto. Recordemos la calle principal de las principales ciudades andaluzas: la de Conde Gondomar, en Córdoba; la de las Sierpes, en Sevilla; la de Marqués de Larios, en Málaga; la de Reyes Católicos, en Granada; la de Duque de Tetuán, en Cádiz; y todas aparecerán en nuestro espíritu manchadas por la brusquedad y la severidad de los trajes varoniles. En todas esas grandes vías urbanas, sólo hay hombres que ocupan las *terrasses* de todos los cafés, ter-

tulian en las esquinas o van y vienen como por un salón. Y si, casualmente, alguna moza cruza por allí, las miradas, los requiebros, las descortesías de palabra y hasta de ademán, y el viento, en fin, de lujuria y torpe crianza que conmueve a la muchedumbre masculina es tan evidente, que vejada y avergonzada la mujer no volverá a pasar.

La exclusión del elemento femenino de la vida pública, echa sobre las poblaciones andaluzas, especialmente al anochecer, la hora en que los comercios parecen más lindos, una melancolía de la cual los hombres no llegan a darse exacta cuenta. La mujer, adorno eximio de la vida, irradia a su alrededor, un hechizo, un aroma, una gracia, que es ritmo, perfume, alegría imprecisa.

Visitamos un jardín: el jardín, indudablemente, con sus árboles y la canción de sus viejas acequias, es muy hermoso. Una tristeza, sin embargo, se desprende de él.

—Es que no hay flores—murmura a nuestro lado el jardinero.

Subimos a una torre, desde la cual se domina un paisaje soberbio: dilatadas planicies, cadenas de montañas azules, un salto de agua, un río, un pueblecito cuyas casas blancas parecen rodar, monte abajo, como un rebaño de ovejas. No obstante, el panorama nos deprime, suspiramos, y hay en nuestro corazón como un dolor de ausencia. El amigo que nos ha guiado hasta allí comprende.

—Es que no hay sol—murmura.

Recorremos una capital andaluza: nos gustan sus calles, sus cafés, sus teatros; admiramos sus balcones llenos de verdura, la gracia del arco morisco tendido de una acera a otra; el prestigio medioeval de la encrucijada iluminada por la luz de aceite suspendida delante de una imagen...

Todo es bonito, sin duda; pero a la vez, todo se nos presenta envuelto en una nostalgia indefinible. Es que falta la mujer; es que la compañera, luz y flor de nuestro jardín interior, no está...

Robustece mi creencia el aspecto nuevo, el júbilo desbordante, la ráfaga «de gran ciudad», que adquieren Sevilla, Cádiz, Málaga, por ejemplo, una tarde de toros. No es solamente la alegría del sol, ni la dramática emoción de la fiesta, ni el entusiasmo que encienden los matadores, lo que enfervoriza a la muchedumbre. A estos elementos de exaltación, debe añadirse la presencia de las mujeres que van a la plaza. Una estela primaveral de hermosura, de juventud, de deseo, queda tras ellas. Son sus mantillas, son la estridencia polícroma de sus mantones orientales; es el encanto de su risa al pasar... Y la multitud, sin saber por qué, se alegra, como si las calles, durante esas horas, fuesen más bonitas.

Pero la corrida termina, y al día siguiente la ciudad vuelve a inmergirse en su gravedad habitual. Desaparecieron las cintas, las flores, los encajes, todas las adorables frivolidades de la indumentaria femenina. La seriedad varonil recobra su preeminencia; la seriedad de los hombres que visten trajes obscuros, y hablan de negocios, y a todas partes parecen acompañarse de su fastidio o del trabajo que les cuesta vivir.

En Andalucía, cuna de mujeres bonitas, no se ven mujeres. ¡Qué lástima! Y son precisamente esas, las más hermosas, las que menos se dejan ver. Tienen miedo: que en esta tierra sultana la Belleza suele ser fatal a quien la posee como una Maldición.

XII

EL CALOR DE SEVILLA

El rápido que sale de Córdoba a las siete de la tarde llega a Sevilla a las diez menos minutos. Estoy contento: voy a ver la ciudad donde pasé mi infancia, y en una redecilla de mi coche, al acomodar mi equipaje, he encontrado un bastón. Los bastones son como los libros: no tienen importancia; pertenecen a todo el mundo. ¿Quién devuelve un libro? ¿Quién devuelve un bastón?... Nadie.

Aunque el bastón me ha parecido siempre un objeto inútil y molesto, el hallazgo me regocija, porque las cosas que vienen a nosotros por los imprevistos caminos de la Casualidad, aunque no valgan cuartos, complacen y son alegres, como el dinero de la Lotería. Es el hechizo de lo inesperado. Yo, que nunca había pensado en comprar un bastón, ahora no me harto de remirar el que la Suerte, nuestra madre común, me ha puesto entre las manos. Es ligero, sólido, elegante. Me acerco la contera a un ojo para ver si está tor-

cido... y no; no está torcido. Como tiene el puño en forma de gancho, me lo cuelgo al brazo; luego golpeo el suelo con él, y me persuado que parece hecho a mi medida: tuviera un centímetro más, y pecaría de grande; tuviera un centímetro menos, y sería pequeño. Entonces me siento, y lo coloco atravesado sobre mis piernas, como una espada. Su contacto me produce un secreto pero innegable bienestar interior; es una especie de equilibrio, de confianza. Pienso: «¿Luego yo deseaba un bastón y no sabía que lo deseaba?...» Realmente, lo que completa la figura del turista es un bastón; el bastón con que, yendo por el campo, señalará a sus acompañantes la hermosura de los paisajes. Todo trotatierras *qui se respecte*, como dicen los franceses, necesita un bastón.

Cuando llegamos a Sevilla, cae una llovizna apretada y sutil. ¡Qué lástima! En la ciudad de La Giralda no debía haber días nublados ni noches sin luna. ¡En fin!... Desciendo del vagón, y al agarrarme al pasamanos, horriblemente tiznado por el aguacero y el carbón de la máquina, me ensucio los dedos. Procuro secármelos en la espalda de un caballero que está en el andén y a quien, para esto, empujo ligeramente mientras murmuro un: «¿Me permite usted pasar?»... lleno de cortesía; y sigo al mozo que lleva mi equipaje. El bastón me acompaña, cantando sobre el asfalto un tac, tac, tac, isócrono y llamativo.

Salimos de la estación. Llueve, hay viento, hace frío ¡Bonita noche sevillana!... Salto dentro de un coche y doy al auriga las señas de una «Pensión de familia» que me han recomendado.

—¡Señorito!... ¿Usted sabe lo lejos que está esa casa?...

—Con tal que el caballo «no se acabe» antes de llegar...

La «Pensión» está casi vacía. En el piso segundo me dan una habitación espaciosa, alta de techo y sin esterar, y con tres ventanas, que da una idea bastante exacta de lo que serán en invierno los montes Urales. Paso una noche horrorosa; el frío me llega a los huesos. Al día siguiente, a la hora del almuerzo, bajo al comedor. Es un salón recogido, silencioso, lleno de intimidad y envuelto en una penumbra suave. Ocupan las mesas varios sacerdotes y algunos caballeros, de tipo militar, graves y peliblancos. Todos hablan poco y mesuradamente; los camareros son callados, amables y discretos. Flota en el ambiente un bisbiseo de confesonario, una dulzura de refectorio o de sacristía.

El dueño de la casa me ha preguntado:

—¿Qué tal se ha dormido?

Aunque la sinceridad y la buena crianza no suelen andar juntas, no he querido mentir.

—Verá usted: he dormido regular...

—Extrañaría usted la cama.

—No, señor; de la cama no puedo quejarme. Es que he tenido frío.

—¿Frío?...

Mi interlocutor me mira con los ojos inquietos y compasivos con que examinamos a un enfermo.

—¿Frío?—continúa lanzando una risotada;—¿ha tenido usted frío? ¡Qué gracia!... ¡Pero si en Sevilla no hace frío!...

—Lo mismo me decía el dueño de la fonda de Córdoba.

—¡Es claro! ¡Como que en Córdoba tampoco hace frío!... Vamos: no diga usted que en Sevilla ha pasado frío porque se van a reir de usted.

—Estoy seguro.

—¿Usted sabe lo que es «el Giraldillo»?

—Sí, señor; el muñeco que adorna la cúspide de La Giralda.

—Justo; pues pregúntele usted si ha pasado frío alguna vez; se echará a reir.

La temperatura de Sevilla no es la de Montecarlo, ni mucho menos; pero hemos convenido en que «aquí no hace frío», y nadie nos demostrará lo contrario. Con la convicción de que «en Sevilla no hace frío», ni se alfombran las habitaciones, ni los propietarios ponen chimeneas en sus casas, ni se preocupan de que las ventanas cierren bien. Por las noches, para que el aire circule con mayor libertad, todas las puertas de los corredores quedan abiertas. Es una hermosa fe que atrae a los extranjeros y no exige de los naturales del país ningún desembolso. Y podemos estornudar, tener sabañones y sentir helársenos los pies dentro de las botas. Nadie nos creerá, nadie nos compadecerá; y si no queremos hacer un papel desairado, debemos echarnos a la calle con el gabán al brazo.

En todas las ciudades del mundo, el vecino que tiene frío se mete en su casa. En Sevilla, como por broma, sucede lo contrario: aquí no es en la calle, sino en las casas, cual dispuestas para el invierno, donde más se siente el frío.

Hubo hace años en Sevilla un sastre famoso, llamado Juan Cruz, el cual regaló a cierta persona, de quien había recibido favores, una capa magnífica. Para mejor demostrar su afecto, él mismo, por su mano, la había cortado y cosido. Una noche Juan Cruz encontró a su amigo en la calle. Iba a cuerpo.

—¿Y la capa que le he regalado a usted?—preguntó.

—Me la pongo en casa—repuso el otro.

La arquitectura, genuinamente tropical, de las

viviendas, explica el «culto al sol» del pueblo sevillano. Para los andaluces «tomar el sol» es tan indispensable como para los ingleses el baño.

Vamos a una casa, preguntamos por el dueño; no está.

—¿Dónde podríamos hallarle?

—No sabemos—nos responden;—salió hace un rato «a tomar el sol...»

La dulzura de pasearse un ratito bajo el sol es algo sagrado, como la oficina, como la misa, como la hora de sentarse a comer. En la plaza Nueva, situada en el corazón de Sevilla, desde las nueve de la mañana a las cuatro de la tarde una muchedumbre ociosa ocupa los bancos y se estaciona en las aceras soleadas; y según el sol adelanta, ella cambia de sitio poco a poco, con voluptuosa lentitud. Unas veces la veremos del lado de la calle Méndez Núñez, otras frente al Ayuntamiento. Cuando el sol se va, la plaza queda sola.

. . . .

Concluyo de escribir esta crónica a mediodía, con el gabán y el sombrero puestos. Tengo los pies hechos una horchata; mis manos apenas pueden sostener la pluma. Unicamente el «calor de la inspiración» me anima.

El criado de la fonda ha venido a traerme el correo.

—¿Quiere usted hacerme el favor de cerrar la puerta?—le digo.

—¿Tiene usted frío?—exclama.—¡Pero, señorito, si en Sevilla no hace frío!

Me engallo, sonrío y le aseguro que, efectivamente, gozamos de una temperatura deliciosa...

XIII

LA GIRALDA

Hay personas que gustan en seguida, con solo mostrarse; personas que llevan la seducción en el gesto y en los ojos la simpatía, imán de las almas; y hay personas que, al pronto, nos son indiferentes y luego, según los tratamos, van acercándose y pasito a pasito entrándosenos en el corazón. Su aproximación extiende a nuestro alrededor una suave alegría familiar: ora es su delicadeza, ora un rasgo de ingenio, o una bondad o un donaire, lo que nos conquista. Hasta que un día no podemos vivir sin ellas.

Así la Giralda para muchos: sus dos estilos, árabe y cristiano, extrañan al viajero, acostumbrado a obras de mayor armonía. La primera impresión, evidentemente, es desagradable. ¿Por qué el antiguo alminar, no obstante sus setenta metros de elevación y de hallarse en la parte más alta de la ciudad, no muestra mejor gallardía? ¿Acaso estorba a su esbeltez la magnificencia y orgullo de la Catedral, que entona a su lado la

sinfonía de piedra de sus arbotantes y de sus agujas?...

La torre famosa que hace aproximadamente diez siglos mandó construir el emperador Yussuf para que sirviese de atalaya a la mezquita y de observatorio astronómico, se ve desde todos los rincones de la población. Caminando por la tortuosisidad de estas calles, su figura indefinidamente se nos muestra y oculta; tan pronto aparece, tan pronto se esconde; ora, al cruzar una plazuela de suelo herbado, se nos manifiesta casi en su total gentileza; ya es su fastigio únicamente lo que asoma tras el arriate florecido de una azotea. Pasear con la cabeza levantada es hallarla mil veces y perderla de vista otras mil. La Giralda es, para Sevilla, como una obsesión.

De aquí proviene su principal virtud conquistadora. El turista que empezó a mirarla con ojos desdeñosos, poco a poco se acostumbra a ella. En los días nublados parece más corta, más densa; en los azules parece más alta; pero siempre, a pesar de su reciedumbre, tiene una indefinible ligereza de espiga, una emoción de aroma. No es perfecta, no; en su arquitectura hay una disonancia; sin embargo... El viajero llegará a amarla. La Giralda es como «la Gioconda», como esas mujeres que no son hermosas pero que gustan, porque son espíritu...

Hasta las postrimerías del siglo XIV la torre hallábase adornada por una especie de airón formado por cuatro enormes globos dorados dispuestos de mayor a menos, de modo que componían un cono, cuyo brillo alcanzaba muy lejos. Describiendo la primera de estas esferas, dice la «Crónica» de Alfonso «el Sabio» que: «non podemos retraer de fablar della, ca es de gran labor, e de tan grande e estraña obra, que es dura cosa de

creer; toda obrada de canales, e ellas son doce; la anchura de cada canal cinco palmos comunales, e cuando la metieron por la villa non pudo caber en la puerta, e ovieron quitar las puertas e a ensanchar la entrada; e cuando el sol da en ella resplandece con rayos lucientes más de una jornada.»

Un terrible huracán y un temblor de tierra, produciéndose a la vez, derribaron aquel pintoresco penacho, tan de gusto morisco, y la torre quedó mocha hasta que en la mitad segunda de la décimasexta centuria, el arquitecto Hernán Ruiz, de cuyas deplorables iniciativas la mezquita de Córdoba aun no se ha consolado, levantó sobre el cuerpo del alminar primitivo, llamado después cuerpo «de campanas», cuatro más, de los cuales unos corresponden al orden dórico y otros al corintio.

Según el Sr. Alvarez-Benavides asegura en un folleto severamente documentado, los cimientos de La Giralda no alcanzan la extraordinaria extensión que muchos autores suponen, pues descienden a veinte metros aproximadamente bajo el nivel del suelo, y tienen un perímetro poco mayor que el de la torre. Hállase enclavada ésta en la plaza del Cardenal Lluch, precisamente donde en fecha remotísima hubo un anfiteatro romano, y las obras que sirven de basamento a su enorme fábrica, hechas fueron con piedras robadas al circo y estatuas—la mayoría mutiladas, algunas intactas—de aquella poderosa civilización. Los árabes lo aprovechaban todo.

Y he aquí la explicación sentimental de cómo el célebre alminar hispalense ha podido añadir a la fortaleza el donaire. Diríase que ese doble gesto atlético y gentil nace de sus cimientos, y de ellos sube hasta la cúpula como una savia. Es la

grandeza, la resistencia, la tenacidad inflexible, de los materiales que pertenecieron al circo; y es también la elegancia, la corrección ingrave, la gentileza, el alma de paganía, en suma, de las Venus, de las Minerva y de las Ceres, allí soterradas. Lo que fué parte del anfiteatro, hízose vigor y pesantez; lo que fué estatua, hízose gracia, espiritualidad y canción.

Un músico excelente, mi amigo Francisco Bravo Ruiz, me ha proporcionado la selecta emoción de subir a La Giralda a media noche, en el doble encanto indescriptible del silencio y de la luna. La ascensión es fácil. Los tramos de escalera fueron sustituídos por rampas, en número de treinta y cinco, y de pendiente tan suave que por ellas dice la Historia subió, a caballo, Isabel la Católica.

Caminamos lentamente, entretenidos por el mismo ritmo de nuestros pasos. Delante marcha el campanero, y lleva en la mano un farol, que, al balancearse, arroja contra el muro una fantástica danza de sombras y de luces. En los imbornales, altos, sesgados y estrechos, como saeteras, murmujea la brisa. En los elegantes ajimeces, llenos de luna, la columna de mármol blanco que sustenta el doble arco morisco, se recorta gracial, serena y fantasmal sobre el cielo estrellado. Según ascendemos, vamos pasando ante las puertas de varios cuartos abiertos en el ánima o eje central del edificio y destinados a habitación de sus empleados. A intervalos, nuestro guía se detiene para referirnos una historia.

—En este cuarto—exclama—vive el campanero más antiguo de Sevilla. Es ciego, pero su falta de vista la suple con el oído y con la memoria. Hace poco estuvo aquí un señor, y en cuanto le oyó

hablar, le dijo: «Usted nos hizo otra visita el año pasado por esta época...»

Se interrumpe, para darnos tiempo a maravillarnos, y prosigue:

—El viejo de que hablo era organista de la iglesia de la Magdalena. Una noche soñó que le llamaban para tocar el órgano, y al levantarse de la cama cayó al suelo y se rompió una pierna. Desde entonces no hace nada...

Algunas rampas más arriba, «el hombre del farol» señala un ajimez abierto, como una ventana de ensueño, sobre la serenidad plata de la noche.

—Desde aquí—dice—hace ocho años se tiró a la calle una mujer...

Estas dos historias vulgares dejan en nuestro espíritu una desagradable emoción. Más dolorosa que la vida de cuantos ciegos mendicantes arrastran su miseria por la zambra ruidosa de las calles, es la de ese viejo ciego recluído, y como colgado, en la paz de una torre. Antes, tocando el órgano, su alma, asomada a sus oídos cual a dos balcones, se consolaba. Hasta que cierta noche, por acudir a la cita de un sueño, se quebró una pierna. Desde entonces, a la tiniebla de sus ojos secos, el silencio añadió otra sombra: ya sus manos no se agarran a las cuerdas de las campanas; ya sus dedos no volverán a correr artistas sobre el teclado amarillento del órgano. Separado de la tierra, la quietud que le circunda debe de sugerirle la sensación de haber muerto.

Y a esta idea, siguiendo una enrevesada concatenación de imágenes, el recuerdo de la pobre suicida se une. «Fué ahí, desde esa ventana—pensamos—desde donde su desesperación miró al cielo por última vez...» Y nos estremecemos porque nos parece que la vemos saltar al abismo, y que el

ruido de su cuerpo, al destrozarse contra las piedras de la calle, sube hasta nosotros...

Estamos encima del reloj y nuestras miradas descienden sobre el recogimiento blanco y mudo—recogimiento de necrópolis—de la ciudad dormida. Nada en la inmensidad límpida del firmamento; nada fuera de la luna y de nosotros. Sobre la albura de Sevilla La Giralda tiende una larga sombra cónica, semejante a un ciprés. Sentimos miedo, frío de hallarnos tan solos y tan altos.

«En el vértice de ese cono—pensamos—estamos nosotros.»

Y luego:

«Giralda, a pesar de tus diez siglos de existencia, ante la Eternidad que te verá caer, sólo fuiste una sombra...»

Una eterizada llovizna de plata invade el espacio, y una emoción de frescura y de calma sube hasta nosotros. De cuando en cuando, en la monotonía blanca de la población, semejante bajo el resplandor lunar a un mantel arrugado, brilla un farol. Imposible seguir a través del dédalo de tejados y de azoteas el rumbo esquivo de las calles. Unicamente algunos sitios, la Alameda de Hércules y las plazas de la Constitución y de San Fernando, por ejemplo, ponen en la distancia brochazos notorios de luz. Al pie de la torre la Catedral, con sus enormes bóvedas tiznadas por la mano del tiempo, simula el caparazón de una gigantesca tortuga dormida. Más allá la plaza de Toros negrea y parece palpitar semejante a un ombligo. Entre la blancura de Sevilla y la de Triana el Guadalquivir brilla y se curva como un yatagán. La capital, cuyo perímetro se recorta claramente, da la sensación de una isla; los campos obscuros que la rodean son el mar; los pueblecitos, tales como San Juan de Aznalfarache,

Santiponce, Castilleja de la Cuesta, Camas, Algaba y otros, diseminados en la inmensidad negra del horizonte, remedan con sus luces grandes trasatlánticos que fueran acercándose...

Al dejar nuestro observatorio nos hemos detenido a examinar el reloj, obra de Fray José Cordero, puesto allí desde 1765. La escasa luz que nos acompaña no basta a esclarecer los secretos de la maquinaria que late y brilla misteriosamente tras de un cristal. Movidos por los dedos brujos del Tiempo, las ruedas giran pausadas y una serie de palancas vienen y van. En el silencio, el terrible aparato palpita como un corazón:

«Tac, tac, tac, tac...»

Así, gota a gota, segundo a segundo, sin darle a la Vida ni siquiera una tregua, devoró ciento cincuenta años. El señaló el último instante de Luis XVI, y la hora fatal de Waterloo repercutió allí.

«Cuando nacimos—balbucea dentro de nosotros una voz—ese reloj ya andaba; y tus frágiles días pasarán, y él, en la paz de las noches estrelladas, imperturbable, seguirá cantando. Millones de agonías, millones de nacimientos, millones de delirios nupciales, resbalaron por el inexorable enigma de sus agujas. Entre sus engranajes, la eternidad fluye semejante a un aceite»...

¡Oh sortilegio, de fatalidad y perdición, de esa maquinaria suspendida en el silencio de una torre y bajo el hechizo de la luna! ¡Oh poder inexcrutable, poder desesperante, de las cosas que el hombre echó a andar, y luego, aunque él no quiera, andarán siempre!...

Giralda: tú morirás porque naciste, porque vives; Giralda: ese reloj de agorería cuenta tus horas; Giralda: ese reloj, latiendo junto a tu fastigio, parece una sien...

XIV

DE NOCHE

En las agitadas ciudades modernas, en la «Quinta Avenida», verbigracia, de Nueva York, o en los «bulevares» de París, es indispensable acompañarse de un amigo con quien comentar la elegancia de la mujer que sonríe a nuestro lado, o la magnificencia del escaparate, cuya iluminación y riqueza nos admiraron un instante.

La intensidad de la vida exterior, la sucesión continua de imágenes, el ruido, la fiebre con que el espíritu va de unas ideas a otras, desequilibran la conciencia. La noción del «yo» fichteano vacila, se empequeñece, se nubla; por atender a lo que sucede fuera de nosotros, nos olvidamos de nosotros mismos, y así, precisamente cuando creemos vivir más, es cuando menos vivimos. Asomada a los ojos, nuestra pobre alma es como la niña que se quedase sin comer por ver desfilar, bajo sus ventanas, una procesión.

En esos momentos, la compañía de un amigo es precisa; necesitando replicarle, su conversa-

ción nos obliga a entrar en nosotros mismos para buscar nuestras opiniones; entonces miramos hacia adentro, nos concentramos, nos sentimos. Nuestra personalidad renace con el diálogo.

La paz de Sevilla nos produce efecto contrario, porque la conciencia es tanto más fuerte cuanto más quieta, sobria y apacible es la realidad exterior. Lo subjetivo y lo objetivo son como los platillos de una balanza, si sube el uno, el otro baja. Aquí, de noche especialmente, la sociedad, aun del camarada más íntimo, estorba: molestan sus palabras que, de pronto, rompen el hilo silencioso—hilo de araña—de nuestras reflexiones; nos incomodan el eco de sus pasos, la sombra de su cuerpo, que camina a nuestro lado. Mejor vamos solos, sin otra compañía, ni otro ritmo, que la cadencia de nuestro propio andar.

Todos los arrabales de Sevilla, por su misterio, por el espíritu de celada y de aventura que entortijó sus calles, son deliciosos; pero ninguno supera al de Santa Cruz, refugio antiguamente de la judería. Nada más señero, más emotivo, más delicadamente removedor, más pleno del alma triste y exquisita de las leyendas, que ese barrio de Santa Cruz, dormido bajo el hechizo blanco de una noche de luna.

Debe servir de introito o proemio a la excursión la Giralda, vista desde un tortuoso callejón sin salida, perfumado en primavera como un bucle de mujer, que nace en la plaza del Cardenal Lluch, y pasando bajo una doble arcada, se desliza, semejante a un foso, a lo largo de un muro centenario de un convento. Desde allí, la Giralda, con sus gentilísimos perfiles y sus millares de azulejos de reflejos metálicos, brilla extrañamente a la luz astral. Muéstrase más fina, más alta y como cubierta de rocío; sus cornijales se pro-

longan, y parecen realizar el sueño de Jacob; antes que afirmada en la tierra, creeríasela colgada milagrosamente del espacio, y ayuda a esta ilusión el llanto de plata de sus taraceas.

Un buen rato permaneceremos allí, al pie del viejo monasterio, en la calleja lóbrega trazada adrede para un empeño de rapto y galanía, y contemplando la torre alada, sutil como una oración, en cuyas dos arquitecturas—la árabe y la gótica—dos grandes pueblos parecen rezar a la vez. Después nos encaminamos al Alcázar, cuyos almenados murallones simulan guardar aún los amores y el fratricidio del Rey Don Pedro; cruzaremos el patio de Banderas, donde Fernán Caballero vivió sus últimos años, y por la calle del Agua iremos a dar en el corazón del barrio Santa Cruz.

Esta peregrinación habremos de realizarla sin plano y sin guía, a rumbo, para darnos el gustazo de perdernos cien veces en el intervalo de una hora. Nada más nervioso, más arbitrario, que la disposición de aquellas encrucijadas por las cuales, después de las once de la noche, nadie pasa. Las calles tienen nombres poéticos, nombres de misterio y evocación: calle de la Vida, calle de la Alianza, calle de Dos Hermanas, calle de las Cruces, calle de las Doncellas, que trae a la memoria un tributo de esclavitud, de belleza y azahares; calle del Chorro...

Nuestros pasos vagabundos resuenan cadenciosamente en el silencio. El suelo es de empedradillo unas veces, otras de mármol; las casas de ambas aceras se hallan tan juntas, que sus balcones y sus aleros casi se tocan; las fachadas, pintadas de diversos colores, avanzan, retroceden, se quiebran, se curvan. En las ventanas y en los arriates de las azoteas, verdean, a pesar de la esta-

ción, matas de claveles, de begonías y de geranios y viciosos helechos. Sevilla adora las flores, y las macetas no bastan a saciar su pasión. Aquí, todos los objetos capaces de contener un poco de tierra se aprovechan: una caja de madera, una lata de pimientos, el fondo de un orinal roto, pueden convertirse en minúsculos jardines.

Continuamos andando sumidos en el encanto intenso de la soledad y de la quietud que nos preceden y nos siguen.

Las luces del alumbrado público improvisan perspectivas teatrales. Por momentos, un farol colocado detrás de una esquina baña en claridad el fondo del callejón y parece alargado; otras veces es el farol lo que está en primer término, y entonces, más allá, todas son sombras y pavura. A ratos, la silueta de un hombre embozado que dice amores al pie de una reja, nos trae al espíritu la España de Don Juan; a ratos, la lamparilla de aceite que chisporroteaba ante el altar de una imagen hecha de mosaicos, o el viejo arco tendido, como un acento circunflejo, de una acera a otra, evocan una emoción de oratorio o de cripta.

Pues, ¿y los patios?... Estos patios tienen un encanto inexpresable de hospitalidad y recogimiento, de frescura y de paz, y el clasicismo de la moderna arquitectura sevillana que, lejos de destruir lo antiguo, lo afirma y embellece, nos garantizan su duración. La vista acude de unos a otros sin cansarse, y cada cual, dentro de aquellos perfiles que les son comunes, tienen una expresión sin génesis, una blandura, una cordialidad.

Detrás de la puerta, con clavos dorados o negros, que da a la calle, está el zaguán; y al fondo del zaguán, la cancela, generalmente pin-

tada de blanco; y detrás de la cancela, el patio, rodeado de columnas unidas entre sí por arcos de severidad conventual. En el comedio del patio, rodeada de plantas diversas—latanias, chamarrones, kencias, araucarias y bojes,—monologuea una fuente.

La mayoría de esas cancelas ostenta una fecha: ésta declara 1853; aquélla, 1795; otra, la de la casuca donde falleció Murillo, el pintor, dice 1682, y a cada una de esas fechas, un recuerdo se enreda, triste como un cabello blanco.

Hay patios obscuros, patios señoriales, con un farol grande, pesado, elocuente, tal la lámpara de una capilla; hay patios con paredes encaladas y suelos de mármol blanco, que parecen nevados; hay patios de sabor antiguo, anchuroso, resonantes, circundados por un doble claustro y con artesonados magníficos y zócalos primorosos de viejos mosaicos; hay patios que fueron de palacios solariegos, y que la suerte degradó más tarde a la categoría de corrales de casa de vecinos o de mesón; hay, en fin, patinillos modestos, donde aparecen tras la cancela humilde una palmera enana, dentro de una maceta, y una fuente de azulejos, adosada al muro...

También hemos paseado por Sevilla en una noche de tempestad .Su fisonomía entonces era otra. El viento, al despedazarse en las esquinas, gemía largamente, con aullidos de lobo y sollozos estridentes de órgano. Los goterones que caían de los tejaroces formaban un murmullo de marea; la voz gárrula de las torrenteras cantaba en las callejas inundadas; en las esquinas, contra los guardacantones, el agua destrizábase hervorosa y espumeante; en el vano ecoico de los patios,

la lluvia caía, caía... con el murmullo de los líquidos en ebullición.

Barrio moro de Santa Cruz, barrio blanco y esquivo: tu alma tiene la emoción—nieve, oro, añil—de esos paisajes árabes en cuyo horizonte aparece un minarete, y en primer término, un camello y una palmera, y, sobre ésta, el perfil de la luna.

XV

CAMINO DEL INSTITUTO

Desde la calle San Felipe al Instituto Provincial había, cuando yo cursaba segundo año de Bachillerato, diez minutos aproximadamente de camino. Hoy es posible que, sin haberse movido las cosas, haya para mí algunos más.

He querido retrotraerme al Pasado recorriendo esa ruta de niñez.

—Será—pensé—una excursión sembrada de emociones agridulces. La presencia de los objetos que entonces me eran familiares, seguramente arrojará una fuerte y rara luz evocativa sobre los estratos arcanos y más borrosos de mi memoria. Mis alegrías, mis menudas zozobras de entonces, renacerán; enredadas he de hallarlas, como muérdagos, a los balcones y a las esquinas, y así, sobre el caminante ingrato, al pasar, los pétalos de los viejos rosales de la infancia volverán a caer...

Para reconstituir la escena exactamente he entrado en la calle de San Felipe «por arriba»,

por la del Almirante Apodaca. He reconocido las aceras esquivas, las fachadas inciertas, llenas de recodos; los aleros umbríos, los zaguanes resonantes adonde, siendo niño, me asomaba para dar una voz. Unicamente la casa en que viví, la señalada con el número «doce», no es la misma. En su lugar han levantado otra más rica, que nada dice a mi corazón. La otra, «la mía», era más pequeña y tenía un patinillo modesto, solado de rojo y de blanco, que en las siestas estivales olía a humedad y a claveles.

Camino lentamente, impasible, bajo el furioso chaparrón que ha empezado a caer. El agua de los tejados desborda de los canalones y se precipita sobre las aceras con estruendo. La lluvia cae gárrula y a plomo, Estoy solo. Al llegar a la esquina de la calle Feijóo me detengo para ver —en mi espíritu—el cierre de cristales desde donde mi madre, cotidianamente, al irme yo a clase, prolongaba sobre mí distraída personilla la autoridad de sus ojos coartarios y vigilantes. Desde aquel sitio, yo, con mi trajecito marinero, mi sombrerito de paja derribado sobre la nuca, el andar mesurado y las dos manos cargadas de libros, volvía la cabeza, prudente e hipócrita.

—Adiós, mamá...

Un paso más y el cierre desaparecía tras de un recodo. Allí comenzaba mi libertad, allí empezaba a cantar mi corazón su «Marsellesa». Aquella era la frontera jocunda donde el «niño bueno», el «niño juicioso», el niño que miraba a los pilletes con cierta envidia, se vestía de máscara. Mi padre, que siempre iba conmigo a clase, asistía a esta inocente rebelión de mi espíritu sin regañarme. Yo era dueño de mí: podía quitarme el gabán, abollarme el sombrero o ponérmelo de otro modo; silbar, fumar, mirar al suelo, subir-

me a todos los guardacantones que fuésemos encontrando, dar puntapiés a las piedras...

Ahora, en este paseo sentimental, camina delante de mí un muchacho que va haciendo todo esto, y a cada momento se vuelve a observarme. Lleva un paquete de libros bajo el brazo y las piernas al aire, como yo entonces. Canta, silba, mira descaradamente a los transeuntes; los charcos que formó la lluvia no los rodea; se mete en ellos o los brinca; su paraguas tropieza en todas las ventanas, en todos los faroles.

Yo pienso:

—Un día serás notario o médico; te casarás; sentirás sobre tus hombros la pesadumbre de la Vida y andarás despacio...

Por la ancha y solitaria calle de doña María Coronel llego a la de Gerona, espaciosa también y callada. A la derecha aparece el viejo convento del Espíritu Santo, con su monumental portalón obscuro, adornado por un crucifijo hecho de azulejos y alumbrado, noche y día, por un farol de aceite. Sobre la imagen santa se leen estas tres palabras de ironía acerba: «Tibi soli peccavit».

Esta inscripción, a los alumnos de la clase de latín, nos preocupaba mucho. Ninguno de nosotros sabía traducirla... ¡y estábamos en el segundo curso!... Al cabo decidimos preguntárselo a don Aquilino Fuentes y Martín, nuestro profesor.

—Ve tú—me dijeron—porque contigo, como eres el más adelantado, no se enfadará.

Fuí, en efecto. Don Aquilino era muy bueno, pero muy brusco, y al oir la simplicidad de la comisión que me llevaba a su presencia, sus cejas poderosísimas se contrajeron, brilláronle los ojos, arreboláronse sus mejillas, y entre sus labios, obscurecidos siempre por una espesísima

barba, su rudo vozarrón tableteó semejante a un trueno:

—«Tibi»... ¿Qué quiere decir «tibi»? ¿Qué es «tibi»? ¿Es una alcachofa o un caso de la declinación?...

Yo, aturdido, no sabía qué decir; miraba al suelo, y, como a Galileo, me parecía que la tierra andaba:

El prosiguió:

—«Soli»... ¿Tampoco sabes lo que significa «soli»? Anda, en el Diccionario está; búscalo.

Me arrancó el Diccionario de un sobaco y me lo puso debajo de la nariz. Las calcomonías que exornaban sus páginas acrecentaron mi turbación. Yo por ninguna parte hallaba la S.

Don Aquilino continuó, señalándome un sitio con su índice aporretado y velludo:

—Mira, aquí lo tienes: «soli». Ahora bien: «peccavit», ¿qué es?... ¿Es nombre, es artículo, verbo, participio?... ¡No te muerdas las uñas!...

Hube de decir algún desatino, porque a mi vocecita implorante él respondió con gritos de tempestad, y descargando fragorosos puñetazos sobre la mesa. Al fin me dió la traducción que yo pedía y me echó a la calle. Mis compañeros me rodearon.

—¿Qué te ha dicho?

Pero yo no supe contestarles: lo que don Aquilino acababa de explicarme, con el susto, se me había olvidado.

Ahora esa inscripción ha tenido para mi experiencia una significación nueva y profunda. Considerando cómo he vivido, comprendo que a nadie debo quejarme de hallarme donde estoy. Soy fatalista. ¿Contra quién revolverme, ni para qué? Cada cual lleva en sí mismo, desde que nace, la razón de todo lo malo y de todo lo bueno que

más tarde ha de sucederle. «Tibi soli pecavit», ha murmurado dentro de mí una voz...

Y, sin rencor, sin alegría, sin flaqueza, mi mano en la del Destino, he seguido adelante.

Pausadamente, con la devoción, el respeto y la templada melancolía que nos inspiran los camposantos, he pasado ante la parroquia de San Juan de la Palma; he cruzado la célebre calle de la Feria, llamada «del jueves», vulgarmente, a causa del mercado que allí, desde tiempo inmemorial, se celebra ese día; y por la de Viriato he llegado a la plazoleta de San Martín, a la que la antigua iglesia de este nombre impone su religiosidad y su silencio. Una fuente gotea en la quietud, al pie de un farol. Cubren el piso, de empedradillo, grandes manchas verdes de hierba y de musgo. Nadie. En un ángulo, atado a una reja, un borriquillo apesga la pensativa cabeza bajo el chaparrón.

La calle Morgado la encuentro asfaltada. Yo la dejé con losas movedizas, sobre las cuales era difícil pasar en los días lluviosos sin mancharse, porque, semejantes a fuentes, despedían de abajo a arriba chorros de fango contra el transeunte. Este inconveniente era para la chiquillería del Instituto motivo de sucio pasatiempo y risa. Además, en la calle Morgado había dos casas de lenocinio, cuyos misterios presentidos exasperaban nuestra curiosidad. Sus inquilinas, vestidas con batas de colores vivos y sentadas tras la cancela, siseaban a los hombres. Nosotros, al pasar, las mirábamos de reojo, con deseo, con vergüenza, con miedo, y luego echábamos a correr, llevándonos su pintarrajeada belleza en la memoria. En clase comentábamos y exagerábamos lo que habíamos visto. Los mayorcitos aseguraban haber estado allí, y adop-

taban aires de importancia y enigma. Cuando algún pequeño—yo era de los más chicos—se acercaba a oirles, cambiaban de conversación, como si lo que decían no pudiéramos saberlo nosotros. Su desprecio nos irritaba, y para animarnos cambiábamos apuestas.

—¿A qué no eres capaz de entrar en el zaguán y pedir que te abran la cancela?

—¿A que sí?

—¡Marica si no lo haces!...

Llego a la calle Amor de Dios, y enfrente el Instituto, que entonces se titulaba «Provincial», y ahora «General y Técnico»; que entonces se hallaba todo él rovocado de ocre y ahora lo está de blanco. Es un edificio suntuario, al que precede un hermoso jardín.

En el átrio saludo a Francisco Ruiz, el conserje actual. Antes fué portero. Francisco Ruiz me reconoce y acude a mi encuentro. ¡Con qué emoción, con qué inefable y sencilla alegría pueril le doy la mano! ¡Y qué cordial, qué cerca de mí hallo a ese hombre bueno, que hace veintiocho años me parecía terrible!

Hablamos de los bedeles de entonces: de Caro, de Pablo, de Ortega...

—No queda ninguno—responde.

Casi todos mis profesores: don Aquilino Fuentes, don Gonzalo Blanco, don Francisco Rodríguez Zapata, don Rafael Zambrano, don Basilio Márquez... también se marcharon. De aquella generación de maestros sólo quedan tres: don Juan Pérez López, don Gregorio García de Meneses y don Ricardo Irabarren.

Paco Ruiz me enseña las aulas donde asistíamos a las clases de Latín y de Historia, y se asombra de oirme recordar los sitios que mis compañeros ocupaban.

—Aquí—le digo—se sentaba Manolo Caraña; allí, los Alvarez Quintero; Paco Bravo, Vicente Gómez Zarzuela, Luque, Correa y Oñoro, se ponían de este lado...

. . . .

Al salir del Instituto una indefinible laxitud me acompaña.

—He pasado—pienso.

«Pasar»... «Vivir»... ¿Qué es eso?... Todo lo que he visto está según yo lo dejé: las casas, las calles...; y, sin embargo, dentro de esa inmutabilidad, ni las casas son lo que eran, ni yo soy como fuí. Yo, siendo el mismo, soy diferente; los objetos no han variado y son distintos. ¿Cómo sin cambiar, sin moverse, huyen las cosas de nosotros y nosotros de ellas?... ¿Cómo lo que está sujeto al suelo, por cimientos, puede irse?... ¡Tiempo maldito!... Yo, que antes te tenía, todo entero, delante de mí, ¿cómo, poco a poco, empiezo a sentirte a mi espalda?...

Enero, 1915

XVI

BECQUER

Caía la luna a plomo cuando fuimos a ver el monumento que la voluntad generosa de los Alvarez Quintero, de una parte, y de otra la inspiración maestra del escultor Lorenzo Coullaut Valera erigieron a Gustavo Adolfo Becquer en el parque de María Luisa.

El sol, que da ánimo a los cuadros, perjudica a las estatuas, abulta sus formas, las cubre de plebeyez y grosería; al sol, las Venus más graciosas, los Antinoó más juncales, descubren su constitución lapidaria: son pesados, toscos, fríos. La luna, en cambio, es la gran amiga, la suprema aliada, de los escultores. Bajo su claror alechigado, ingrave, sutil, como una neblina de plata, las estatuas adquieren inmediatamente expresión fantasmal; sus rasgos se suavizan; parecen más esbeltas, más altas; la luz astral, reflejándose en ellas, las rodea de un nimbo; las graves vestimentas se eterizan y son gasa, seda, tul; el mármol se hace carne. De pronto, viven: mas no la vida vulgar de las mejillas rosadas y de los gestos, sino la vida maravillosa de los finados, la vida prodigio

de las mejillas blancas, de los cabellos blancos, de los ojos blancos y vacíos, de los labios que hablan sin moverse. El alma hízose piedra, y toda su emoción cristalizó en un ademán. Una estatua vista de noche, en un jardín, es como un muerto que nos saliese al paso.

Becquer comparte con Campoamor las simpatías femeninas. No sé cuál de los dos será más popular. Becquer es la pasión tierna, es la juventud que corre por los campos cogiendo flores, es también el sollozo. Campoamor es la ironía que ríe y llora a la vez; es la experiencia, es la tolerancia de quien pecó mucho y se arrepintió, y volvió a pecar. Aquél es la estación de partida; el segundo, la estación de llegada. Becquer, muriendo a los treinta y cuatro años, reniega del mundo, porque le dió muy poco; Campoamor, viejo y escéptico, lo bendice por haberle dado algo, Y las mujeres, supremas intuitivas, adoran en ambos, porque adivinaron que la vida es como un camino, mejor dicho, como una cuesta abajo que empezase con una canción y terminase en una sonrisa.

Coullaut Valera, dueño de la línea y artista de exquisita inspiración; Coullaut Valera, que supo impregnarse del templado pesimismo de la musa campoamorina, ha comprendido también todo el oleaje sentimental, alternativamente cálido, ingenuo, burlesco y desolado de Becquer. Lo que para éste fué rima, para Coullaut Valera fué contorno, y el escultor ha triunfado: su obra es, sencillamente, un verso de mármol.

El monumento a Becquer se halla instalado al pie de un taxodium gigantesco; árbol sabio y expresivo; árbol de égloga, cuyas ramas lánguidas, dobladas en forma de bóveda hacia la severa realidad de la tierra, conservan siempre, aun-

que estén cubiertas de flores, una tímida melancolía otoñal. El busto blanco del poeta se recorta pulcramente del tronco obscuro. Hay algo de Cristo en la seriedad dulce de aquel rostro barbado, que lloró tanto, y un dolor y un cansancio infinitos en los dedos de aquella mano que asoma por el embozo de la capa terciada. La cabeza, que piensa, y la mano, que ejecuta lo que aquélla le dice. El artista, para fijar el espíritu del autor de «Los ojos verdes», no necesitó más. ¿Ni para qué?...

A la izquierda del poeta, y en un plano inferior, como sentadas al pie del árbol, hay tres mujeres.

Una de ellas tiene la frente inclinada hacia adelante, y sobre el regazo un puñado de rosas. Sus hombros, sus brazos caídos, dicen laxitud. Parece arrepentida, parece triste; diríase que su figura se envuelve en la luz de un recuerdo; diríase que la realidad no la dió lo que la ilusión la había prometido. Es la mujer que una noche bajó a la reja de la cita y conoció al hombre...

A su lado, otra mujer, los ojos entornados, la boca entreabierta, echa la cabeza hacia atrás y cruza las manos en un gesto de pasmo, de deleite y de súplica. El mármol tiene el estremecimiento, el calofrío, arcano que precede a las revelaciones; el mármol vibra, tiembla, y balbuceando siente más que recita los versos magos:

«Los invisibles átomos del aire
en derredor palpitan y se inflaman;
el cielo se deshace en rayos de oro;
la tierra se estremece alborozada;
oigo flotando en olas de armonía
rumor de besos y batir de alas;
mis párpados se cierran... ¿Qué sucede?
—¡Es el amor que pasa!...»

El amor llega; una Anunciación de paganía va a verificarse; el corazón, hasta entonces indiferente y a obscuras, se llenará de luz y tendrá un oriente. La virgen aguarda propicia...

La tercera mujer, las manos cruzadas a la altura del rostro, la cabeza apoyada sobre el hombro tremante de su compañera, quiere oir y no oye, procura comprender y nada comprende aún. Es demasiado joven. Todavía la hora nupcial, la hora de las inquietudes divinas y mortales, no sonó para ella.

Tras el grupo, de pie, el semblante lleno de travesura, el carcaj repleto de flechas, en la mano el arco que reparte la excelsa locura, un Cupido, en bronce, acecha. El dios del Bien y del Mal ríe y tiene el andar contento y rápido. Mira a las tres mujeres; víctimas suyas son. Ya sacrificó a la primera y se apercibe a herir a la segunda; la saeta parece silbar en el aire. La tercera caerá después...

Este grupo simboliza la época más joven, los años de mayor lozanía del escritor.

Al otro lado del árbol, tendida sobre un banco, se admira una figura en bronce, de impecable elegancia; un efebo enjuto, grácil, armonioso. Es el Amor muerto; su carcaj, vacío e inútil, yace en el suelo; su brazo izquierdo quedó crispado en un gesto de súplica y de esperanza. Y es también la Ilusión, que al caer de lo azul, se partió las alas. En su dorso, allí donde late la vida, aparece un cuchillo clavado hasta el pomo. Ese cuchillo es la felonía, la ingratitud, la pena, que mató al poeta.

Me ha herido recatándose en las sombras,
sellando con un beso su traición.
Los brazos me echó al cuello, y por la espalda
partióme a sangre fría el corazón...

¿Existió realmente esa mujer de quien Gustavo Adolfo Becquer se queja tanto? Y si existió, ¿quién fué?...

Curioso sería formar un Museo con las «malas amantes» de que hablan los artistas, ya que a su ingratitud debemos agradecer los arranques más bellos de la lírica.

Pensando en esto, nuestro egoísmo reza:

¡Bendita seas, mujer ignorada, mujer ingrata, mujer infame! Benditas seas, puesto que, por ti, la inspiración de un egregio poeta se hizo estrofa, y años después, la inspiración de otro gran artista, fruteció y fué mármol.

XVII

LA AGONIA DE UN ARTE

Acompañado, no creo haya hombre más decidor, más jaranero, más ocurrente ni de mejor gracia que el andaluz. Sólo, no hay hombre más triste. Su alegría no nace de él, de su espíritu; sí de su conversación; es algo «reflejo» o «voluntario». Por esta razón, el aislamiento le es aciago; la melancolía, el pesimismo—ese terrible pesimismo fatalista de los cielos azules—caen sobre su alma y la empapan como en un rocío. De aquí la incurable tristeza del llamado «cante flamenco», y más apropiadamente «cante hondo», por lo caudal de las emociones que expresa, y también esa inextricable mezcolanza de regocijo y de pena, de entusiasmo y fatiga, de optimismo y renunciación que caracteriza el alma andaluza.

¿Dónde deberían buscarse las raíces éticas de esa gran pesadumbre? La respuesta no es fácil: acaso en la huella de miedo y tortura que el imperio vitando de la Santa Inquisición dejó en nosotros; acaso en el inmenso dolor de destierro

que los árabes, al marcharse, legaron a sus hijos, quienes —sin saberlo— lloran aún con las notas de sus «malagueñas», «granadinas» y «soleares», el recuerdo de la Patria perdida.

El mismo rastro de alegría y tristeza caracteriza los bailes de que esas tonadillas populares se acompañan. La mujer andaluza baila con los brazos en alto y sin levantar las piernas. El traje clásico para danzar es la bata: una bata de sencillo percal, muy planchada y crujiente, y con cola. Estos bailes son apasionados, lascivos, de una áspera y vibrante voluptuosidad oriental, y sus intérpretes deberán expresar todas estas emociones de harén valiéndose únicamente de la cabeza y de las caderas. Los pies servirán para marcar, con precisa energía, el ritmo de la música, y no deberán alzarse del suelo arriba de un palmo. Es el encanto de la pantorrilla entrevista en la rapidez de una media vuelta; la inquietud de los senos, a los que la actitud de los brazos levantados añade una pomposidad nueva; el vaivén lujurioso y retador de las ancas redondas.

Cuarenta años atrás, la que pudiéramos denominar «Universidad» ó «Escuela de Alejandría» del género «flamenco», fué el muy celebrado café Burrero, situado en la reunión de las calles Amor de Dios y Tarifa; y se llamaba así, porque su dueño, Manuel Ojeda, siendo muchacho vendía leche de burras por las calles, hasta que su actividad y buena discreción le llevaron a mejor fortuna.

Este Manuel Ojeda, descendiente quizás de aquel bizarro Alonso de Ojeda que, según fray Bartolomé de las Casas, divirtió a Isabel la Católica atreviéndose a caminar por una larga viga, puesta a modo de ménsula en la Giralda, fué hombre prudente, pero de músculos hercúleos y muy de

armas tomar cuando se presentaba la necesidad de andar a mojicones, y merced a estas particulares dotes de tolerancia y de valentía, vió medrar su negocio.

Mucho después, «El Burrero» comenzó a decaer, y muerto Silverio, dueño de otro café cantante, célebre también, de la calle Rosario, la hegemonía del arte pasó al café de Novedades, fundado hace diez y ocho años por Fernando González Serna, en la calle Santa María de Gracia, esquina al antiguo callejón de la Plata.

El tipo clásico andaluz de «la gente de tablado», se ha perdido ya; se lo llevó el tiempo. Repasando un álbum de fotografías antiguas hemos visto el retrato de la «Rubia de las Peteneras», hija del individuo que, por rivalidades de oficio, mató de un navajazo a «El Canario», cantador famoso; los retratos de las hermanas Dolores y Trinidad, llamadas «las Parralas»; el de «Conchiya la Carbonera», maestra de tangos; el de María Marvio; el de «Rosario la Mejorana»... y otras muchas. Todas se parecen; la comunidad de raza y de oficio las dió un aire indiscutible de familia. Son rostros carnosos, de labios gruesos, de ojos grandes y trágicos; la nariz, corta y ancha; los negros cabellos, traídos hacia adelante y pegados con goma sobre la frente y también sobre la cara, en forma de patilla; y en el moño, detrás de la oreja, un manojo de flores.

En Novedades, el popular «Ahorita», el camarero más antiguo tal vez de Sevilla, me habla con reprimida melancolía de aquella lejana época de desgaire y majeza, en que los bravos de la capital y los de Triana eran rivales; los tiempos en que Manuel Ojeda y el lidiador Punteret anduvieron a cuchilladas; y Frascuelo, el negro, Lagartijo y Cara-Ancha, cerraban las puertas del

Burrero para quedarse solos con todas las artistas; y Góngora, el maravilloso jinete, entraba en el café de Novedades a caballo, como un conquistador.

Hablando mi interlocutor se entusiasma y un tropel de olvidadas imágenes acude en cabalgata alegre a su memoria. Recuerda a los artistas más antiguos, de los cuales la mayor parte ya pudren tierra: a Paco «el Gandul», natural de Cantillana, a quien nadie aventajó cantando «cañas» y «polos»; a Fernando Ortega, apodado «el Merle», maestro, al igual que su competidor Manuel Caro, en «martinetes» y «seguiriyas gitanas»; al célebre «Juan va»... Entre los bailadores más ternes cita a «Lamparilla», así llamado por la extremada parvedad de su estatura; a Antonio Páez, «Perote», a Antonio «el Pintor», a «Manolo Pamplinas»..., y entre los modernos a «El Niño de la Isla», a «El Niño de Jerez», a «Bilbao», a «El Churri»...

Aquellos eran otros artistas, y el público también era diferente—prosigue «Ahorita»;—había mejor humor y más dinero. Yo he sido testigo de escenas muy graciosas. Por ejemplo: una noche estaba bailando «El Niño de la Isla» una de las figuras más lindas que he visto. Las mujeres se lo comían con los ojos. Una señora, ya vieja, que estaba en un palco, se levantó de pronto, hizo «así» con la mano y le arrojó al escenario un billete de mil pesetas. Cuando terminó de bailar, «El Niño» recogió el billete y se lo devolvió a su dueña.

«Ahorita» hace grandes aspavientos.

—¡No quiera usted saber—exclama—cómo se puso el público ni la tempestad de risas y de aplausos que hubo aquí!... A la noche siguiente la señora reapareció en el mismo palco, y cuando «El Niño» acabó de trabajar le tiró a los pies

ocho mil reales en dos billetes. Esta vez «Niño de la Isla» se dejó convencer y se guardó el dinero.

La representación va a comenzar y «Ahorita» se marcha.

La arquitectura del café de Novedades es la de casi todas las casas sevillanas. Las butacas invaden el patio. El escenario, de proporciones minúsculas, fué colocado a un lado, entre dos columnas. En el primer piso, a lo largo de la barandilla que circunda la sala, están los palcos.

Se levanta el telón. De aquellos antiguos tiempos en que la manzanilla se pedía «por cañas» y había «cañeros» capaces de apagar, a la vez, la sed de cien bebedores, quedan muy pocas artistas: verbigracia, Juana «la Sorda», vestida de negro y amarilla de rostro, como las pesadumbres; «la Macarrona», de estirpe gitana; «la Malena» y alguna otra. Son las únicas mantenedoras de la tradición; las únicas que arrastran por el tablado el casto abolengo de las batas de cola, y no muestran las piernas, ni ofrecen a las miradas el seno desnudo, ni llevan sortijas, ni costosas pulseras en los morenos brazos, vibrantes y encelados como serpientes.

«Bilbao», el bailarín, tiene también un perfil clásico.

Todo lo demás está adulterado, trastornado, por la influencia francesa. El señor Ojeda y el señor Silverio, doctores en la materia que nos ocupa, recusarían a estos guitarristas que usan bigote y americana y se abren una raya en los cabellos, y a esas pobres cupletistas apócrifas, sin elegancia ni donaire, que hicieron un arte de presentarse en público con un faldellín a la altura de las rodillas.

En Andalucía, al igual que en Madrid, el arte

«flamenco», como espectáculo, perdió su interés, porque los bailes populares, lo mismo que los cantares del pueblo, tienen una enjundia de espontaneidad que inútilmente querrían imitar los profesionales de la danza y de la poesía. El cuplé triunfa entre bambalinas, porque es artificioso, porque nació maquillado, y las luces de la batería antes le embellecen que le afean; las «malagueñas», las «soleares», se ahogan en el teatro, porque el teatro es la mentira y ellas son el sollozo, todo verdad, de una raza.

El género «flamenco» está herido; mejor dicho: está muerto. Lo mató el cuplé.

XVIII

RIÑAS DE GALLOS

Se efectúan los domingos por la tarde en el café de Novedades. La pista donde los animales han de reñir se habilita semanalmente en el comedio del local, bajo una gran marquesina de cristales; es un retablo circular y esterado, alto como de un metro y rodeado por una barandilla cuyos balaustres refuerza una tela metálica. Alrededor del palenque, y formando gradería, se disponen los asientos de «los abonados»; ocupan dos filas. El público se instalará detrás y arriba, en los palcos distribuídos en torno del patio.

El espectáculo empieza a la una de la tarde. La muchedumbre se aprieta en los escaños. Marea el ruido de las conversaciones. Hay sol, calor, tintineo de monedas, y en el aire una áspera emoción de pelea y de codicia. Semejante a la respiración de un volcán, el humo de los fumadores sube al espacio y lo mancha de blanco y azul. Lejos, en las profundidades del establecimiento, vibra el clarinear belicoso con que los gallos

se llaman y acucian al combate. Delante del asiento presidencial hay dos relojes, destinados a medir el esfuerzo y la agonía de los campeones, y que por ser de arena parecen añadir una emoción fría, inexorable, de fatalidad.

Va a comenzar el primer torneo. A la vez, por dos puertecillas diferentes, dos individuos suben a la pista; cada cual lleva un gallo. Los animales, que ya vienen pesados, son repesados a la vista del público para mayor satisfacción y confianza de todos. Luego pasan a manos del señor presidente, quien gravemente, con la seriedad y minucioso cuidado del sacerdote que cumple un rito, les frotará con espíritu de vino aguado la cabeza y el cuello y con limón los espolones, en previsión y sospecha de que por obra y mala fe de algún jugador estuviesen envenenados.

Apenas los gallos quedan solos, se acometen. No hay necesidad de azuzarlos. El gallo es la personificación del valor. Comparados con su heroísmo los arrestos del toro, la fiereza del león, no significan nada. El gallo es el sultán, por antonomasia; el macho que no permitirá nunca otro macho a su lado. Todo ha de ceder ante él, todo ha de someterse a su autoridad. El gallo no reparte su imperio: es Calígula, es Nerón. Un fuego de infierno tuesta sus entrañas. Para su rival no habrá cuartel: será temerario en la lucha, y con el vencido, feroz hasta la muerte. Es muy raro que un gallo huya, porque su coraje sólo se apaga con el último latido de su corazón. Ni se rinde a la fatiga, ni se humilla al sufrimiento; acribillado de heridas, arrancados los espolones o el pico exangüe, ciego... el gallo, sin otra defensa que su pico, resistirá aún.

El ambiente psicológico de los reñidores, caldeado por los sanguinarios episodios de la pe-

lea y la ambición de los jugadores, es muy digno de interés.

Los minutos iniciales de la lucha son de fuerte emoción. Los dos animales se atisban, con los picos casi juntos, abriendo las alas y agachándose para dar a su embestida mayor impulso. A veces brincan a la par, y entonces sus pechugas chocan en el aire; otras, uno de ellos salta sobre su contrario, procurando clavarle los espolones; pero aquél esquiva el golpe agazapándose y en seguida acomete. Los dos, instintivamente, toman la ofensiva, retroceden, avanzan, hieren, cían, vuelven a cargar, y sobre la obscuridad de la estera sus cabezas, endurecidas adrede por un tratamiento sui géneris de espíritu de vino y de sol, rojean como gotas de lacre. Las plumas que se arrancan, cubren la pista; la sangre de los picotazos salpica a los espectadores. Electrizada, fascinada, la muchedumbre se ha puesto de pie. Los jugadores apuestan entre sí designando, por el color del ropaje al gallo que, a su juicio, ha de vencer.

—¡Cincuenta pesetas al «giro»!

—¡Llevo doscientas pesetas al «colorado»!

—Diez pesetas al colorado.

—Van. ¡Diez pesetas al giro!...

—¡Cien pesetas al giro!...

Prodúcense momentos de calma, de silencio absoluto, de emoción indecible, durante los cuales los cigarros se apagan. Estos momentos corresponden a aquellos en que los animales contienden sin obtener superioridad el uno sobre el otro. La menor ventaja produce un murmullo que, dada la división de intereses de los jugadores, es, por igual, de pláceme y de angustia. Ni un solo detalle pasa inadvertido. Los golpes maestros—que pueden ser decisivos,—tales el picotazo que entuerta o el puyazo asestado bajo el ala, enardecen a la

concurrencia. Con el estrépito de tantas voces apasionadas, las paredes del edificio parecen temblar. Los brazos se extienden hacia adelante, y la gallardía del gesto da fuerza y relieve de juramento a las palabras.

—¡Quince pesetas al colorado!

—Van. ¡Llevo sesenta pesetas al giro!...

Entretanto, en los relojes, con los granos de arena, silenciosamente, la muerte va goteando.

Ya los gallos perdieron aquella elegante agilidad de que dieron pruebas en los primeros asaltos. Llevan peleando más de media hora. Tienen las patas rojas y las cabezas horriblemente torturadas por el pico y los espolones del enemigo; la sangre les ciega; apenas se ven. Ya sus cuerpos vacilan, ya dejan arrastrar sus alas buscando en ellas un apoyo; ya todo su cuello es una repugnante llaga palpitante y bermeja. Sin embargo, ninguno de ellos tendrá miedo ni piedad de su contrario, y el torneo seguirá hasta que transcurra el tiempo reglamentario, o los dos justadores queden inmovilizados por la fatiga, o uno de ellos sucumba o huya. Cuando esto sucede, la multitud se aquieta. Los jugadores burlados, pagan; los gananciosos, cobran, y en el silencio, aquel tintineo de monedas es como una oración rezada al cadáver del gallo vencido.

Un gallero lleno de saber y de afición. Antonio Reina, me facilita curiosos pormenores acerca de lo que pudiéramos llamar «los bastidores» de esta clase de espectáculos. Por boca de Reina habla una experiencia de treinta años.

Los gallos, unas veces tienen nombre; otras no, en cuyo caso se designan simplemente por el color de su plumaje; los hay jabados, colorados, blancos, negros, giros, cenizos, gallinos, etc. y, al parecer, no existe correlación entre su pinta

y su fiereza, si bien algunos inteligentes designan a los colorados y jabados como mejores.

La crianza, selección y «entrenamiento» de estos animales constituye un deporte costoso y difícil.

Como en el ganado vacuno suelen nacer de las vacas más bravas los toros de lidia más dura; así de las gallinas peleadoras proceden los gallos de mayor bizarría. Los pollos, a los diez u once meses de nacidos, ya están aptos para pelear; pero antes de ser enviados al reñidero habrán vivido sometidos a un régimen especial: se les dará a comer trigo o maíz, se les endurecerá la piel con frecuentes fricciones de espíritu de vino aguado, y para agilitarles y quitarles la grasa, todos los días, durante cierto tiempo, se les obligará a correr. Es un *entraînement* muy parecido al de los maestros del boxeo. Finalmente, según se hace con los toros, se «probarán» en el corral, echándoles a justar unos contra otros, porque en estos ensayos así acreditarán su valor como adquirirán destreza. Es la cata: los cobardes y poltrones serán enviados al mercado; los fieros y tenaces continuarán educándose para la lucha, y sujetos a la más absoluta castidad. Acerca de esto último no hay controversia: los galleros, sin haber leído a los Santos Padres, saben que la ruina del macho está en el harén.

En el café de Novedades, inmediato al salón donde se celebran las luchas, hay un patio cuadrangular, circuido por un taquillero numerado, donde los gallos permanecerán encerrados hasta salir a pelear. Allí se les pesa y se les curan las heridas que recibieron en el «ring». Este deporte se practica en Sevilla desde principios de Octubre a fines de Julio. Los gallos son llevados al reñidero en ayunas, para que estén más ágiles, y en la puerta del establecimiento un empleado

dará el número de la taquilla que han de ocupar.

Los gallos con puyas o espolones de una longitud inferior a veinte milímetros se denominan «pollos», y si tienen más de esa cifra, «jacas». A un gallo de dos años—época que señala en ellos la «mayoría de edad»—se le rebajan los espolones y es considerado como «pollo». Por el contrario, a un pollo se le alargan las puyas son el casquillo o «zapatón»—este es el nombre técnico—de otro gallo, y asciende a la categoría de «jaca».

Para lanzarlos a pelear, los pollos son emparejados según su peso y la longitud de sus espolones; las jacas, según el peso únicamente. En ninguno de ambos casos se otorga importancia al tamaño del animal. El peso de uno de éstos no podrá exceder sobre el de su contrario arriba de una onza, ni su puya tener más de un milímetro de ventaja. A los gallos tuertos se les compensa de este defecto, dándoles un rival que pese dos onzas menos que ellos. Todas estas circunstancias van quedando escrupulosamente anotadas en un libro, que siempre se hallará a disposición de los jugadores, y servirá para aclarar las dudas que en el curso de las peleas puedan surgir.

Las riñas de pollos durarán, como máximum, cuarenta y cinco minutos; la de jacas, diez minutos menos. Estas, indudablemente, son las más vistosas, las más emocionantes, porque los contendientes, como se hallan bien armados, se matan en seguida. Transcurrido ese plazo sin que ninguno de los combatientes obtenga la victoria, el encuentro será declarado «tablas», o nulo. Lo mismo sucederá si ambos animales, por decaimiento físico o falta de valor, permaneciesen el uno al lado del otro, sin acometerse, más de tres minutos.

En los anales de esta clase de espectáculos se citan nombres, que son lo que en la historia del valor humano los nombres de Bayardo y del Cid; nombres representativos, animales símbolos de la extraordinaria bizarría de su especie.

Tales, «Mocholi», pollo «giro-sucio», natural de Palma del Río, que fué a reñir a Madrid, donde ganó una apuesta de cinco mil pesetas, sostuvo en los cuatro o cinco años de su gloriosa vida más de cien peleas, y nunca fué vencido. La jaca «Sordaíto», «colorada», propiedad del comerciante don Antonio Rueda. Otra jaca «jabada», propiedad del famoso lidiador Antonio Sánchez, Tato. Otra jaca, color «gallina-negra», de Curro Cúchares. La jaca «Patas-Negras»... y otros muchos gallos, que los descendientes de sus dueños conservan embalsamados, que murieron invictos, y cuya genealogía los buenos aficionados saben de memoria.

En toda la escala zoológica no se encuentra un animal cuyo valor iguale al del gallo: ninguno tiene su impulso, su tenacidad, su fiereza; ninguno acomete con más saña, ni sabe, en la derrota, defenderse mejor. El último picotazo del gallo, al caer, es para el suelo, su agonía es todavía una agresión. Otros gallos, al vencer, cantaron y, a su vez, cayeron muertos.

Unicamente el hombre aventaja en valor al gallo, porque en ocasiones tiene conciencia de que va a morir, y, sin embargo, sonríe a la muerte; el hombre, que se deja matar por una idea, por una bandera; el hombre, que se encamina fumando al sitio donde la ley le condena a ser fusilado; el hombre, que inventó el submarino y le robó el oro a las entrañas de la tierra y sus perlas al Océano, y metido en un dirigible, a una altura de dos mil metros, atravesó el azul...

XIX

LA CASA DEL DOLOR

Una «Guía» de Sevilla cita la cárcel entre los «edificios y sitios notables» de la capital. Me hubiese gustado conocer al autor de ese libro, pues fué, sin duda, un eximio ironista. Efectivamente, la cárcel es «notable»: lo es por su vetustez, por su fealdad horrible, por su suciedad miserable, por su desamparo, por todo el ambiente, en fin, de holganza y de olvido que se respira allí.

Esta prisión fué instalada, con carácter provisional, en un antiguo convento llamado vulgarmente «del Pópulo»; pero como en España, más que en ningún otro país, lo transitorio se eterniza bajo los barnices de la pereza y de la costumbre, la nueva penitenciaria de que tanto se ha hablado no ha empezado a construirse aún.

¿Quiénes son los verdaderos causantes de tan incalificable abandono? ¿Son las Corporaciones que intervienen en la administración del establecimiento? ¿Es el Ayuntamiento? ¿Es la Dirección general de Penales? ¿En qué negociados o en qué

personas debe recaer la responsabilidad de tanta incuria, de tanta lacería y de tanto dolor!...

La cárcel es una infamia, hecha piedra; es una roña, una abominación, una especie de lepra moral. El frío de aquellos claustros, la expresión de aquellos muros grietosos, de aquellos tejados por donde el agua llovediza penetra libremente, la tristeza de agonía de los altos ventanales sin cristales, hielan el corazón. La cárcel de Sevilla es, sencillamente, la vergüenza de Sevilla; su baldón.

El director, actual, don Mariano Nieto, y el subjefe, don Jesús Mateo, me enseñan el establecimiento. Van delante de mí. Nuestros pasos resuenan lúgubres en el silencio del caserón, negro, húmedo y pestilente, como una muela podrida.

Nieto me explica las obras de albañilería que, casi siempre a expensas suyas, hubo de hacer para evitar el total derrumbamiento del edificio: había que tapar las goteras, había que sustituir las vigas inservibles, había que apuntalar los paredones centenarios, rotos y próximos a caer.

Antes, los reclusos vivían en la más absurda e inmoral de las promiscuidades; ahora, Mariano Nieto los ha dividido, teniendo a los condenados por delitos graves en una parte, y en otra a los que cumplen prisión preventiva. Es cuanto ha hecho, y realmente, dada las fatales condiciones del edificio, no ha podido hacer más, ni su buena voluntad pudo ir más lejos.

Los reclusos se pasean, silenciosos, por los patios. Hay más de doscientos. Muchos nos miran con curiosidad. Imposible olvidar la tristeza infinita, la amarguísima expresión de derrota de aquellos semblantes macilentos, descoloridos por el frío, por la mala alimentación y por el fasti-

lio, que es también tristeza, de no hacer nada, le no ocuparse de nada.

En la extensión gris de los muros, una mano candorosa y rutinaria se entretuvo en escribir numerosas máximas morales que, por hallarse en tan inhospitalario y desabrigado lugar, son irrisorias.

Dice una de ellas:

«Esta es casa de corrección, educación y reforma; sus habitantes, más que malvados, son desgraciados; miradles con compasión.»

Y otra:

«Jamás recibe el hombre mayor placer que cuando en sus penas y aflicciones es socorrido y consolado por sus amigos.»

¡Ah! ¿Cómo traducir aquí la expresión de burla, de desdén, de odio, de desprecio, con que los reclusos nos miran leer estos letreros? ¡Ah!... Si la disciplina y el miedo al calabozo no cerrasen sus labios!... Sus ojos, en cambio, clavados en nosotros, parecen gritarnos:

«Todo eso que ve usted escrito ahí, son palabras; todo es mentira. Esta no es casa de corrección, ni de educación ni de reforma; aquí nadie nos compadece ni nos socorre; aquí, todo el pan espiritual, todo el consuelo que recibimos se reduce a las conferencias que unas «señoras catequistas» y unos caballeros, más o menos indoctos, nos dan a propósito de un Dios de cuya bondad no hemos recibido todavía ninguna prueba...»

—¿En qué se ocupan los presos?—pregunto.

Mariano Nieto me enseña unos talleres ridículos, donde veo trabajando cuatro o cinco personas. Hay una mesa de carpintero y una maquinita para tirar tarjetas.

—¿Esto es todo?

—Todo. No tengo materiales ni herramientas, ni local idóneo.

—¿Y la biblioteca?

—No hay biblioteca.

—¿Y la escuela?

La escuela, obscura, trágica, hostil, también es irrisoria; los bancos, como los pupitres, son de una pequeñez cómica. ¿Quién es capaz de aprender allí nada? ¿Cómo sentir en aquel ambiente la afición a leer? Y, por añadidura, si alguien la sintiese, ¿qué adelantaría si no le dan libros?...

Visitamos unos claustros convertidos en dormitorios. Los techos son altísimos y abovedados; el ambiente, glacial. No hay camas. A lo largo y en el centro de uno de esos dormitorios, corre una especie de crujía, mejor dicho, de foso, que parece destinado a servir de vertedero a las aguas sucias, y separa las dos grandes plataformas de asfalto, donde, sobre jergones de paja, y unos al lado de otros, duermen los presos. El aire huele a miseria, a dolor.

Un recluso se me acerca misterioso; tiene las manos en los bolsillos del pantalón, los labios blancos:

—Nos morimos de frío—suspira.

Y surge un contraste brutal, una estridencia cruel, entre esta confesión sencilla, implorante, hecha en voz baja, y la petulancia de aquellas máximas hueras—hueras, porque no se cumplen;—máximas teatrales que parecen reir, como bocas de clown, en la yerta amarillez de los muros conventuales.

¡Retórica! Si bajo el necio oropel de tus frases no late un corazón, ¿qué mereces, ni para qué sirves, ni para qué vales?...

Parado delante de mí, con su bigote canoso,

su gorra galoneada y su rostro severo y ancho, Mariano Nieto tiene el aspecto desolado del capitán de barco que sintiera hundirse bajo sus plantas su navío. Yo, que conozco el inmenso dolor que le produce el dolor ajeno, pienso:

«¡Cómo debe sufrir!...»

En el departamento de mujeres, confundida con las demás reclusas, hemos visto una loca. Sus pupilas desorbitadas, sus cabellos greñudos, sus gestos, la expresión idiota de sus labios, pregonan su demencia.

—¿Cómo la tiene aquí?—exclamo.

—Porque como es presa, no puede ir al hospital.

—Y el médico, ¿qué dice?

Nieto hace un ademán de laxitud; el ademán de quien empieza a cansarse de pedir sin éxito.

—El médico—responde—hace lo que puede.... ¡que es bien poco!...

Oyendo estas enormidades, el carácter más indiferente, el más apático, el más egoísta, vibra de cólera. ¿Cómo a la sombra de la ley pueden cometerse tales tropelías? Si esa mujer es irresponsable, ¿por qué está presa?

¿Por qué se la guarda en la cárcel en vez de llevarla al manicomio? Si existe más dulzura, más filantropía, más misericordia en los hospitales que en las prisiones, ¿cómo no inclinarnos hacia lo más justo por ser lo más bueno?...

A la familia penal no se la corrije con máximas inanes, más frías que los muros donde fueron escritas, ni con conferencias triviales, sino con buenos maestros, buenas camas y buena comida, porque nada inclina tanto al bien como la salud.

¿Sabe nadie la cantidad de moral que va disuelta en un rayo de sol?

Mariano Nieto: Si un día, cansado de no obtener la protección que solicitas y mereces, te decidieras a prenderle fuego a la cárcel de Sevilla, avísame. Sería una obra de nobleza y de caridad, que me gustaría firmar contigo.

Febrero, 1915.

XX

LOS VIAJEROS

El forastero, ya bañado, afeitado y vestido de limpio, desciende al comedor. Es un inglés que desea conocer España, porque leyó a Lafuente y siempre le interesaron los buenos vinos y las escenas de amor y torería con que la industria malagueña adorna el interior de las calles de pasas. La escena, en Sevilla. El viajero acaba de ocupar una mesita junto a un balcón volado sobre la umbría de una callejuela morisca, tortuosa y callada; parsimoniosamente desdobla su servilleta, se sirve un vaso de agua, corta el pan en pedacitos iguales, pincha una aceituna...

El dueño de la fonda se llega a saludarle. Su actitud es, a la vez, respetuosa y cordial. Los dos hombres hablan. El inglés mueve mucho los labios para pronunciar las vocales; se expresa en español correctamente y sólo cuando tropieza con un verbo vacila un poco.

—Desearía—dice—ver hoy el Alcázar. ¿A qué horas permiten visitarlo?

El fondista:

—Creo que desde las diez de la mañana en adelante, pero no lo sé. Ya lo preguntaremos.

—Me han asegurado que es una obra admirable...

Pausa. El dueño de la casa mueve la cabeza, sonríe, baja los ojos. El inglés, con una sorpresa que le arranca de la mano la cuchara con que se disponía a comer la sopa:

—¿Es posible? ¿No conoce usted el Alcázar?

—No, señor. Vergüenza me da confesarlo: no conozco el Alcázar; y soy sevillano, y en Sevilla, exceptuando dos años que pasé en el extranjero, he vivido siempre.

El inglés demuestra la sorpresa que esta declaración le produce, con gestos alegres y cálidos completamente contrarios a la flema proverbial de su raza.

—¡Increíble—exclama,—increíble!...

Hojea luego un cuadernito de notas y prosigue:

—¿Están muy lejos de aquí las ruinas de Itálica?

—Aproximadamente, a unos ocho kilómetros.

El inglés va a decir algo, pero su interlocutor, con un ademán, le interrumpe:

—Ya sé lo que iba usted a preguntarme; no, señor; no conozco las ruinas de Itálica. He tenido ocasión de verlas..., ¡figúrese usted!..., pero como si no... ¡Los españoles somos así!...

El forastero, mientras escribe algo en su cartera, repite:

—¡Increíble..., verdaderamente increíble!,..

El dueño de la fonda interpela al mozo, que se acerca con una bandeja de pescado frito:

—¿Tú sabes a qué horas dejan visitar el Alcázar?

—¿A qué horas dejan visitar el Alcázar? No, señor.

El hostelero, como consolado, mira a su cliente, sonriendo.

—¿Oye usted?... Otro sevillano que sabe de Sevilla lo que yo.

Al mozo:

—¿Tú conoces Itálica?

—¿Itálica? ¿Las ruinas de Itálica, donde dicen que hay un anfiteatro?... No, señor.

Dirigiéndose al inglés:

—Mire usted, caballero. Yo, según sabe mi principal, vivo para mi trabajo... Fuera de mi casa y de este comedor, donde llevo sirviendo diez años y cuatro meses cabales, que no me busquen. Treinta y ocho años cumplí en Mayo; he nacido en Sevilla y de aquí no he salido nunca; pues no conozco ni la Lonja, ni el Archivo de Indias, ni el Palacio de San Telmo, ni he subido a la Giralda...

El camarero suspira con la tristeza del hombre que no ha cumplido su misión sobre la tierra, recoge los platos sucios y se va. El fondista, con cierta petulancia:

—Londres, en cambio, me lo sé de memoria.

—¡Ah! ¿Estuvo usted allí mucho tiempo?

—Cinco meses. Pregúnteme usted por la Westminster-Abbey, por la National Gallery, que usted conocerá...

El inglés, suspirando:

—No, no la conozco. ¡Los negocios le absorben a uno el tiempo de tal modo!...

—Como a mí. También fuí diferentes veces al Museo de Madame Tusseau. ¿Es interesante verdad?...

—No he entrado nunca en él.

—¿Habrá usted visitado la catedral de Canterbury?

—No, señor.

—Aseguran que es muy notable. ¿Y el Palace of the Coronation, en Windsor?

—Tampoco.

—¿Estuvo usted en Oxford?

—No...

Sigue el diálogo: el inglés, que apenas conoce Inglaterra, habla de España; mientras el español, que ignora su país, habla de Inglaterra.

Siempre fué así. La atracción alucinante, el imán de ensueño con que el horizonte cautiva a las almas, nos impide detenernos a contemplar lo que está cerca de nosotros. El vecino de la Alhambra granadina, orgullo del mundo occidental, se dice, mientras compra un billete para Moscou:

—Puesto que vivo aquí, a mi regreso la veré.

Como hay chilenos que, pensando en las montañas suizas, cruzan los Andes sin mirarlos. Es el deseo, un poco novelesco, que sufrimos todos de ver lo que nuestros amigos ignoran, porque no hay viaje largo que no perfumen las fragancias exquisitas de la aventura y de la mentira. Si necesitáis saber algo del Cairo, preguntádselo a un francés, verbigracia; un francés, que probablemente habrá pasado de largo mil veces ante la maravilla de Nuestra Señora. En cambio, si queréis conocer todos los secretos de París, hablad con un americano...

Lo que sucede con las ciudades repítese exactamente con las personas, y esto explica cómo muchos hombres que gozan justo crédito de conocer muy bien a las mujeres, no conocen a la suya. Sin la pasión irrazonada de los viajes, las estaciones de ferrocarril estarían casi vacías, y

sin el capricho invencible de buscar en la calle el amor que tenemos en casa, apenas habría adulterios. No son los indígenas de un país, sino los extranjeros, quienes lo examinaron mejor; según no es el marido, sino los amigos del marido, los que podrían informarnos más acerca del alma de su esposa.

Muchas veces, al marcharse de una ciudad donde vivimos largo tiempo, mientras el coche rueda con nuestro equipaje camino del muelle o de la estación, experimentamos remordimientos punzantes de no haber visto tal o cual monumento o paisaje; igual que al decidirnos a separarnos de una mujer, nos acomete siempre el recelo—un recelo que es una acusación—de no haberla amado bastante.

Porque la vida es específicamente ingrata; porque en ella todo es transformación y despedida; porque en su vertiginoso filar, lo que no llega se va. Sueñan los ojos con lo que todavía no vieron; sueña el corazón con lo que no ha amado aún; pues siempre, en el espacio, lo remoto fué lo mejor, y en el tiempo, lo que se ha ido o lo que se ha muerto...

XXI

LA COSTUMBRE

Muchos autores, preocupados por la gallardía aneja a las grandes síntesis, sólo quieren ver lo general, lo complicado, pareciéndoles que su atención se rebaja de aplicarse al examen de sucesos concretos. Es un error. Mejor caminamos de lo sencillo a lo heterogéneo y poliforme, que viceversa. La visión de un conjunto necesariamente ha de pecar de somera. El «todo» no puede explicarnos el «detalle», y, en cambio, el detalle, el perfil aislado, pueden explicarnos el alma del todo. La habilidad del observador consiste, no en mirar hacia diversas partes a la vez, mas sí en estudiar aquella que, por su especial naturaleza, le permita llegar después al exacto conocimiento de las no vistas. Hay hechos compendiosos, hechos-síntesis, que explican la razón de muchas cosas diferentes; como el grito lanzado en una caverna, al repercutir en todos los rincones, nos traerá una idea de la profundidad del sitio.

El rutinarismo es una derivación de la pereza,

porque la improvisación supone siempre un esfuerzo espiritual. Las costumbres, todas las costumbres, desde las más respetables a las triviales, implican una pasividad. Por eso la juventud es el desorden en los pensamientos como en las acciones, porque es fuerza; por eso con la vejez, calmosa y fría, inclinada a no salirse de los predios conocidos, los hábitos adquieren tanta autoridad. Los jóvenes son esclavos del último libro que leyeron; un joven defenderá hoy una opinión, y mañana dejaráse matar por defender la opinión contraria. La juventud viaja, quiere, olvida y es ingrata precisamente porque lo ama todo. Este desbarajuste intelectual lo extenderá asimismo a los pormenores ínfimos del vivir cotidiano; un joven nunca sabrá dónde la víspera dejó el cepillo de la ropa, ni cuántas camisas limpias tiene en el baúl, ni el dinero exacto que lleva en el bolsillo. No así los viejos; su espíritu insensiblemente se contaminó de la quietud del cuerpo; en la vejez todos los días se parecen; la igualdad, la dulzura soñolienta de los hechos repetidos es la felicidad de los viejos; un viejo, al levantarse, sabrá hallar siempre, con sus ideas de ayer, su bata y sus pantuflas. La frase «La costumbre es para nosotros una segunda naturaleza», un viejo la escribió.

Entre nosotros lo tradicional tiene un poder extraordinario, una fuerza de fatalidad, y de ello deducimos la deplorable vejez del alma nacional.

«¿A dónde va Vicente?»—pregunta el refrán.

Y Vicente responde:

«Adonde va la gente.»

Cada cual sigue a los otros; aquí cada individuo declina tácitamente en su prójimo el trabajo de pensar y de resolverse a la acción; haremos lo que el vecino haga; aquí todos debíamos lla-

marnos «Vicente», pues somos como él, poco más o menos...

El vigor pasivo, vigor de resistencia, de la rutina, timonea nuestra dinámica social y aparece, así en las ciudades principales como en las pequeñas capitales de provincia.

Los ejemplos en apoyo de esta afirmación podrían citarse a docenas: ejemplos vulgares sorprendidos al azar, en la calle, en los vestíbulos de los teatros, en las «salas de espera» de las estaciones; lugares todos donde, por apiñarse la multitud, el alma colectiva se descubre mejor.

Hace muchos años que en la vieja Casa de Correos de Madrid había una sola ventanilla para certificar. En aquella época certificar una carta constituía un alarde de paciencia; era necesario guardar turno, y a veces pasaban de doscientas y de trescientas las personas que esperaban.

En vista de esto, la Dirección general de Correos determinó abrir una segunda ventanilla para certificados, junto a la primera. En honor de la verdad diremos que tardó bastante en decidirse a una reforma tan sencilla. Finalmente, se establecieron con el mismo objeto dos ventanillas más. Total, cuatro; todas las cuales se hallan unas a continuación de otras y en un lienzo de pared de cinco metros, aproximadamente, de longitud. Al establecer esta innovación, el señor director de Correos debió pensar:

«Si la ventanilla primitiva despacha diariamente «equis» cantidad de certificados, cuatro ventanillas realizarán igual trabajo en la cuarta parte de tiempo. Es decir: que la persona que antes tardaba una hora en certificar una carta, desde hoy tardará quince minutos.»

Esto, efectivamente, era lo lógico, lo racional y lo que las infalibles matemáticas explican. Pues,

no señor; a pesar de que las cuatro ventanillas prestaban exactamente el mismo servicio, la ventanilla antigua, la de más largo historial, continuaba trabajando, ella sola, tanto o más que las otras tres juntas.

Este fenómeno absurdo tiene una explicación un motivo, una razón de ser: la costumbre.

El cronista cuenta lo que vieron sus ojos. Muchas veces, mientras delante de la ventanilla primitiva, de aquella que pudiéramos llamar «clásica», esperaban turno cachazudamente cien o más personas, los otros tres despachos permanacían ociosos. Preguntadle a cualquiera de esos individuos que aguardan, el por qué de su conducta, y os responderá:

—Yo siempre he certificado aquí...

El sabe que lo mismo le servirán en un lado que en otro, lo ha leído, se lo han dicho... Sin embargo, le parece que si no continúa certificando donde antes, su envío va a perderse. Para destruir esa inclinación, esa querencia puramente orgánica, sería necesario cerrar la ventanilla antigua durante cierto tiempo; y aun así, cuando volviera a abrirse, tornaría a ser la preferida del público. Es la costumbre: ¿quién, en nuestro país sobre todo, podrá luchar contra la costumbre?...

En Córdoba, una noche Enrique Romero de Torres, Manuel Martínez Molina, sobrino del famoso *Lagartijo*, y otros amigos, fuimos a tertuliar a una «tienda de montañés», Félix Martín, excelente tañedor de guitarra, venía con nosotros, y ayudaron al buen aderezo de la fiesta la inevitable fuente de pescado frito y unas cuantas botellas de manzanilla marca *Pastora.*

Al salir a la calle, ya de madrugada, uno de nosotros, apremiados por la más frecuente de las

necesidades corporales, se acercó a una reja. ¿Por qué no eligió otro lugar menos comprometido? ¿Por qué no fué un poco más allá, o algo más acá, puesto que la soledad de la calleja le dejaba en libertad completa?

Enrique Romero de Torres, para quien su ciudad natal no guarda secretos, me explicó la causa. En aquella esquina hubo, hace tiempo, un orinadero. A pesar de la estrechez del sitio, los vecinos no protestaban, estaban habituados; la costumbre les adormecía el olfato. Además, ¿por qué protestarían los cordobeses actuales del daño que sus antecesores soportaron con tanto estoicismo? El ayuntamiento, no obstante, decidióse un día a suprimir aquel foco de infección, y los representantes de la higiene cegaron la cloaca pestilente, se llevaron los dos trozos de mármol que la limitaban por uno y otro lado, y blanquearon la pared. Trabajo perdido, porque, a pesar de la reforma, el público continuó acudiendo allí. Entonces el alcalde, molestado en su autoridad, molestado acaso también en su nariz, mandó escribir en la alegría encalada del muro una orden que castigaba los atentados contra la limpieza en aquel sitio con diez pesetas de multa. Tampoco esta amenaza produjo resultado. Los transeuntes continuaban haciendo lo que siempre hicieron: era la tradición, el impulso adquirido lo que les movía a rebelión y desobediencia. El lector pensará: «Todo ese mal se hubiese corregido poniendo en aquel sitio un guardia.»

Realmente, esto es lo primero que se ocurre. Pero los guardias son hombres también, y como tales, sujetos a toda laya de claudicaciones y flaquezas.

Desesperado, el dueño de la finca resolvió abrir, precisamente donde estuvo el mingitorio, una ven-

tana, alta como de tres metros, a la que, según la usanza andaluza, mandó poner una reja. Con esta reforma, el letrero conminatorio del señor alcalde desapareció, y no quedaba nada, por consiguiente, que recordase el destino que antiguamente se dió a tal rincón. El público, al principio, pareció desconcertado; no reconocía bien el sitio. Luego, poco a poco, volvió allí de día, claro es, nadie se acercaba; ¡pero en cambio de noche!... Diríase que había en estos excesos nocturnos una especie de represalia; y como las pestilencias recogidas durante la noche emponzoñaban de día el aire de la reja, sus dueños dejaron de asomarse a ella. Actualmente esa ventana está cerrada; la cerró la costumbre, que en los pueblos caducos se convierte en derecho.

Un caso análogo, más terminante y gracioso aún que el anterior, ha ocurrido en Sevilla.

La estación Central de Tranvías hállase en un lugar extremo de la ciudad, y un muro de las cocheras ocupa casi toda la extensión de cierta calle solitaria y mal alumbrada. La obscuridad y el abandono del sitio invitan al público a calmar allí sus necesidades físicas más graves. Un vecino, Mr. Otto, alemán, director de la fábrica de luz eléctrica que surte a la Central de Tranvías de fluido y de luz, determinó corregir de una vez tales excesos. Para conseguirlo tuvo una idea genial, y fué la de colgar en el desamparo de la infecta calleja ocho o diez arcos voltaicos de gran fuerza.

«Lo que la autoridad no conseguiría—se dijo Mr. Otto—lo conseguirá el pudor.»

Esta iluminación realizó, durante los primeros días, el efecto deseado: a los transeuntes les asustaba la luz; pero al cabo se familiarizaron con ella y le perdieron el respeto, según los gorriones

concluyen por burlarse de los espantapájaros que guardan los trigales.

Mr. Otto, aburrido, recogió sus arcos.

—¿Quieren ustedes creer—decía a sus amigos del Círculo Mercantil—que anoche, a lo largo del muro de la Central de Tranvías, había tres individuos, y uno de ellos estaba tranquilamente leyendo un periódico?...

Estos hechos menudos, hilarantes y frívolos, en apariencias, pero que entrañan una realidad amarguísima, dicen los obstáculo innúmeros con que el progreso tropieza. Las reformas sociales más insignificantes sólo se consiguen a fuerza de tiempo, y a veces, por añadidura, a fuerza de sangre. La costumbre, la odiosa costumbre, tiene para el humano rebaño la autoridad del Código.

XXII

¡YO HE VISTO PASAR SU ENTIERRO!...

Solemos hablar despectivamente de «las fonterías de la Moda»..., sin comprender que la moda es algo enigmático y fatal; el verbo de una época; una fuerza nacida misteriosamente del alma ingente de las muchedumbres y que, de pronto, desde todos los extremos del horizonte a la vez, se alza semejante a un inmenso soplo de viento, y silenciosamente barre y se lleva las cosas; ¡todas las cosas!... Trajes, costumbres, muebles, arquitecturas, prestigios artísticos...

Lo que ayer era objeto de maravilla y entusiasmo, hoy ya no gusta. ¿Por qué?...

—Es que «ha pasado» la moda—nos dicen.

Esa figulina de labios pintados, que enseña audazmente el escote en los palcos de los grandes teatros, y corretea medio desnuda sobre el oro de las playas en boga, es mucho más que un entretenimiento de modistos. La Moda es la sonrisa del templo; el abanico de plumas con que el padre Cronos roe los cimientos de las torres y

hace palidecer los dioses en sus altares. La Moda es un miasma que el aire empuja de un lado a otro, y contra el cual nadie podría luchar.

Y ese miasma que debemos bendecir, porque la renovación y el progreso viajan con él, ha invadido Sevilla y transformado su alma. Yo lo comprendí al volver a esta capital, donde pasé mi infancia. La Sevilla monumental y pintoresca no ha cambiado: la Catedral, el Alcázar, el Archivo de Indias, las murallas romanas, la puerta de D. Fadrique, el barrio maravilloso de Santa Cruz... Todo sigue igual. Unicamente el espíritu —¡el espíritu, más fuerte que el granito y el hierro!—es otro.

La Sevilla clásica, la que Bizet y Albéniz llevaron al pentágrama, se ha extinguido suavemente en la dulzura del recuerdo, tal que un aroma que se fué poco a poco. La Sevilla actual madruga, trabaja, habla de operaciones bursátiles y pide un puesto en la batalla mercantil del mundo. En la famosa calle de las Sierpes la gente ya no se detiene, como antes, sino que camina; los sevillanos de hoy no necesitan, como los sevillanos de ayer, detenerse para hablar. Los toros se van, y con ellos declinan los mantones filipinos, y la majeza de los hombres, y el alborozo de los bailes andaluces, y la ruidosa alegría de las tartanas... La capa ha desaparecido.

Entramos una tarde varios amigos en un *colmado*, inmediato a la plaza de San Francisco; pedimos manzanilla y pescado frito, y uno de nosotros quiso cantar malagueñas: la copla, que parecía hacerle cosquillas en la garganta, vibró límpida, doliente...

El camarero que nos servía acudió en seguida a decirnos, de parte del dueño, que estaba prohibido cantar. ¡Oh, sorpresa!

—¿Por qué?—exclamamos.

El sirviente sonrió y se alzó de hombros: él ignoraba la causa remota, la razón de psicología colectiva que impedía cantar aires andaluces en una taberna sevillana. El conocía únicamente la prohibición; su origen escapaba a su perspicacia: era con exceso prolijo y estaba demasiado alto....

Me ha sorprendido no ver aquellas mulas y, más aún, aquellos burros, sobre cuyas ancas, especialmente, las habilísimas tijeras de los gitanos esquiladores realizaban verdaderos prodigios decorativos. Los amigos a quienes comuniqué mi observación me dijeron:

—¡Sí, es verdad!... Ya no es costumbre...

Y hablaron tranquilamente, sin advertir que estas palabras sencillas envolvían un epitafio.

La plaza de San Fernando, que vigila de noche, semejante a un ojo espía, la esfera luminosa del viejo reloj del Ayuntamiento, es un espacio cuadrangular, circundado por una triple fila de palmeras que la sahuman de suave nostalgia. Un hecho interesante: antaño, alrededor de la plaza de San Fernando había tres hileras de bancos; ahora sólo quedan dos...; lo que parece decirnos que la proverbial indolencia sevillana ha disminuído en una tercera parte.

En esa plaza, sobre la cual se abren los dos balcones de mi cuarto, todas las mañanas juega un grupo numeroso de niños. ¿Al *toro*, como los muchachos que fueron al Instituto conmigo? No. ¿Al *marro?*... ¿A *piola?*... Tampoco. Esos esparcimientos pueriles pasaron también. Los niños que ogaño corretean bajo las palmeras moriscas de la plaza de San Fernando, juegan al *foot-ball.*

Mientras sobre el minúsculo escenario del *Kursaal* el llamado género *flamenco* agoniza lamenta-

blemente, las sevillanas aprenden a bailar el *fox-troot*, y los niños—es decir, los hombres de mañana: la Sevilla futura—juegan al *foot-ball*...

Y es la Moda, el virus incoercible, el microbio sin fronteras de la Moda, quien realiza este milagro doloroso, sin duda, pero saludable, de llevarse lo viejo.

La Sevilla *mía*, la Sevilla de mis años niños, ha muerto. Ayer tarde, por la calle de Rioja, vi pasar un entierro. Detrás del coche fúnebre caminaban unos señores, con sombreros modernos y gabanes ingleses, y luego una hilera de automóviles...

Y yo consideré que el alma de la antigua Sevilla iba allí, en aquella caja; y, a pesar de mi resuelto amor a lo nuevo, sentí una emoción acre de despedida y una humedad en los ojos.

XXIII

UN HOMBRE QUE DICE LA VERDAD

Hallándonos en Sevilla, el operador de «films», don Francisco Oliver, un amigo suyo y yo, decidimos almorzar una mañana en la muy célebre Venta Eritaña, especie de «catedral», de la ruidosa alegría andaluza, por cuya puerta han pasado las «cantaoras» y guitarristas más ilustres y los toreros más famosos—y las mejores «marcas» de manzanilla, también—de cincuenta años a esta parte.

La mesa nos la aderezaron en el patio, pues hacía calor, y nos atendía un mozo, ya viejo, de mirar grave y cabellos blancos, muy bien peinados sobre las sienes. Era silencioso, correcto, y hablaba con marcadísimo acento andaluz.

Todos estábamos de bonísimo humor: hicimos los debidos honores a las aceitunas, a las anchoas y a los pepinillos: el vino doraba las copas. El amigo del señor Oliver, tomó la palabra, para decirnos que aquella «sopa de pescado», anunciada en el primer renglón del «Menú», podía servir de interesante sinfonía al almuerzo.

—¿Les parece a ustedes bien?—pregunta.

Nosotros asentimos y miramos al camarero, que, a su vez, nos observa con el aire resignado y compasivo de quien se dispone a dar una mala noticia. Ha cesado de frotar los cubiertos que estaba limpiando, mueve la cabeza y nosotros creemos adivinar.

—¿Qué, no está buena la sopa?—exclama el amigo del señor Oliver.

El camarero suspira.

—No, «ceñó»—dice—«eza zopa» de «pescao» no está «güena». ¿«Pa» qué le voy a «decí» a «usté» otra «coza»?...

Y se queda triste es indudable que declarar la verdad así, sin plegarias, llanamente, cuesta trabajo. Nosotros le agradecemos su sinceridad, elegimos una sopa de hierbas y el almuerzo sigue adelante. El mozo va y viene alrededor de la mesa, escancia vino, retira lo que puede estorbarnos, y sus ojos honrados parecen cuidarnos paternales. Luego se informa:

—¿Qué van a «tomá» los señores como segundo plato?

Yo pido riñones. El semblante del camarero vuelve a ensombrecerse. ¿Qué sucede?

—¿Por qué no comen «ustés»—dice—unas almejas a la marinera?

—¿Es que los riñones no son buenos?...

Un segundo suspiro, hondo, entrecortado, desgarrador, como una «saeta», se le escapa del pecho.

—No, «ceñó»,—exclama;—los riñones no son «güenos». «¿Pa» qué le voy a «decí» a «ustés» otra cosa?...

—En ese caso, ¡vengan las almejas a la marinera!...

Estábamos comentando la franqueza de aquel

hombre, más atento a proclamar la verdad que a defender los intereses del establecimiento, que eran los suyos, cuando le vimos reaparecer con la fuente de las almejas; pero al ir a dejarla sobre la mesa, tropezó y, perdiendo el equilibrio, vertió la mitad de la salsa—una salsa bermeja, muy bien recargada de pimentón—sobre los pantalones blancos del señor Oliver. ¡Qué desgracia!... Instantáneamente las almejas, los pantalones de Oliver y la cara del camarero, se habían puesto del mismo color. Nosotros, en el acto, acudimos con nuestras servilletas a remediar, en lo posible, el daño. Todos estábamos consternados, especialmente Oliver, que sentía llegarle el calor del líquido rojo a los huesos: aquello era almorzar por absorción.

Oliver («con cara de Dolorosa»).—¿Y cómo regreso yo a Sevilla así?

Nosotros.—Eso no es nada.

Oliver.—¿Ustedes creen que la mancha del pimentón se quita?

Nosotros, («convencido de que la mentira piadosa es indispensable»).—Sí, señor.

Oliver («a su amigo»).—¿Se quitará?

Su amigo.—Se quita.

Oliver («a mi»).—¿Usted cree que se quita?

Yo («sin cesar de restregarle»).—Se quita; sí, hombre. No se apure usted, ni nos apure: esto se quita.

Oliver, («al camarero y con la fe de quien sabe que no va a ser engañado»). ¿Qué piensa usted? ¿Usted cree que se quita?

El rostro del camarero se contrae; sus ojos nobles su humedecen; su voz vacila en los labios temblorosos; creemos que va a echarse a llorar... Pero se recobra, y responde con aplomo triste:

—No, «ceñó»; como «quitase ezo» no «ce» quita;

«ezo» es mancha. ¿«Pa» qué le voy a «decí» a «usté» otra «coza»?...

Esta confesión, de una inesperada honradez, nos sorprendió y regocijó tanto, que olvidamos la desventura de la salsa vertida.

¡Un hombre que dice la verdad!...

¿Pero quién hubiese creído que en Sevilla, precisamente; en Sevilla la imaginativa, la deliciosamente hiperbólica; en Sevilla, cuna de aquel maravilloso embustero—tipo representativo—que se llamó Manolito Gázquez, y, por añadidura, en la Venta Eritañá, el lugar más sevillano de Sevilla, íbamos a tropezarnos con un hombre—el único tal vez—que dice la verdad?...

XXIV

MIS "CICERONES"

Llegamos a una población y los primeros días nos vemos rodeados afectuosamente por cinco o seis personas, «amigos literarios» que habiendo leído nuestros libros y gustado de ellos deseaban conocer al autor. ¿Devoción? ¿Simpatía? ¿Curiosidad?... No analicemos. Lo único cierto es que su solicitud nos alegra y extiende a nuestro alrededor un íntimo y confortable calorcillo familiar. Hemos visitado la iglesia, de estilo gótico, donde una imagen milagrosa se conserva, y en la cripta una sepultura del siglo XVI nos ha producido una emoción; hemos tomado café en el Casino; hemos admirado la gentileza de un arco o de un torreón moriscos; por un puente romano hemos cruzado el río...

Un día advertimos la ausencia de Fulano.

—¿Dónde está?—preguntamos.

—No ha podido venir—nos dicen;—tenía mucho que hacer y nos ha rogado mucho que le disculpásemos. Mañana vendrá.

Pero Fulano no vuelve, y si vuelve es para ase-

gurarnos que está ocupadísimo y que le perdonemos.

—Aquí tiene usted—agrega—a Mengano y a Perencejo, que le guiarán y atenderán a usted mejor que yo.

A la tarde siguiente falta Perencejo. Tiene una tía enferma de gravedad. El pobre Perencejo está desolado de no poder llevarnos a gozar de una «puesta de sol» de que nos había hablado. ¡Paciencia!

Otro día, Mengano falta también. Estamos en nuestro cuarto con el sombrero y los guantes puestos, preguntándonos delante de un espejo cuáles eran los motivos de aquella soledad que poco a poco va cercándonos. ¿Es que nuestros escritos son más agradables, más entretenidos que nuestra conversación? ¿Es que, conocida la parte teatral, el lado escénico o de espectáculo que todos tenemos, nuestra persona cesó de ser interesante?

Ya nos marchamos, cuando en el zaguán del hotel saludamos a Zutano: el más inteligente, el más fecundo en el arte de idear y de decir, el más pintoresco de nuestros acompañantes.

—¡Cómo!—exclama.—¿No ha venido nadie?

—Nadie.

—Mejor—añade;—así iremos más a gusto; la mucha gente estorba.

Sus palabras envuelven una delicada cortesía hacia nosotros, y una acusación suave, un discreto reproche para los ausentes .Zutano parece decirnos: «Usted no es solamente nuestro huésped; usted es también nuestro amigo, y a un amigo no se le abandona así en el aburrimiento de una ciudad que no conoce...»

Desde ese momento, Zutano ya no se aparta de nosotros; de día y de noche, está pronto a servirnos; va a buscarnos a la fonda, y luego,

al regreso del paseo, nos dejará en la fonda. Zutano dispone excursiones amenas para divertirnos; su conversación y su agasajadora amistad no decaen un instante. Todo lo encuentra hacedero y fácil, y en todo demuestra complacerse tanto como nosotros.

Algunas veces, Fulano, Mengano y Perencejo, a quienes encontramos en la calle, vienen a saludarnos. Parecen humillados, parecen celosos...

—Dispense usted que no le acompañemos más a menudo—dicen;—pero con Zutano va usted bien.

Amigos míos; «cicerones» espontáneos, llenos de cordialidad y de iniciativas, que supísteis envolverme en un rumor de fiesta; compañeros, cuyas figuras mejoran según pasa el tiempo y las ciudades que aprendí a querer a través de vuestra simpatía van quedando atrás, recibid con esta crónica mi agradecimiento y mi abrazo de hermano.

LOPECITO

Mi gran compañero de excursiones en Valencia es José María López, redactor de «El Mercantil Valenciano» y autor muchas veces aplaudido. Pero yo nunca le llamo López, sino «Lopecito», porque siempre el cariño y los diminutivos se llevaron bien.

Como crítico de teatros, Lopecito tiene una doble personalidad. Sus críticas, unas veces las firma «Mascarilla», otras «Zagalejo», y en ocasiones «Zagalejo» y «Mascarilla», libraron polémicas reñidísimas. En Valencia todo el mundo sabe quién es «Mascarilla»; pero muchas personas ignoran quién es «Zagalejo». Una de las vanidades mayores de Lopecito es sostener la creencia de que «Zagalejo», efectivamente, es un amigo suyo. Cierta

noche, en el teatro Ruzafa, le preguntaron:

—¿Quién es ese caballero que está con usted en el palco?

«El caballero» era yo. Pero Lopecito repuso:

—Es «Zagalejo».

Lopecito camina entre los cuarenta y los cuarenta y cinco años; es de regular estatura y ancho de hombros, y sus cejas, negras y unidas, forman un doble arco. Lopecito adolece de un rápido «tic» nervioso, que consiste en afilarse la nariz entre los dedos índice y pulgar de la mano derecha. Lopecito se retira de la Redacción a las seis de la mañana, y a medio día ya está en pie. Es «el hombre sin sueño». Yo le he visto velar, sin interrupción, dos días con sus noches, y después de tan extremada vigilia decir un chiste, en lugar de cerrar los párpados. Porque «la enfermedad», de Lopecito, son los chistes, dislocados y retorcidos. De malos que son, hacen reir.

Una mañana estábamos cazando en La Calderería. Desde hacía rato, el banderillero Blanquet y otros amigos disparaban sus escopetas contra un pato herido, que flotaba en el agua. El animalito había recibido varias rociadas de plomo; pero no acababa de morir. A intervalos se zambullía y luego tornaba a la superficie, batiendo las alas. Aquel pato era inmortal. Su cuello curvo, emergiendo en el agua, llegó a tener para nosotros el enigma de un signo de interrogación.

—Llevo gastadas en él—decía Blanquet—cuarenta pesetas de perdigones. ¿Quiere usted tirarle, don José?

Lopecito, que iba a la fiesta de mirón, repuso:

—Yo no sé tirar.

—Si no sabes tirar—exclamó alguien—tírale un chiste...

Con Lopecito he conocido casi todos los pue-

blos de las inmediaciones de Valencia; con él he ido a Sagunto, a Porta-Cœli, a la Albufera, al Perelló...

Lopecito es un camarada encantador, siempre dispuesto a no acostarse. Nada le arredrará: ni la fatiga, ni la distancia, ni el frío. Sus ojos vivaces, pequeños y juntos, no conocen el cansancio. Además, no es fácil que los accidentes climatológicos le hallen desprevenido: Lopecito se cuida; Lopecito tiene un abrigo, una bufanda y un buen paraguas de algodón.

ENRIQUE, HOMBRE DE MUNDO

La experiencia y M. La Rochefoucauld enseñan que «el secreto de la conversación», o lo que es igual, «el arte de hacernos simpáticos», consiste en dejar charlar a nuestro acompañante de todo aquello que le interese.

No puede darse consejo más sencillo de seguir, ni de resultados más inmediatos y excelentes. Nuestro interlocutor, lejos de advertir que es él quien habla, cree que somos nosotros los que hablamos; esta especie de espejismo se produce en seguida, y como nos atribuye todo lo que piensa, y cuanto él va diciendo es de su gusto, concluye por juzgarnos unos conversadores amenísimos.

En el arte mundano de oir y de darle la razón a todo el mundo, Enrique Romero de Torres es maestro.

Agil y menudo de cuerpo, bronceado como un árabe, los ojos tunantes y alegres, el andar inquieto, el bigotillo adolescente, el humor siempre risueño, aturdido y primaveral, Enrique Romero de Torres da una impresión constante de juventud.

¿Su edad?...

Cualquiera; Enrique es uno de esos hombres que, por su movilidad y por la facilidad de su risa, disimulan la edad maravillosamente. Así, pues, supongamos que tiene veinte años... Enrique conoce palmo a palmo los rincones más señeros de Córdoba; él me ha llevado a la mezquita, a las ermitas, al Campo de la Verdad, a la torre de la Malmuerta... Enrique ríe con los que ríen, se apasiona con los vehementes, y tiene para los taciturnos gestos de melancolía. Según de donde soplen los vientos de la conversación, Enrique será romántico o epicúreo, creyente o escéptico, modernista o arqueólogo, devoto de Bossuet o de Eça de Queiroz. Y esto no lo hace por hipocresía, sino por bondad; por la espiritual distinción y el exquisito altruísmo de ser siempre agradable.

Dos forasteros, verbigracia, hablan con Enrique de los grandes prototipos de la belleza femenina: el moreno y el rubio.

Un forastero.—Nada tan adorable, tan divino, como unos cabellos rubios cayendo sobre la blancura de una espalda.

Enrique.—¡Delicioso! Unos cabellos color de sol y una espalda blanca... ¡Oh!

El forastero.—¿Y el encanto de los ojos azules?...

Enrique.—¡Ah, también! ¡Los ojos azules, los ojos de color de cielo!... ¿Eh?... ¿Verdad?... ¡Ya lo creo! *(extasiado.)*

El otro forastero.—Pues a mí me gustan las morenas.

Enrique.—También me gustan a mí, Esas carnes de bronce... ¿Eh?... ¡Qué expresivas!...

El otro forastero.—¿Y los ojos negros?...

Enrique.—*(Entornando los suyos.)*—¡Qué hermosos! Esos ojos negros, como las penas... ¡Ah!...

Puedo dar fe del hecho siguiente:

Una noche hablábamos en el café Suizo de las

dificultades de pronunciación de los principales idiomas europeos. Quién sostenía que la gramática más enrevesada es la alemana; quién decía que la francesa. Enrique, según costumbre, cambiaba a cada momento de opinión; y tan pronto se rendía ante los obstáculos insuperables del habla alemán, cual reconocía que nada hay tan empalagoso, tan desesperante como la fonética francesa.

Una voz.—La letra de acento más difícil es la «th» inglesa.

Enrique *(que no sabe inglés)*.—¡Ah, sí; la «th»!... ¡No me hable usted de la «th»! ¡Horrible!...

La voz.—Y cuando se reunen unas cuantas «th»...

Enrique.—¡Se vuelve usted loco!

La voz.—«Three thin sticks»...

Enrique.—*(repitiendo al oído)*.—¡Figúrese usted!... «Three thin sticks»... ¡Casi nada!... Lo dice usted tres veces seguidas... «three thin sticks»... y cae usted enfermo...

La voz.—La «th» inglesa equivale a la zeda española, pero es más suave.

Enrique.—Sí; más dulce.

Otra voz.—Al contrario; se equivocan ustedes;; la «th» es más dental, más ruda...

Enrique.—Sí, tal vez; un poquito más fuerte; ¡pero hay que fijarse!...

Enrique usa polainas y lleva una flor en el ojal. Las mujeres son su manía. Enrique va siempre a cuerpo, y es necesario que el mercurio descienda mucho en las columnas termómetricas para que su juvenil presunción ceda y se allane a coger el gabán.

¡Amigo delicioso!... A veces, repasando mis recuerdos, me he preguntado si Córdoba me gustó tanto porque estabas tú allí...

FRANCISCO BRAVO

También, como Lopecito, Francisco Bravo Ruiz tiene un gabán, un tapabocas y un paraguas; un lindo paraguas de seda que lleva, invariablemente, cogido por enmedio de manera que el puño le quede a la altura del pecho.

¿Por qué las personas que gustan de acompañar forasteros sienten hacia los paraguas un afecto tan grande?...

Yo veo en este cariño una especie de cálculo, de previsión, contra cualquier accidente atmosférico. ¿Qué aprieta el sol? Se abre el paraguas. ¿Qué llueve? Lo mismo. ¿Qué molesta el viento? Igual: el paraguas servirá de hostigo. Un verdadero «cicerone» debe ir dispuesto a subvenir toda clase de dificultades.

«Bravito», condiscípulo mío de Instituto, me ha ayudado a recordar los rincones de nuestra amadísima Sevilla: con él he subido a la Giralda en una maravillosa noche de luna; con él he recocorrido las calles dormidas, las calles de ensueño, del barrio de Santa Cruz; con él he ido a visitar a Belmonte, el famoso lidiador trianero, y delante de la taberna clásica de Cirilo, y sin apearnos del coche donde íbamos, hemos comido un poco de jamón y trasegado unas «cañas» de manzanilla olorosa...

«Bravito» es reducido de miembros y cetrino de rostro, y su boca, de dientes blanquísimos, conoce una gran risa llena de picardía y de bondad. Bravito conversa en voz baja y bien, y es cuidadoso de su ropa y de sus manos; Bravito ha leído con provecho, posee opiniones justas acerca de muchas cosas, y su semblante afeitado, donde brillan

dos ojos negrísimos, refleja una inalterable y conquistadora dulzura sacerdotal. Sus características morales son la ecuanimidad, la amabilidad, la tolerancia en las discusiones, la curiosidad espiritual, y en el decir la oportunidad y la discreción. Bravito no fatiga nunca. Bravito es un hombre «que siempre está bien».

El autor de «Amor bandolero» y «Sábado sin sol» es un gran músico, inspirado y erudito a la vez. Sin embargo, por sobra de modestia o por orgullo excesivo... ¡quién sabe!... Bravito nunca habla de sí mismo; el pronombre de primera persona no existe para él, y hay en todo el mecanismo cotidiano de su vida como un misterio.

A pesar de su carácter retraído, a Paco Bravo le saluda todo el mundo, y él sabe dónde se sirve la leche más pura y los mostachones más tiernos, y qué confitería vende los mejores dulces y en qué tiendas de «montañés» se debe pedir Jerez y en cuáles Montilla, y en qué encrucijada teje la luna un efecto más bonito de luz.

Todas las noches, sin excepción, Bravito me ha seguido hasta mi hotel. Allí me contaba un cuento y me daba la mano.

—Mañana, a «tal» hora, vendré a recogerte.

Y se iba calle abajo, sin volver la cabeza. Yo le miraba partir, con su gabán negro, su paraguas y su andar prudente, recatado, silencioso, de hombre que va a una cita.

Bravito fué la única persona que me acompañó a la estación, para despedirme; el único amigo que esa tarde no tuvo nada que hacer...

Bravito conserva, sin duda, un retrato mío, dedicado así:

«Para Francisco Bravo Ruiz. Con un abrazo de hermano».

XXVI

EL BESO DEL MAR

Hace algunas semanas, la noticia de que las murallas gloriosas de Cádiz habían comenzado a hundirse, produjo en España extraordinaria sensación. ¿Cómo?... El rincón fenicio, treinta y cinco veces centenario, elegido por Amilcar para cuartel general de sus tropas; la ciudad que escuchó los pasos de Julio César y sufrió la furia bárbara del conde de Essex; el jardín sagrado donde se juró la Constitución y en el cual, años más tarde, dió Topete un grito a la libertad que se oye todavía, ¿iba a desaparecer?...

Desgraciadamente, sí. Aquella legua de playa de que habla Plinio el joven, se ha hundido; los mármoles del templo a Hércules que levantó allí el paganismo, yacen asimismo bajo el agua. Los días de Cádiz están contados. Vista desde el piélago, la ciudad gaditana parece hundida entre las olas. Cuando la tormenta ruje y el huracán sopla del tercer cuadrante, las espumas de la resaca salpican los edificios, y la península pa-

rece vibrar dolorosamente sobre sus cimientos. A Cádiz, azul y tranquila; a Cádiz la blanca, poco a poco el mar la oprime y como a una novia se la come a besos.

El derrumbe ha empezado por la muralla de la Catedral y demás fortificaciones que enfrontan el denominado Campo del Sur. No es esta la primera vez que en tal sitio el Océano le gana una batalla a la costa.

En 1765 los temporales arruinaron un largo lienzo de muralla, llevándose el terraplén y los grandes bloques de cantería que lo aseguraban, y dejando al descubierto los cimientos del templo, construído con imprevisión notoria precisamente en el paraje de la capital más desabrigado y expuesto. Para subvenir tan grave accidente y evitar su repetición, el Cabildo decidió levantar una contramuralla o falsabraga, de quince metros aproximadamente, de altura, por otros cinco o seis de espesor. Posteriormente, con objeto de suavizar el empuje de las aguas, dispusiéronse delante de los muros unas «playas artificiales», que, transcurrido cierto tiempo, también desaparecieron minadas, roídas, día tras día, por el beso verde y aciago del mar. Porque la tierra siempre es la misma, la tierra envejece; mientras el mar, como se renueva perpetuamente, tiene siempre la vehemencia destructora, el ardor fresco y hambriento del primer asalto. La roca se usa, se gasta, se pule, se rompe; la roca representa «la derecha» en la política cósmica; la roca es conservadora. La ola, no; la ola nace para estrellarse; una ola no pelea dos veces; cuando una ola muere otra surge; las olas son el impulso, la movilidad, la juventud; por eso vencen: porque el mañana es de la juventud.

Acompañados del ingeniero jefe de Obras Pú-

blicas, don Enrique Martínez, hemos ido a ver esta nueva y dolorosa victoria del mar. Don Enrique Martínez camina a mi lado: es un vasco inteligente, experto, lleno de fe y de entusiasmo mozos. Avanzamos por el pretil de la falsabraga; el viento, que sopla en ráfagas procelosas, hincha nuestros gabanes y parece agarrarse a nuestras piernas. Abajo, las olas glaucas, ocres, amarillas, cerúleas, se alejan, vuelven, enarcan el dorso y revientan al fin, espumantes y trágicas, contra las zapatas del bastión. El estremecimiento que su mazazo produce, sube por la muralla y nos llega a los pies. A intervalos, tiembla ante nuestros ojos la mancha ceniza del vértigo.

Tenemos, de consiguiente, la inmensidad del piélago a la espalda, y delante el abismo profundo de doce metros, del terraplén que acaba de hundirse entre la falsabraga y la muralla primitiva, que sirve de cimiento a la Catedral. Cinco mil metros cúbicos de tierra cabrían en el socavón, por momentos más ancho y más hondo.

Cogidos del brazo, sujetándonos el uno al otro contra la traición del mareo, Martínez y yo nos inclinamos para ver....

Al frente, formando un tajo aplomado, aparecen los basamentos de la Catedral, y sobre su negrura húmeda, el templo nuevo, alegre, blanco, es la claridad gris de la tarde, como una muela que tuviese intacta la corona y la raíz podrida. En el fondo del hoyo hay pedruscos ciclópeos, restos de defensas romanas tal vez; y al pie de la cortina de muralla que nos sirve de atalaya, por un enorme boquete abierto en el muro, las olas penetran y salen llevándose la tierra y vuelven a entrar. La sima respira y de su entraña palpitante sube a nosotros un fuerte olor salino; su aliento es cálido; el trágico boquete tiene la

expresión latente de una herida. En su obscuridad, las aguas brillan con el color acerado y cruel de las espadas, y en su afanar son inteligentes como manos y codiciosas como raquetas.

—Para reparar este derrumbamiento y otros no menos transcedentales que examinaremos después—exclama don Enrique Martínez—son indispensables diez años de trabajo y tres millones y medio de pesetas.

El paisaje es soberbio y los ululeos del ventarrón, el raudo derivar de las nubes y el rugido incansable del mar, le prestan un áspero vigor de drama.

Más allá del caserío, la niebla sutil del crepúsculo y del Océano, emborronan las cosas.

Hemos contorneado el socavón de San Miguel y llegamos a los hundimientos del Matadero. La excursión es peligrosa. El mar, que muerde sin descanso las rotas murallas, produce desprendimientos interiores, caídas sigilosas, huecos arcanos donde, de pronto, se desplomará la superficie, segura en apariencias, del suelo. La tierra, por momentos, se resquebraja y demuestra ceder bajo nuestros pies. Hay que retirarse, hay que huir del borde blando de la sima para evitar su deglución mortal. La curiosidad, sin embargo, nos retiene allí: los boquetes del Matadero son cinco y hállanse separados unos de otros por inseguros tabiques de tierra. Pero estos se hundirán pronto y entonces los cinco agujeros formarán uno solo. Entre tanto componen una especie de templo subterráneo, en cuya oquedad tenebrosa y resonante, se oye el tragín ininterrumpido, ambicioso y disolvente del mar.

Todos estos terrenos pertenecieron antaño al Ministerio de la Guerra; que luego se los donó

al de Hacienda, el cual, a su vez, convencido de que no podría obtener utilidad ninguna de ellos, los traspasó al negociado de Obras Públicas. ¿Cómo corregir tan terrible desastre?... Verdaderamente, más fácil sería construir una muralla nueva, que remendar los tres mil metros, desnivelados, desunidos a trozos y plagados de cangrejeras, de la antigua. Firme sobre el arriate más altivo y saliente de la batería de San Nicolás, don Enrique Martínez me enseña los lienzos despedazados, las zapatas rotas, a puñetazos, por el mar, las grietas gigantes, semejantes a relámpagos hechos en la piedra. En los ademanes vehementes, en el hablar fecundo y en las miradas, llenas de entusiasmo, del ilustre ingeniero, yo leo la inquietud que los obstáculos y la gloria de la magna obra encomendada a su director, le producen.

Martínez habla de la restinga del Blanco, que hace siglos detenía y quebrantaba notablemente el empuje del mar. Hogaño esta defensa natural ha desaparecido, pues durante mucho tiempo el Ayuntamiento y los propietarios de Cádiz sacaron de ella cuanta piedra necesitaban para sus construcciones, y así llegó momento en que el Océano venció a la restinga y brincando sobre ella la demolió y bloque a bloque la arrastró hacia sus abismos. Desde entonces, las viejas murallas y el mar sostienen un combate cuerpo a cuerpo. Las olas, que tienen un peso medio de veinte toneladas, llevan la mejor parte; en ellas, lo que es impulso de traslación al tropezar con un obstáculo se convierte en fuerza agresiva, y la porfía de sus golpes quebranta el granito. Ya las zapatas cedieron; ya los bastiones más audaces se desplomaron; ya toda la orgullosa fábrica parece arrastrarse, como un gladiador que hubiese recibido

veinte heridas mortales. Largo rato observamos el duelo de la costa y del mar. Las ondas voraces se aproximan; de pronto, al pie del reducto, se detienen, retroceden un poco, se hinchan y cargan de nuevo. Oimos el golpe. La masa líquida, al estrellarse, se deshace en espumas que, por su blancura y su forma, parece la humareda de un cañonazo. La muralla gime; el agua que moja su cantería parece sangre.

A lo lejos, sobre el castillo de San Sebastián que defiende La Caleta, se ilumina el faro, luz magnífica que en los días de tormenta tiene la intensidad de diez millones de bujías.

El cielo se obscurece por instantes y el mar, aplomado hasta entonces, se mancha de violeta. El sol, escondido tras una densa franja de nubes, tiene una agonía dolorosa, roja y magnífica. Un buque rompe el horizonte. De regreso al Hotel Victoria, donde me hospedo, he leído varios diarios locales que publican noticias desgarradoras de la terrible miseria que asuela la provincia. No hay pan. Los hombres, hambrientos. piden trabajo...

La impresión de los socavones de la muralla, ha vuelto a mi memoria. En esa obra de diez años que costará al Estado tres millones y medio de pesetas, millares de obreros tendrán ocupación. El hundimiento llegó a tiempo; hay desgracias oportunas. Esos hoyos son tan hondos, tan grandes, que el hambre de Cádiz puede enterrarse en ellos.

XXVI

LA PLAYA

El marinero que un alto jefe de la Comandancia de San Fernando ha puesto a mi disposición para enseñarme el Panteón de Marinos Ilustres, camina algunos pasos delante de mí. Va por el arroyo, mirando al suelo, y cuando encuentra una piedra la hace rodar de un puntapié. Silba una canción. Es pequeño, delgado, ágil, y su gorrilla redonda encajada sobre la nuca, su traje azul y su cuello blanco, le dan un aspecto infantil. Con el rimero de gruesas llaves mohosas que lleva en la mano, se golpea los muslos. A mí me parece—viéndole dentro de su traje azul—que he salido a pasear con un niño...

San Fernando tiene la blancura reverberante de sus salinas. Las casas de la llamada antiguamente Isla de León, son en su mayoría de planta baja, y todas hállanse celosamente enjalbegadas. Muchos tejados recibieron igual revoque. Los cierres, tan propicios de noche al amor; los cierres de fuertes barrotes, blancos también, sobresalen

del frontis medio metro o más, y ellos resumen la vida íntima de cada hogar; allí las mujeres, sentadas en sillas bajas de enea, cosen, bordan, leen y atisban el silencio de la calle vacía; los niños juegan echados por el suelo al amparo de las faldas maternales. El cierre es el taller; el sitio en donde se recibe a las visitas de mayor confianza; la distracción del mujerío, recluído siempre por órdenes de la costumbre y de los celos masculinos; y es, a la hora fragante de la cita, el rincón de ensueño, el confesionario de paganía, adonde la novia se asoma temblando.

Hemos llegado al Panteón. Nuestro guía lucha unos momentos a dos manos con la llave, que no gira bien; cede la cerradura al cabo, y los batientes del ancho portalón suntuario se abren con un gemido, que repercutirá, como un cañonazo lejano, en los ámbitos de la necrópolis. Una ráfaga de aire húmedo—ese aire lleno de melancolía que respiramos tantas veces en la paz de las catedrales centenarias y de los viejos archivos sin sol—nos azota el rostro.

El Panteón ocupa un vasto patio cuadrangular, que rodea una amplia galería sostenida por altas columnas corintias. Sobre el capitel blanco, liso, de una lisura helénica, nada, si no es el cielo azul. La disposición del lugar tiene una sencillez completamente clásica, una expresión buida de fortaleza y severidad. Bajo el claustro altivo y silencioso, entre sus columnas, donde el viento debe zumbar con ululeos terribles, las pisadas producen extraordinarias resonancias.

Nuestro guía tiene, dentro de su traje pueril, una indiferencia de sepulturero.

—Esto—dice—es, de noche, un criadero de lechuzas; podría usted quitárselas de encima con la mano.

Un temor supersticioso, un estremecimiento de maleficio y agorería corre, semejante a una araña, por nuestra piel, y la imaginación levanta un escenario: el cielo límpido, cuajado de estrellas; la luna redonda y amarilla; las columnas fantasmales proyectando contra el suelo del patio largas sombras, y en el vano ecoico de las galerías, el aleteo rápido de las aves, que predicen la muerte.

Exceptuando las tumbas del virrey de Buenos Aires, D. Santiago de Liniers, y la de D. Francisco Armero, primer marqués del Nervión, hermosa fábrica de mármol rematada por las estatuas de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad, los sepulcros restantes son de una absoluta sencillez. ¡Oh! ¡Y cuántos laureles, cuántos nombres ilustres duermen en aquella quietud!...

Allí descansan, unas en sarcófagos, otras tras la piedra de un nicho, las cenizas de José Alvariño Gaveiras, marinero del «Plutón», de la última escuadra del Atlántico; las del heroico Churruca, muerto a bordo del «San Juan Nepomuceno» en Trafalgar, y las de su compañero Alcalá Galiano, comandante del «Bahama», que sucumbió en el mismo glorioso desastre. Allí están D. Fernando de Magallanes, asesinado por los indios en 1520 y descubridor del estrecho que lleva su nombre; el esforzado navegante D. Juan Díaz de Solís, que también sucumbió en el tormento y al cual se debe el descubrimiento de los orígenes del río Plata; D. Alvaro de Bazán, primer marqués de Santa Cruz; Méndez Núñez, el campeón del Callao; el contraalmirante D. José Malcampo, conquistador de Joló; el capitán de fragata D. José de Córdoba y Rioja, fusilado y suspendido después en horca por los insurgentes de Buenos Aires en 1810; D. Javier de Salas, autor del erudito libro «Marina española de la Edad Media»; D. Juan

José Navarro, marqués de la Victoria, y otros muchos dignos de dormir junto a los precitados el sueño que no es sueño, sino eterna vigilia y eterno presente, de la inmortalidad.

El recuerdo de esos hombres diluye en el silencio del Panteón una emoción solemne. ¡Qué inquietud la de aquellas vidas! Viajes extraordinarios por latitudes ignoradas, naufragios, combates, tempestades rugidoras de agua y de viento y tempestades de corazón; almas peregrinas sacudidas, como gallardetes, por todas las ráfagas de la codicia, y la sed de gloria, y cuerpos mil veces traídos y llevados sobre el perpetuo ambular de las olas. Voluntades de vanguardia, que ni un instante interrumpieron su ambicioso querer, y pies aventureros que jamás repasaron un camino; almas que, como las ondas, iban y venían, y como ellas, sin tregua, cambiaban de color; almas trágicas que tuvieron la violencia errante de las corrientes oceánicas; almas-torrentes, almas-nubes, almas-centauros...

Ahora todas descansan: las menos, finaron tranquilas y rodeadas de afectos, porque el dios Peligro mata a quien le ama y le busca, y así, unas sucumbieron en la batalla y otras acabaron en la tortura. Mas, sea cual fuere el medio que para llevárselas eligió la Fría, al cabo dieron en el reposo. Su agonía debió de ser como los últimos esfuerzos del barco desmantelado que se acerca a la costa.

Exploradores insaciables de horizontes, navegantes eximios que pintaron con el timón de sus buques sobre todos los mares una raya blanca, para ellos, más que para los hombres de cualquiera otra profesión, la muerte fué la playa.

XXVII

DE CADIZ A ALGECIRAS

El automóvil que en el breve espacio de seis horas ha de llevarme de Cádiz a Algeciras, parte de la plaza Loreto a la una, exactamente, de la tarde. Es domingo de Carnaval. De la iglesia próxima salen, lentas, varias mujeres vestidas de negro. La víspera ha llovido. Sobre las calles húmedas gravitan un silencio y una melancolía de disanto. A intervalos, sin algazara, sin aturdimientos, sin brincos, con la gravedad de quien está cumpliendo un deber, pasa una máscara. ¡Las pobres! Nada tan risible, nada tan amargo, nada tan irónico, en fin, como la alegría reducida a la superficialidad de un disfraz.

En la quietud provinciana de la plazoleta que unos cuantos arbolillos mezquinos entristecen, frente a la oficina de los automóviles, el coche grande, pintado de blanco, late, trema, con el vigor impaciente de sus cuarenta caballos.

Han ido a despedirme Eduardo de Ory, director de la revista «España y América»; Domingo

Orellana, Rafael García y el veterano Julio Ruiz; el gran bufo olvidado, encorvado por la miseria y los años, envuelto en una capa azul sobre cuyo embozo asoma un viejo rostro pálido, lleno de amargura, lleno también de desdén; un rostro que es un epigrama...

El «chauffeur», Paco Gómez Bermúdez, sube al pescante, y me siento a su lado. Mi mano acude afectuosa al encuentro de las manos amigas que la buscan, y cada una de éstas la produce una sensación. Hay momentos en que la mano es la psicología, el carácter, el retrato moral entero, de la persona: la mano inofensiva, minuciosa, de Eduardo de Ory; la mano desinteresada y leal, de Domingo Orellana; la mano flaca, nerviosa, combativa, de Rafael García; la mano pródiga y ya inútil, la mano epicúrea que tanto ganó y perdió y dijo adiós a tantas cosas, de Julio Ruiz. Momento de emoción, de efusión, en que todas las pequeñas rencillas que ensucian el alma se desvanecen; momento que, desatando lo unido, imita a la muerte; momento solemne en que todo a nuestro alrededor cambia, y parece que el verbo «ser» lo conjugamos más de prisa...

Allá va el coche, rebotando ágil sobre el empedrado desigual de las calles estrechas; para esquivarlo, los transeuntes se meten en los portales; Gómez Bermúdez, agarrado con ambas manos al volante director, lo inclina a la derecha, a la izquierda, recortando magistralmente el terreno en la brusca incertidumbre de las esquinas. Abajo, y delante de nuestras rodillas, la aguja que señala en una esfera la presión de los gases, vive, tiembla, palpita como un corazón.

Salimos de Cádiz por Puerta Tierra, resto glorioso de las derruídas murallas, y al dejar su obscuridad resonante de túnel para entrar en el pa-

seo de Augusta Julia, la franca alegría, llena de uz, de la mañana, nos envuelve. Vamos reco-rriendo el itsmo que liga la ciudad al continente. El paisaje gira veloz hacia atrás. Aparecen lo-zanos macizos de árboles, jardines floridos, y en a gran mancha herbada del campo, las casitas, pequeñas y blancas como dientes de mujer. Tam-bién, de cuando en cuando, se divisa el mar, in-tensamente verde.

Hemos dejado a un lado el castillo de la Cor-tadura, y avanzamos a bonísimo andar por la carretera llamada vulgarmente de Torres Gorda, Casi al frente se divisa San Fernando, dominado por la mole nevada de su célebre Observatorio, y mucho más lejos, al otro lado de la bahía, dejando ir los ojos de derecha a izquierda, los caseríos reverberantes de Puerto Real, Puerto de Santa María y Rota. A ambos lados del camino huyen, como ráfagas, grupos de chumberas, de piteras, de retamales teñidos de oro. Sobre el fondo, unas veces berilo, otras cobalto, del Océa-no, numerosas barquitas recortan el donaire trian-gular de su vela latina. El paisaje ofrece la simpli-cidad y la violencia de colores de un cartel. Su-primidos los tonos intermedios, desvanecidas las penumbras, el añil peleará con el verde rústico, con el rojo de los tejados, con el ocre de los arenales, con la blancura deslumbrante que, aquí y allá, levantan las pirámides de cloro y sodio, de las salinas. En la lontananza, de súbito, el ba-landro de un buque rompe el silencio azul.

Cautivan la atención del turista unos vastos de-pósitos rectangulares, cavados en el suelo, llenos de agua y cruzados por varios muros de tierra perpendiculares entre sí.

—Son obra—nos explica Gómez Bermúdez—de

las empresas salineras. Aquí los llamamos «naves». En invierno se abren sus compuertas para que los inunde el mar, y entonces se pesca en ellos muy bien. En verano, cerradas aquéllas, el sol y el aire van bebiéndose el agua poco a poco, y queda la sal.

Llegamos a San Fernando, blanca, como un sueño de nieve, de lino y de algodón. Para proseguir nuestra ruta necesitamos atravesar la ciudad, que vibra con la doble alegría del buen tiempo y de las máscaras. El automóvil, bocineando en todas las esquinas, añade combustible a la hoguera, harto ya encendida, del general regocijo. Los grupos de ociosos se apartan, huyendo las rociadas de barro que, a izquierda y derecha, arrojan las ruedas del coche. Un puñado de arrapiezos vocingleros nos sigue. Saludamos el busto del general Pidal, y pasamos ante la mole monumental y amarilla del Ayuntamiento, orgulloso sobre las graderías de limpio mármol, que le sirven de escabel, y con sus balcones exornados de banderas.

Hacemos alto en La Mallorquina, donde algunos viajeros nos aguardan. La multitud dominguera invade la plaza. Aturden el ruido y las estridentes policromías del cuadro. El cielo, de una rabiosa tonalidad turquí, finge descansar sobre los alféizares blanquísimos, bañados en sol, de las azoteas. Un tío vivo voltea, como enloquecido, entre el enjambre de notas de un pianillo de manubrio. Los columpios suben y bajan y vuelven a subir, describiendo en el espacio una media luna; varios marineros los ocupan, y parecen consolarse, con aquel violento ir y venir, de la ausencia del mar. En los puestos de avellanás, de torraos y de juguetes, los vendedores pregonan a voces sus mercancías. Pasan centenares de más-

caras. En los balcones y sobre la puerta de los comercios, el viento agita la gran lengua, sangre y oro, de las banderas. Los confetti azules, amarillos, violetas, rojos, verdes... acribillan de viruelas multicolores la acera soleada.

Reanudamos la marcha, pues debemos aprovechar el tiempo, que el camino es largo y las últimas lluvias lo reblandecieron en demasía.

Salimos al campo por el puente de Zuazo, límite «de la España libre»—hay allí una lápida que así lo dice,—pues cuando la designada, por antonomasia, «guerra de la Independencia», fué Cádiz el único rincón que no allanó el francés, por lo que debería llamársela «la Covadonga del Sur».

Traspuesto el puente de Zuazo, nos adentramos en las riquísimas salinas de Chiclana. El camino adquiere una coloración ocre. Bandadas de gaviotas vuelan sobre la llanura anegadiza. A la izquierda se dilatan frondosos pinares que dan al panorama una tonalidad cerúlea y severa, de crepúsculo. A la derecha, entre las «naves» o depósitos salineros, las pirámides de sal, levántanse impolutas, con la blancura del azúcar de pilón. Al fondo, Chiclana, a la cual ermita de Santa Ana, erigida en la cumbre de un cerro, parece poner un penacho. Gómez Bermúdez recuerda un viejo cantar, sencillo y poético, que dió la vuelta a España:

En Chiclana me crié;
que me busquen en Chiclana
si es que me llego a perder...

Llegamos al pueblo, que también habremos de atravesar. Pasamos la plaza de Castelar, cruzamos un puente. El automóvil rebrinca desapaciblemente sobre los baches, y sus ruedas despiden

chorros densos de fango que empuercan el frontis de las viviendas. Abundan las antiguas ventas, de saliente tejaroz, y los paradores de anchuroso zaguán y sentaderos de ladrillo. Los íncolas nos atisban curiosos. Algunas máscaras lamentables —diablos, «destrozonas», hombres vestidos de mujer—caminan sobre el lodo silenciosas, la careta en la mano. Pasamos bajo un arco venerable, romano o sarraceno, que soporta un torreón donde hay un reloj, y dejando a la derecha la ermita del Santo Cristo, nos aventuramos entre los dos repechos de un camino cenagoso.

Nuevamente la Naturaleza comienza a devanar la cinta inacabable de sus paisajes. Los momentos pintorescos alternan con los espectáculos graves. Un borriquillo, por ejemplo, sobre el que va un hombre asentadillas, cruza una charca y se detiene a beber; su figura se retrata nítidamente en el cristal límpido. Hay un ciprés erecto, delgado, que espera. Hay una palmera que no quiere nada...

Son las tres de la tarde. En la lejanía, sobre las faldas de los montes arbolados y azules, blanquean diversos caseríos. Tales, Pinar del Campano y la histórica ciudad de Medinasidonia, de la cual fué primer duque D. Juan Alonso de Guzmán, descendiente del famoso defensor de Tarifa.

—¿Es bonita Medinasidonia?—pregunto al «chaffeur».

—Dicen—responde—que contiene muchas antigüedades romanas y árabes dignas de ser examinadas y un retablo estilo Renacimiento, de notable mérito. Pero yo, la verdad, a Medinasidonia siempre la he visto desde aquí, desde el pescante, que es desde donde deben verse los pueblos...

Y añade con un hondo, preciso y desengañado criterio de las cosas, que me sorprende:

—Porque los pueblos son como los hombres, que parecen tanto mejores cuanto de más lejos les conocemos. Yo no tengo amigos, ni me reuno con nadie, y es por eso. Le presentan a usted un individuo que parce bueno, le trata usted y resulta un canalla; entra usted en una de esas aldeas que, a distancia, parecen tan limpias, y de sucias que están no puede usted andar por ellas...

El paisaje ha cambiado. Ahora el camino se desliza entre dos filas de viejos eucaliptus, cuyas ramas blancas, lisas y redondas, surgen mórbidas del fondo obscuro del follaje como muslos de mujer. Han comenzado los bosques de olivos silvestres, alcornocales y acebuches, que esta parte de la región gaditana produce en gran cantidad. Numerosas casillas de peones camineros van quedando a retaguardia: la de Pelagatos, la de Ahogarratones y otras. También dejamos atrás el Ventorrillo del Colorado, punto de cita, hace cuarenta años, de todos los forajidos de la región, y a cuyo nombre los arrieros y trajinantes viejos asocian una larga historia de crímenes impunes.

—A mí me han asegurado—dice Gómez Bermúdez—que el corral de ese ventorro es un cementerio.

Hemos pasado la llamada casilla de Postas, antigua «casa de postas», situada en el lugar de donde arranca la carretera que conduce a Conil, y un momento, a la derecha, divisamos un trozo de mar, rutilante bajo el sol como un charco de nitrato de plata.

El automóvil va subiendo siempre; el camino es blanco; hay menos luz. Nos circunda un terreno arisco, rico en minas de azufre y yacimientos de petróleo. Abunda el monte bajo. A intervalos aparecen grandes extensiones de terreno sembradas de habas y de cebada, y diseminadas entre

el verde, chozas de pastores; chozas obscuras, color de barro. Las bandadas de gaviotas que volaban alegres sobre la llanura y delataban la vecindad del mar, han sido sustituídas por los buitres; el buitre, amigo de la montaña, que siempre va solo. Desde el horizonte, los molinos de viento de Conil parecen hacernos señas...

Al atacar la cuesta llamada de La Muela por un peñasco que hay allí y tiene, efectivamente, el aspecto de una muela careada, se divisa un instante, casi encima de nosotros, el histórico pueblo de Vejer de la Frontera, ganado por San Fernando a los muslines a mediados del siglo XIII, y que perteneció luego al señorío de los duques de Medinasidonia.

El panorama se convulsiona repentinamente. En el fondo de un valle oteamos la fábrica de electricidad que surte de luz al pueblo. Las montañas se hallan dispuestas en tres series: las situadas en primer término, son oteros suaves y verdes; las segundas, ofrecen un aspecto obscuro, pedregoso y adusto, y son más fuertes; las últimas, altísimas y de un blando color azul, casi esfuman sus contornos en el espacio. Según adelantamos por el camino que ronda, en espiral, la falda del escarpado monte que sirve de asiento a Vejer, las cuatro ermitas de la Oliva, de Santa Lucía, de San Paulino y de San Ambrosio que, como atalayas, lo defienden, parecen saltar de un lado a otro: tan pronto las tendremos a la derecha, tan pronto a la izquierda o detrás; es como una danza de montañas.

Sorprende nuestra curiosidad el buen cultivo de aquellas tierras. Gómez Bermúdez nos explica la causa:

—Es que una señora—dice,—cuyo nombre no recuerdo, al morir dividió sus haciendas en tres-

cientos sesenta y cinco lotes, destinados a otros tantos pobres de Vejer. Cada cuatro años se realiza el sorteo de los mismos, y sus poseedores pueden cultivarlos o arrendarlos o explotarlos, en la forma que mejor les parezca. Se trata, por consiguiente, de una «riqueza circulante» que, periódicamente, beneficia a muchos.

Al término de una cuesta abajo, el coche se detiene el tiempo indispensable para que entremos a beber, en un mesón, un trago de vino.

En seguida, adelante otra vez. El automóvil rueda sobre un puente de tres ojos tendido sobre el río Barbate, y dobla a la derecha. Hemos visto una Virgen pequeñita, blanca, metida en un casilicio abierto en el mismo cimiento rocoso del monte. Subimos la pendiente del Arenal; la ruta se desliza entre el río y el tajo, cortado a pico. Vamos de prisa. El viento arranca la lumbre de nuestros cigarros y se agarra a nuestros sombreros y quiere llevárselos. Reaparecen más pinares y nuevos bosques de acebuches, alcornoques y olivos silvestres. Sobre el camino, los charquitos de agua que repiten el color del cielo, parecen añicos de un gran cristal azul. A la izquierda, y por segunda vez, divisamos la laguna de Janda, donde, según algunos historiadores, comenzó la terrible batalla, aciaga para los godos, que terminó en el Guadalete.

Esta laguna, que mide diez kilómetros en su parte más larga, y que la carretera cruza semejante a un puente, por un sitio denominado Los Grupos, ofrece a la dulce luz de la tarde una bellísima coloración violeta. El verano la seca, pero en invierno es navegable, y numerosos islotes, semejantes a ramilletes enormes, adornan su perímetro. En sus orillas arboladas, sinuosas,

llenas de remansos umbríos, millares de pájaros cantan eternamente una sinfonía primaveral.

La carretera traza ahora una línea de rectitud absoluta. Al frente, en la base de un monte azul, aparece Facinas, semejante a un puñado de piedras blancas que hubiesen rodado hasta allí, desde la cumbre. Cerca del villorrio, pero en pleno campo aún, el automóvil alcanza a tres máscaras que marchan amustiadas, una tras otra y sin hablarse, sobre la melancolía del camino fangoso.

¿Adónde irán tan calladas y tan sin regocijo?... Hay una disonancia entre la locura de los disfraces y el desmayo pálido de la tarde. Yo me acuerdo de aquel clown que inspiró a Rusiñol la emoción maestra de «La alegría que pasa».

Nos cruzamos con varios carros que por la mañana salieron de Barbate hacia Tarifa repletos de sardinas y ahora regresan vacíos y como cansados. Quedaron atrás las aldeas de Tahibilla y de San José del Valle, y el torreón de la Peña, mondo y amarillo como un esqueleto, enhiesto aún ante la llanura trágica del río Salado. A la derecha, allende el Océano ennegrecido por el crepúsculo, comienzan a encenderse las luces de Ceuta y de Tánger, y Sierra Bullones alza su giba.

Más allá de Tarifa, la «muy noble, muy leal y heroica», la carretera, en aquella parte designada por el expresivo nombre de «El Lazo», se retuerce a través de una empinada gradería de montañas con indescriptible sobresalto. Ha cerrado la noche. El coche lleva encendidas sus linternas, y su claridad rubia, a medida que avanza, parece ir extendiendo una piel de pantera sobre el camino.

Estamos en el corazón de la serranía: el suelo, convulsionado, desesperado, sube, baja, torna a subir en incontables retorcimientos y mudanzas.

Aquéllas son las muecas milenarias del planeta, de la vieja tierra que en las resquebrajaduras de los tajos graníticos parece reir, parece llorar...

De pronto, al llegar a la cima de una cuesta, surge delante de nosotros Gibraltar, envuelto por sus faros en la claridad de las auroras boreales.

Pero bajamos y aquella visión se pierde. El caserío de Pelayo, con sus viviendas mudas y blancas bajo el frío resplandor lunar, nos ha dado una sensación de camposanto. Salvamos el puente de Los Guijos, arqueado sobre una torrentera, y nuevamente empezamos a subir. Al término de la pendiente, Gibraltar reaparece. Ya no cesaremos de verle, y su corcova negra, más negra que la noche; su corcova, con la que Inglaterra parece encogerse de hombros, será para nosotros una obsesión. Sus faros giran sin cesar en todas direcciones; sus faros registran el mar, el Estrecho, la tierra española, el espacio. El inmenso cono luminoso que irradian, creeríase que les sigue y es para ellos como una cola: parecen cometas que volasen a ras del mar...

Avanzamos siempre. Son las siete de la tarde. A nuestro lado pasan hombres, caballerías, que brotan de pronto del fondo obscuro y viven unos segundos, cual ficciones de una linterna mágica, en el resplandor de oro que precede al coche.

Luego, en una hondonada, columbramos Algeciras, o mejor dicho, los tejados de Algeciras. ¡Al fin!... La torre de su iglesia, su torre negra, recogida, enjuta, vista a contraluz sobre el nimbo blanquecino de Gibraltar, parece un ciprés.

XXVIII

TIPOS PINTORESCOS

La inmensa mayoría de los hombres es, en sus pensamientos y costumbres, de una unilateralidad insoportable. Como los militares, todos los ciudadanos se endosan al levantarse el uniforme de su profesión. Un abogado siempre es abogado; un médico, hasta que se acuesta, y aun después de dormido, continuará siendo médico. Los mismos comediantes, tan proteicos, tan movedizos; esos comediantes nacidos para vestir todos los trajes, sentir todas las pasiones y vivir unos instantes la vida de todas las épocas, apenas salen del teatro caen en el océano de lo vulgar.

Todas las personas—y este es uno de los hechos que sirven al profesor Herzen para negar la existencia del libre albedrío—ofrecen una arquitectura moral, como tienen una complexión física. Cada individuo discurre de un modo, y habla y camina y se viste, y es, en fin, de una determinada manera. Esta ratificación de pensamientos y ademanes, esa tenacidad con que nuestras ideas y

propósitos se repiten, esa armonía inexorable entre el «yo» pasado y el «yo» futuro, constituye el carácter. Y así, de antemano, sabemos lo que a Fulano, nuestro amigo, le desagrada y lo que le gusta...

Desgraciadamente, los hombres, como los muebles, tienen un uso. Los yanquis, sin embargo, supieron constituir un artefacto extraordinario. No recuerdo su nombre, pero sí sus aplicaciones: puesto de cierto modo, es un baúl; abierto, una cama; cerrado, un armario de luna.

Hay espíritus análogos; personas que ayer profesaban una creencia y mañana cogerán un fusil para defender la contraria; caracteres que son una ironía constante a las matemáticas y a la lógica; almas-mosaicos, poliformes como las nubes, multicolores como un jardín en primavera; hombres sin carácter, porque tienen todos los caracteres, y sin profesión, precisamente por haberse ejercitado a la vez en muchas profesiones.

Es deplorable que estos temperamentos, extraordinariamente sensitivos y comprensivos, no hubiesen dado a sus actividades un rumbo, un cauce; mas no lo hicieron; dejaron que sus energías se desparramasen, y la heterogeneidad de sus deseos y el enciclopedismo asombroso de sus aptitudes les llevaron al fracaso.

Yo he conocido dos «inclasificables» así: tipos deliciosos, tipos pintorescos, tipos hechos de sorpresas y de amenidad; espíritus tan abigarrados, tan pirueteantes, tan complejos, tan llenos de cómicas exrtravagancias y de dislocados «puntos de vista», que cuando caíamos en su diablesca esfera de atracción nos parecía ir acompañados de mucha gente. Almas aparte moteadas de sombra y de luz; almas buenas, alternativamente joviales y tristes, delicadas y grotescas; almas-acróbatas,

capaces de todos los retorcimientos y de todos los saltos.

De estos dos artistas—sin duda lo son,—en cuyos corazones canta perpetuamente el estridente alboroto de los bailes de máscaras, hablaré por el orden cronológico en que llegaron a mí.

Uno de ellos es Francisco Palomares, de Sevilla. ¿Quién en Sevilla no conoce a Palomares? El otro es José Román, de Algeciras. ¿Quién en Algeciras no conoce a Román?... Jamás hubo dos temperamentos más similares, más paralelos, más semejantes en medio de su inagotable desemejanza. Francisco Palomares es el Pepe Román de Sevilla; como Pepe Román es el Francisco Palomares de Algeciras. Unicamente les diferencia su aspecto físico: Palomares es un Román moreno; Román es, en rubio, un Palomares.

Quiero hablar de los dos. Al hacerlo, perdonad, amigos míos, que no escriba gravemente. Mi musa, para ser digna de vosotros, necesita vestirse su traje de burlas; mi crónica ha de ser ligera, pintoresca, bulliciosa y sin hiel... como vuestras vidas.

FRANCISCO PALOMARES DEL PINO

A Francisco Palomares le conocí en París, hace diez o doce años. Por aquella época, a falta de dinero, Palomares tenía una magnífica barba negra acabada en punta. Ahora ha perdido la barba; pero tiene dinero. Mejor, ¿verdad?...

Con su rostro afeitado, sus cabellos negros a media melena, sus trajes grises y cierto aire elegante y cansado de cosmopolitismo, Francisco Palomares parece un actor francés. Lo primero que se me ocurre al encontrarle, es: «¿Cuántas extra-

vagancias habrá hecho este hombre desde que no nos vemos?...» El lanza una carcajada; en mis ojos ha leído mi pregunta.

—Muchas—responde;—toda mi fortuna la he gastado en reirme.

¿Qué es Palomares? ¿Cuál es su profesión? ¿En qué se ocupa?... A esto vamos a contestar fielmente, pero despacio, como quien desenreda una maraña, porque este aventurero es el genio enciclopédico de lo pintoresco.

Palomares estudió la carrera de marino, y en cuanto se graduó piloto, se quedó en tierra. Años después, heredó varios miles de duros, con los cuales compró la corbeta «Príncipe de Asturias», donde instituyó una «Escuela Náutica Flotante Española». El asegura que a bordo reinaba un orden absoluto, que la marinería estaba perfectamente disciplinada y que los alumnos realizaban grandes progresos. También dice, a continuación, que para llamar la atención en los puertos, entraba y salía de ellos con las luces apagadas... Cuando se quedó sin dinero, vendió el buque, y con su importe compró un landó y un tronco de caballos, que una noche, yendo él de fiesta con amigos por los alrededores de Málaga, se cayeron al mar.

—¿Quién guiaba?—pregunto.

—Yo—responde.

Y añade, haciéndose justicia:

—¿Quién quieres que fuese?...

Francisco Palomares ha matado toros. También ha estrenado dramas, comedias, sainetes, y zarzuelas: «El tercer aviso», una página autobiográfica, tal vez; «¡Los miuras!», «Honor y patria», «El cuerno de la abundancia», «El hijo de Apolo», «Herencia de amor»... y otras.

Una noche, en el teatro de San Fernando, Fran-

cisco Palomares fué presentado al Rey. Recibióle el Soberano con aquella cordialidad y exquisita distinción peculiares en él, y preguntóle qué hacía y qué pensaba hacer.

—Yo, por ahora—replicó Palomares,—pensaba hacerme un traje en El Aguila.

Palomares ha sido actor; Palomares ha fundado un semanario titulado «A C y T»; Palomares es aviador y publicó un folleto declarándose autor de un «mico-plano», pues no veía la razón de que tales artefactos se denominasen siempre «mono-planos».

«El arte de volar—prosigue—es sumamente antiguo, y cuando el diluvio universal, ya se sabe voló una paloma en busca de palomares. Como Palomares nació muchos siglos después, no pudo encontrarlo la paloma», etc. Y luego: «La más noble aspiración de todo individuo debe ser elevarse mucho, poner sus pensamientos muy altos y volar en alas de la fantasía. Hasta hace poco, el mejor motor para volar era un toro»...

¿Cómo seguirle a través de su desgobernada imaginación?...

Palomares quiso ser concejal por el distrito de la Macarena, y fué derrotado. Palomares, todos los años, el día de su fiesta onomástica envía a sus amigos una esquela mortuoria, en que anuncia su defunción y expone sus títulos: «ex oficial de la Marina mercante, miembro permanente de la Sociedad fúnebre La Danza Macabra, de Bilbao; profesor por oposición de bandurria, condecorado con varias cruces parroquiales, caballero de la Aldaba de la Sublime Puerta, camarero secreto del café de París, autor de varias obras teatrales y de albañilería... etc., etc.»

Este hombre, que ríe siempre y que no tiene

miedo a nada, ha salvado de entre las llamas a una mujer.

Finalmente, «The Daily Mirror» del día 24 de Octubre de 1914, publica un retrato de Palomares, vestido de torero, y una carta suya, que dice: «Habiéndome educado en Inglaterra, donde tengo aún mis mejores amistades y mis mayores simpatías, me ofrezco, por medio de vuestro periódico, a combatir por la buena causa, sea en calidad de aviador, de marino o de guerrillero, contra el poder del Imperio del Kaiser...» Y efectivamente, Palomares voló sobre las trincheras alemanas y fué herido.

Palomares, delicioso y folletinesco; Palomares, inofensivo y heroico; Palomares, marino, periodista, autor dramático, comediante, aviador y matador de toros; Palomares, eternamente joven y carnavalesco... ¡pide, para tu lecho de muerte, un traje de Arlequín!...

JOSE ROMAN

Este hombre singular usa unas tarjetas pequeñitas, donde constan su nombre y su profesión oficial: «Vista de Aduanas». Pero los quehaceres de tal empleo sólo distraen un instante las actividades de este extraordinario vecino de Algeciras.

Pepe Román nació en Algeciras y no ha querido moverse de allí. ¡Y ha hecho bien!... Román, cuando empezó a coquetear con la celebridad, hubo de decirse:

«El concepto de la gloria es infinitamente elástico. Hay grandes escritores que son populares y estimadísimos en su país, pero cuyas obras no rebasaron nunca las fronteras patrias. Otros, más afortunados, son célebres en Europa, verbigracia, y aun en América, si ustedes quieren;

pero totalmente desconocidos en Africa, donde los negros no han comenzado todavía a sentir el saludable amor a la lectura, Muchos, en fin, los genios, como Homero, como Dante, refulgen con perdurable luz a través de la Historia universal. Estas altísimas glorias, sin embargo, también son relativas, y por ende, discutibles. ¿A que ningún habitante de Júpiter—si es que en Júpiter existen habitantes—sabe quién fué Goethe?...

Pues si todas las glorias son finitas y la gloria se reduce, en puridad de verdad, a ser aplaudido por los unos y vituperado por los otros, yo sabré hacerme en Algeciras una gloria de la misma calidad que otra cualquiera.

Pepe Román ha publicado varios libros: «Rueda de noria», «Muñecos y caretones» (páginas autobiográficas), «La feria triste», etc. Son obras escritas, sin duda, al correr de la pluma; obras sin artificio, desiguales, tan pronto irónicas como excesivamente ingenuas; junto al suspiro, la carcajada; junto a la emoción tierna, la cabriola; junto al acierto, el error; todo hacinado, revuelto, según crecen en los terrenos incultos las flores silvestres. Lo que más sorprende al lector es la desaprensión, el desenfado, por no decir la temeridad, con que escribe. José Román habla con el público como hablaría con un amigo: sin miedo.

Explicando el espíritu de su obra «Rueda de noria», dice:

«Libro sin color y sin rumbo, orgullos de Quijote, ramplonerías de Sancho, intimidades de los perros, y sorteo de quintos... Libro en que se comentan fechorías de ladrones; se relatan historias de muertos y se describen procesiones y hazañas de locos... Libro íntimo, lleno de melancólicas reflexiones acerca de los médicos y los

gramófonos, comentarios filosóficos sobre los jueces municipales, acordeones, estanqueros y sabor de la carne de gato...»

Pepe Román también es caricaturista y pinta carteles, un poco raros y desorbitados quizás, como su estilo, pero que a trozos, evidentemente están muy bien.

En Algeciras funciona una Escuela de Artes y Oficios—no respondemos de que se llame así,—y en ella Pepe Román explica la asignatura de Dibujo y Modelado. Pepe Román nos ha enseñado varias obras suyas: un busto de Don Quijote, al que anima un notable gesto de idealidad; una estatuilla de D. José Luis Torres, diputado por Algeciras, que es un primor de ejecución, y otra de Belmonte, que repite admirablemente la apostura triste, enfermiza y descuidada, del temerario lidiador trianero.

—¿Quién le ha enseñado a usted a modelar?—preguntamos.

—Nadie—responde el artista.

Y esta contestación modesta, heroica y sencilla da ganas de ceñir a las sienes del escultor una corona.

También ha sido Pepe Román comediante, y entiende asimismo el arte de la fotografía, y sabe disecar y matar toros. Más de cuarenta cornúpetos ha muleteado, y todos con éxito.

—Yo me las arreglo con ellos muy bien—dice;—primero los trabajo y me los preparo con el capote; después los mato; luego me los como, y, finalmente, los diseco y los retrato...

Pepe Román ha construído, para adornar el Paseo de la Feria, unas cariátides que ostentan su nombre. Unas cariátides en escayola... ¡es cierto!... ¿Pero acaso no se destruye también el granito?...

Pepe Román tiene una calle que ostenta su nombre; una calle en la que él vivió cuando chiquitín; y por la que no transita casi nadie...

Una tarde, desde una de las alturas que dominan la población, nos la indicó con un gesto:

—Allí es...

Y sus ojos se humedecieron.

Hombre bueno, delicado y sencillo; nadie en Algeciras ha publicado tantos libros como tú; nadie pinta como tú, ni modela como tú, ni mata toros, declama y diseca y retrata, como tú sabes hacerlo. Tu nombre llena la ciudad; todos te conocen; tienes una calle...

Si algún célebre artista, cargado de laureles, pasase por tu coto, mírale de igual a igual.

—Yo sé lo que es eso—puedes decirle.

XXIX

GIBRALTAR

«El Rey Católico—dice una de las cláusulas del Tratado de Utrecht,—por sí y por sus herederos y sucesores, cede por este Tratado a la corona de la Gran Bretaña la plena y entera propiedad de la ciudad y castillo de Gibraltar, etc...»

Así ha sido, efectivamente, y continuará siendo, nadie sabe hasta cuándo; lo acordado por los hombres en aquella ocasión, parece haberse convertido en accidente geográfico; en el peñón de Gibraltar el Tratado de Utrecht hízose hierro, basalto y granito.

Gibraltar—la antigua Calpe de los fenicios—es un enorme bloque tajado en diversas partes por la naturaleza casi verticalmente y cuyo pico más alto se levanta a cuatrocientos metros sobre el nivel del mar. Visto desde Algeciras y frunciendo ligeramente los párpados para reunir mejor los detalles y circunstancias del panorama, el peñón ofrece de Norte a Sur una doble corcova como los dromedarios, de la cual la meridional se deno-

mina Altura de Europa, y la norteña el Macho; especie de calva amarillenta limpiamente recortada de la gran sombra obscura del islote. Aunque está terminante prohibido a los turistas visitar las baterías, salta a los ojos el extraordinario poder militar acumulado allí por la previsión inglesa. En las cuatro laderas lapidarias del monte y ocultas entre la maraña de los jarales y de los brezos, las baterías fueron dispuestas, como en los buques de guerra, unas encima de otras, por estratos, desde el plano más inferior e inmediato al mar, hasta las cumbres.

Así, el disparo simultáneo de tantos cañones, arrojaría contra todos los puntos del horizonte una ola irresistible de plomo, y daría la sensación de que la fortaleza entera ardía y saltaba en pedazos.

Hay también, para el caso de tener que resistir las contingencias de un bloqueo, una cisterna de fabulosa capacidad; ascensores que permiten el rápido acceso a los montes; vías férreas secretas destinadas al transporte de municiones; caminos subterráneos, absolutamente desconocidos, que se relacionan unos con otros como venas, ponen en comunicación los lugares más extremos del peñón y mantienen en su interior lo que pudiéramos denominar una vida «subcutánea», y otras muchas invencibles estrategias y recursos.

La estrella de Gibraltar es roja; su historia, exclusivamente guerrera. Su suelo estéril, de no servir de pretexto para que los hombres se asesinen, de nada sirve. Tener a Gibraltar, es como tener un revólver.

Conquistada por los agarenos, cambió su nombre primitivo por el de Ghebal-Tarik, o «monte de Tarik». Luego se llamó Gibraltar, corrupción de Gebaltar, que significa en árabe «monte cor-

tado», o Gebaltor», monte alto». A principios del siglo XIV, la temible fortaleza se rindió a Castilla; años después fué recobrada por los muslimes, quienes pasaron a cuchillo al alcaide D. Vasco Pérez de Neira y al puñado de ballesteros, mal armados y hambrientos, que la defendían. Alfonso XI la puso cerco y falleció de la peste, sin poder tomarla. Un conde de Niebla la sitió más tarde y también recibió bajo sus muros gloriosa muerte. Al cabo, D. Alfonso de Arcos la ganó por asalto con sólo ochenta jinetes y doscientos infantes, auxiliados por algunas tropas del duque de Medinasidonia, y los monarcas Católicos la declararon patrimonio real. Los piratas turcos y argelinos la saquearon diferentes veces. Finalmente, a principios del siglo XVIII, durante la llamada «guerra de sucesión», fué bombardeada por la escuadra anglo-holandesa, y el príncipe de Darmstadt, que mandaba la flota, la conquistó y clavó en ella el pabellón británico.

Llegamos a Gibraltar en el vaporcito que sale de Algeciras a las siete de la mañana; media hora o poco más se invierte en cruzar la bahía. El acceso a la plaza—especialmente desde que empezó la guerra—ofrece dificultades; el viajero deberá exhibir sus documentos de identidad, y si éstos no inspiran a los encargados del servicio de inspección la confianza necesaria, un *policeman*, alto, hercúleo y correcto, le seguirá a todas partes a distancia, pero sin perderle de vista.

Desembarcamos. Casi todo el pasaje lo componen vecinos de Algeciras que tienen en Gibraltar asuntos comerciales; turistas hay muy pocos. Al llegar a la puertecilla donde la policía aguarda, el convoy se detiene y comienza la exhibición de papeles: cédulas, pasaportes, carnets, etc. Uno a uno los viajeros van pasando. Delante de mí ca-

mina un muchachón, ancho, rubio, de ojos azules y occipital cuadrado. Representa diez y ocho años, diez y nueve... La mirada zahorí, la mirada fría, de los inspectores, se clava en él con tal fuerza, que el mozo cambia de color; sus blancas mejillas parecen dos manzanas maduras.

—¿De qué nacionalidad?—le preguntan.—Inglés —responde.

Exhibe un pasaporte. El empleado coge el papel, y sus ojos de una expresión buida, acerada y sin cuartel, van alternativamente del documento a su dueño, con agresiva tenacidad.

—No puede usted pasar—le dice.

—¿Cómo?

—Este pasaporte no sirve; por el momento queda usted arrestado. El tagarote baja la cabeza. Ha vuelto a cambiar de color; ahora su rostro es de cera. ¡Demasiado joven, el pobre, demasiado inexperto, para meterse en aventuras tales!... La gente le mira curiosa y burlona; todos se alegran de su percance.

—¡Es un espía alemán!... murmuran.

El incidente no es nuevo: son muchos los alemanes espías que, tratando de penetrar en Gibraltar, han sido detenidos.

Hemos recibido al entrar un *ticket*, firmado por el jefe de policía, que dice: *Permit until first evening gunfire.* Esto es: «Autorización para permanecer hasta el primer cañonazo de la tarde.» Este cañonazo, que dispara la batería de San Jorge a las seis, retumba en la amplitud de la bahía algecireña como un gruñido de malhumor, y señala el instante en que la ciudad, cerrando sus puertas, recobrará todo su formidable imperio militar.

Cruzamos la plaza de Cuarteles y nos hallamos en la calle Real, eje máximo o raquis, de la po-

blación. Los bazares turcos y judíos, los almacenes indios donde se venden objetos de marfil y sedas ardorosas del Oriente, los comercios tunecinos, dan al cuadro una extraordinaria expresión de cosmopolitismo. Se oye hablar español, portugués, italiano, árabe.... A la puerta de las tiendas hay marroquíes ventrudos, envueltos en teatrales albornoces blancos; hay hebreos de perfil pálido y astuto; hay asiáticos de tez cobriza y dentaduras magníficas; hay colosos ingleses, rosados como el nácar, que transpiran sencillez, castidad y salud...

Recorremos la vía Iris Towns, la plaza Comercial o del Baratillo, y nos asomamos al cementerio de los mártires de Trafalgar. Acostumbrados al abandono de las ciudades españolas y a la infecunda pereza de nuestras costumbres, mis ojos no se cansan de admirar la limpieza impecable de las calles gibraltareñas, ni la diligencia de sus habitantes, ni la esmerada crianza y buen orden que en todo resplandece. Diríase que Gibraltar se halla muy lejos de España, a muchos grados de latitud Norte. ¡Luego no debemos tener la comodidad de hacer al sol responsable principal de nuestro atraso! ¡Luego la civilización se impone a los climas y es más fuerte que ellos!...

Gibraltar tiene juegos de pelota y de «tennis», un buen hipódromo, campos de instrucción militar, cuarteles, almacenes, hospitales, quintas lindísimas de recreo y astilleros magníficos. A vista de pájaro—porque ya hemos avanzado mucho y siempre cuesta arriba—columbramos los depósitos de la Aduana, rebosantes de trigo y de carbón; la apacible ensenada de Santa Rosa, y más allá las caletas de los Remedios y de Landero. Marchamos con la esperanza de llegar temprano a Punta Europa, donde, según informes, hay

buen número de soldados alemanes prisioneros. Pero nuestra ilusión tropieza y se rompe contra un centinela, que nos cierra el camino. Está prohibido seguir adelante, y retrocedemos desanimados. A las palabras del centinela no hemos sabido oponer ninguna objeción; nadie sabe la sequedad inexorable, el desjugamiento inhumano, de una consigna dada en inglés.

Detalle interesante:

La semana anterior, a un soldado alemán que intentó evadirse, un centinela le mató de un tiro. En el cortejo que acompañó al cadáver formaron todos sus compañeros y dos compañías de infantería inglesa. Ahora ese pobre anónimo que peleó sin saber fijamente por qué, descansa al fin delante del mar, bajo una cruz, y la tierra que él creyó enemiga, le recibe como a hijo. Los hombres que hace poco disparaban contra él, luego se descubrieron ante su tumba.

«Es que todos—dice el vulgo—somos hermanos en la Muerte.»

Sin considerar que a esta afirmación, rigurosamente exacta, podría oponerse esta pregunta:

«¿Es que no somos también iguales y hermanos delante de la Vida?...»

Una tarde, paseando en lancha por las inmediaciones de la isla Verde, el botero ha tenido para Gibraltar una mirada de odio; un odio irrazonado, transmitido de padres a hijos desde hace dos siglos.

—Si nosotros quisiéramos — murmura, — «eso» volvería a ser nuestro.

Se escupe las manos, y con ira que repentinamente se ha encendido en él, boga más fuerte. Le pregunto:

—¿Y para qué quiere usted que «eso» vuelva a nosotros?

—¿No es usted español?—exclama sorprendido.

—Sí—le respondo;—soy español, porque al mismo tiempo soy inglés, francés, italiano, argentino; porque «soy hombre», en fin, y el hombre debe considerarse ciudadano de todos los países y amarlos a la vez por igual. ¿Cree usted que el peñón de Gibraltar vale una sola vida?...

Cuando el príncipe de Darmstadt ganó Gibraltar, defendían la plaza sesenta soldados y seis artilleros, al mando de D. Diego de Salinas. A la intimación de rendirse que le dirigiera el almirante inglés, este candoroso y heroico D. Diego, capaz también, como D. Quijote, de lancear molinos de viento, respondió «que tenían jurado por su rey y señor natural a D. Felipe V, y que sus fieles y leales vasallos sacrificarían las vidas en su defensa»... Y mientras esto sucedía, Darmstadt, que «esperaba andando», desembarcaba al frente de tres mil alemanes.

¿No sentís esta gran ironía del tiempo y de la Historia? El príncipe de Darmstadt conquista con soldados alemanes un peñón para Inglaterra; el mismo peñón que ahora sirve de cárcel a varios centenares de soldados alemanes.

Y habiéndose repetido este caso innumerables veces, ¿por qué los hombres se matan así por la posesión de una tierra que, a semejanza de las mujeres de malvivir, tan pronto se gana como se pierde, y es, en resumidas cuentas, de todo el mundo?

XXX

TARIFA

Al entrar en la ciudad por la calle Conde de Niebla, un hombre me aborda:

—Caballero, ¿quiere usted ver la torre de Guzmán?...

Veinte metros más allá, un zagalón me propone lo mismo:

—¿Quiere usted conocer la torre de Guzmán?

Este ofrecimiento, el turista ha de oirlo muchas veces, porque la historia de Tarifa, dormida en el lauredal glorioso de sus recuerdos, es la de su castillo, y el castillo es Guzmán.

Caminamos a la aventura por un dédalo sombrío de calles pendientes, estrechas y terriblemente tortuosas. Los tejaroces obscuros avanzan tanto, que casi se tocan. Hay zaguanes anchurosos, con solado de empedradillo, abiertos en un plano muy inferior al de la calle; hay balcones centenarios, apoyados en barras de hierro y saledizos como doseles; hay cierres negros, densos, llenos de horror, que en otros siglos pertenecieron qui-

zás a un convento o a una mazmorra, y que traen al alma una emoción de ahogo; hay callejones que ostentan nombres de leyenda y devoción: el de Florinda, por ejemplo; el de las Caídas, el de los Afligidos, el de la Amargura y otros muchos, cuyo rótulo armoniza maravillosamente con la vetustez y abandono del lugar donde se hallan. Un borriquillo atado por el ronzal al llamador de una puerta nos cierra el camino, y hemos de empujarlo para seguir. No pasan transeuntes. A intervalos, desde el misterio de las celosas rejas, mujeres cobrizas, de ojos negros y fatales; mujeres descendientes de muslimes, que no salen a la calle casi nunca y apenas ríen; mujeres contemplativas en quienes el deseo es brasa y perdición, detienen en nosotros una mirada luminosa, indiferente y tenaz... ¡Almas solitarias, almas de claustro o de harem! Yo estoy cierto de que todas distinguen perfectamente a unos vecinos de otros por el eco de sus pisadas.

Salimos a un paseo moderno, llamado la Alameda, situado al Sur de la población, entre el mar y una cortina de murallas. Todo este lienzo ha sido encalado y convertido en viviendas. Las edificaciones conservan, no obstante, su antiguo carácter marcial. El frontis, común a todas ellas, es ligeramente cóncavo; apenas hay balcones, y el vano de sus puertas y ventanas, ancho de dos metros, descubre la belicosa reciedumbre de la construcción primitiva.

Echando campo traviesa descendemos a la playa, suave y de arena finísima, y después trepamos al adusto peñón, donde aún se yerguen, trágicamente mutilados por el tiempo y los hombres, los restos del fortín de Santa Catalina. Luego, ayudándonos de las manos, bajamos a la lengua de tierra que guía a la impropiamente

denominada isla de las Palomas, ya que no es isla, sino península, y constituye, dicho sea sencillamente, y para esclarecimiento de la verdad, uno de los miradores más bellos del mundo.

El camino, angosto y de tonalidades amarillentas, es como una lanza que el continente hubiese clavado en el mar. A derecha e izquierda, las olas, intensamente azules bajo el sol, ondulan inquietas, y al romperse, su espuma blanca parece una risa. Varios marineros se ocupan en varar una barcaza de las destinadas a la pesca del atún, y un grito pausado, estridente, selvático, da ritmo a su esfuerzo. Acurrucada en un ribazo, una vieja me observa. Cubre su cabeza con un pañuelo negro, muy ceñido a la frente, y abriga su cuerpo esquelético una especie de jaique color de polvo, color de camino. Para distinguirla necesito mirarla bien, pues el contorno de su figura inmóvil se borra en la tierra. Como a mí, el trabajo de los marineros la divierte; de cuando en cuando, rápidamente, se lleva una mano al seno, y en seguida a la boca; imposible averiguar si come o si besa algo. Debe de estar loca. Tiene una actitud sibilina: la actitud que las brujas medioevales adoptaban para producir la evocación del espíritu negro. Hállase sentada sobre los talones, las rodillas juntas, las manos cruzadas y apoyadas en las rodillas, y el mento sobre las manos. Con los codos parece abrigarse el vientre; con los pies estira y sujeta al suelo los extremos del jaique. Al mirarme, sonríe, y sus dientes son amarillos, como su rostro. Sus ojos minúsculos, astutos, burlones, parecen decirme:

—¿Por qué andas? Pierdes tu tiempo andando. Tú volverás. Todo el que recorre un camino—de la tierra o del alma,—tarde o temprano vuelve a pasar por él...

Llegamos a la puerta, defendida por un foso, de la península de las Palomas, donde un centinela nos dice que para visitar la fortaleza precisa una autorización del señor coronel. Inútil tratar de sustraerse a lo ordenado. Emprendemos, pues, el regreso a la ciudad; pero lentamente, porque la magnificencia del panorama es insuperable. Tarifa, situada en el extremo más meridional de España; Tarifa, punto estratégico de primer orden; llave del Estrecho, especie de balcón abierto sobre lo que algún escritor llamó espiritualmente «calle real de Europa», puesto que por allí han de pasar cuantos buques entran o salen del Océano latino; Tarifa, cuyos cuarteles, que ensució la traición del conde don Julián, fueron lavados por el heroísmo de don Alonso el Bueno; Tarifa, mitad agarena, mitad cristiana, aparece tendida entre la blancura de la playa y la majestad de la serranía, que la resguarda de los vientos norteños. El castillo y la línea de almenados murallones con que la defendiera el berberisco Tarif-ben-Malek, intactos se muestran aún.

Todo cuanto acerca de este olvidado rincón español hemos leído—versos, novelas, monografías históricas—resurge en nuestro espíritu. ¿Es cierto lo que del insensato amor del último rey godo por Florinda o la Cava, hija del poderoso gobernador de la Mauritania Tingitana, cuentan muchos autores? ¿Es cierto que don Rodrigo la tomó por fuerza, y ella, después, para vengarse de su violador, azuzó contra él las ambiciones y la ira del Islam?...

«Avino—dice el padre Mariana hablando de la doncella cuya hermosura trastornó al Occidente,—que jugando con sus iguales, un día descubrió la joven cierta parte del cuerpo; acechábalas el rey desde una ventana, y con aquella vista fué

de tal manera herido y prendado, que ninguna otra cosa podía de ordinario pensar. Luego buscó tiempo y lugar a propósito; mas como ella no se dejase vencer con halagos ni con amenazas y miedos, llegó su desatino a tanto, que la hizo fuerza, con que se despeñó a sí y a su reino en la perdición.»

La creencia del padre Mariana hállase afirmada por la del historiador árabe Aben-Adhari, según el cual, habiéndole don Rodrigo escrito al conde don Julián pidiéndole halcones, éste le respondió con una ironía, cuya amargura debió de comprenderla el monarca godo poco después en el Guadalete: «Ciertamente irán a ti aves de las que no viste jamás...»

Pensando en la leyenda de gestas de esta tierra, que ha bebido tanta sangre como agua derramaron sobre ella las nubes, vamos contorneando el Alcázar. Sus murallones aspillerados, sujetos fortísimamente a las rocas, se elevan junto al mar. Algunos bastiones rindiéronse al tiempo; pero los más resisten victoriosos, y en su color ocre sucio parecen tostados por el sol de los once siglos que cayeron sobre ellos. La vida, al renovarse, ha introducido en toda la fábrica remozamientos sensibles: en la parte alta, por ejemplo, muchas ventanas fueron tapiadas, muchas almenas suprimidas, así como abajo los reductos primeros finaron casi completamente, y de sus piedras disgregadas, unas rodaron a la bahía y otras sirvieron para construir las viviendas del barrio de pescadores establecido allí.

¿Qué resta del esfuerzo con que agarenos y cristianos combatieron por la posesión de aquel trozo de tierra? ¿Qué del sacrificio de Guzmán? ¿A qué quedaron reducidos tan cruentos renco-

res? ¡Oh ironías del tiempo! En el parapeto donde antaño pelearon hombres furiosos y vestidos de hierro, ahora unas palomas se arrullan y me enseñan sus pechugas blancas y redondas.

Al separarnos del mar avanzamos por un hondo camino, especie de foso abierto en la parte septentrional de la muralla, y un repecho sembrado de piteras. Apenas entramos en él dejamos de percibir la gran brisa fresca del Océano, y una doble sensación de silencio y calor nos envuelve. Es una quietud de siesta. Pica el sol; hay cantar de pájaros; dos mariposas blancas vuelan delante de nosotros; en un reloj lejano han sonado las diez.

Pasan a mi lado dos mujeres vestidas de negro; con disimulo me miran; sus ojos escrutadores son humildes; ojos de siervas educadas en la obediencia y en la clausura. Las oigo hablar. Una de ellas dice:

—Tengo a mis hijos descalzos; con los pies desnudos van por la calle, que se me parte el alma de verles. En mi casa nos reunimos ocho a la mesa; pero como el único que trabaja es Manuel y Manuel está enfermo... ¡Comer!... ¿Y cómo?... ¿Vamos a robar?...

La voz se extingue en la distancia, y sus palabras abatidas añaden al paisaje un dolor. Surge una conexión entre la pesadumbre de aquellas ruinas inútiles y la pobreza de aquellas mujeres. ¿Habría hambre si los pueblos, en lugar de guerrear, cultivasen la tierra?...

A poco, el terreno desciende y la muralla aparece rota; por la brecha se ven varias casas de construcción moderna; diríase que aquella depresión sirvió en otras épocas de cauce a un río. Sopla el viento. Después el suelo torna a subir, y los lienzos de la muralla continúan intactos. El

aire se aquieta; vuelve a pesar el sol sobre los hombros.

Por uno de aquellos bastiones los franceses, a principios del siglo pasado, trataron de ganar la población después de riguroso asedio. Esta página guerrera se acompaña de un aroma místico tan ameno, tan sencillo, que merece decirse. Es «un cuento de abuela». La patrona de Tarifa es la Virgen de la Luz, imagen que debió de asistir a la batalla del Salado y a la cual se atribuyen prodigiosas curaciones y maravillas. Ahora bien: los franceses habían roto la muralla y a la mañana siguiente asaltarían la población; la situación de los tarifeños era desesperada; no tenían municiones; con las puertas y los herrajes de los balcones habían levantado barricadas ante la brecha por donde los invasores iban a entrar; todos los recursos estaban agotados. La víspera del asalto, el general Copons, defensor de la plaza, no sabiendo qué hacer, entregó su bastón de mando a la Virgen de la Luz, y aquella noche llovió de manera tan copiosa, que a los franceses se les mojó la pólvora y hubieron de levantar el sitio.

Hemos circunvalado la ciudad por fuera, y luego la hemos dado una segunda vuelta, caminando por el espacio abierto entre las murallas y las casas más inmediatas a ellas. En el transcurso de este paseo no hemos saludado a nadie. Caminamos completamente solos, y en el suelo herbado nuestras pisadas no levantaban ruido. Los gatos, tendidos en el quicio de las puertas, duermen al sol; manadas de cerdos reposan y gruñen, contentos entre la basura. Cloquean las gallinas. Sobre los paredones derruídos medran las hierbas y las chumberas. De una espadaña vacía se desprende un silencio.

Por la tarde he vuelto a la península de las Palomas, acompañado de don Manuel Estévez, jefe militar de Tarifa, y del alcalde, don Pedro Quero, con quienes he hablado largamente de la situación aflictiva porque atraviesa toda aquella comarca.

En Tarifa, la riqueza pecuaria, que es bastante considerable, se desarrolla a expensas de la agricultura. A imitación de lo que hacen el marqués de Martorell, el duque de Denia y otros grandes propietarios, los pequeños hacendados prefieren la crianza de ganados, ocupación que exige pocos desvelos y escaso personal, a las faenas agrícolas, verdadera salvación del pobre, porque en ellas se emplean muchos brazos.

Con una clarísima visión de las cosas, don Pedro Quero explica algunas reformas que habrían de proporcionar a la ciudad beneficios inmensos. Verbigracia: la construcción—por el lado de Levante, que es donde el mar bate con menos fuerza —de un muelle que fuese desde las Palomas al cerro del Camarro, donde se halla el semáforo.

—El atún—prosigue Quero—es una de nuestras fuentes mayores de riqueza; algunos años, en los tres meses que dura la pesca, han llegado a ganarse 25 y 30.000 pesetas. Para fomentar esta industria es indispensable un puerto. Actualmente nuestros pescadores, siempre que vuelven del mar, se hallan obligados a varar sus barcas, porque de no hacerlo, el oleaje las destrozaría contra las peñas, como frecuentemente ha sucedido. Pero el varado de estas barcas, que son grandes, es difícil; ha de realizarse con auxilio de un torno, y cuesta 25 duros. ¿Cree usted que esos pobres marineros, que muchas veces vuelven con las redes vacías, pueden soportar un gasto tan considerable? Algunos días llega aquí la noticia de

que en el Estrecho hay mucho atún, porque los atunes andan por el agua como las cigüeñas por el aire, en bandadas. ¿Y qué sucede? Que mientras se botan las lanchas al mar, lo que también exige tiempo, ya el pescado se ha ido.

Los ojos de mi interlocutor se dirigen melancólicos hacia Africa.

—Crea usted—concluye—que cuando las costas de Marruecos dejen de ofrecer peligro a nuestros pescadores, éstos se acogerán allí y Tarifa habrá muerto.

¡Tiene razón Quero! ¿Pero cómo esas famosas «Comisiones investigadoras» que el gobierno envía a viajar por España no han comprendido la necesidad de dotar a Tarifa de un puerto?

En los diccionarios enciclopédicos se lee: «Tarifa, plaza fuerte de primer orden...»

Esto es monstruoso, es ridículo. En Tarifa, cuya importancia militar disminuirá, si, como se pretende, quitan de allí la comandancia, sólo existen unos cuantos cañones, que en caso de guerra aprovecharían de muy poco. ¡Una plaza marítima «de primer orden» que no tiene puerto! ¿Quién pudo concebir payasada mayor?...

Tarifa, asomada a la inmensidad del Atlántico, por su clima, por su situación geográfica, por sus recuerdos históricos, por la inenarrable hermosura de sus panoramas, podría ser un segundo Monte-Carlo, un rincón feérico, adonde los turistas de todo el mundo acudirían a vaciar su bolsa.

¡Pobre ciudad admirable! ¡Estás tan lejos de la corte, que cuando la sangre que impulsa el cansado corazón nacional llega a ti—si llega,—está ya fría!

XXXI

EL PADRE MARCHENA

—Si va usted a Tarifa—me dice un librero de Algeciras—procure usted conocer al padre Marchena.

—¿Tan interesante es?

—Tan interesante, cuando menos—responde,—como la torre de Guzmán.

Una mañana he llegado a Tarifa, y en un hotel de nombre genuinamente provinciano—hotel de los Cisnes—entro a desayunarme. La casa, d techos altos y encalados muros y solado lim simo, está llena de silencio y de sol. A poco dueño viene a acompañarme, y se sienta d de mí. Le llaman «El Lobito». Es pequeño, cíneo y amable, y ríe fácilmente. Le ma mi propósito de visitar al cura don F Sánchez Marchena.

—Hará usted bien—exclama,—porque bre más docto y más santo de la ci las necesidades, todas las penas, v él. «Padre Marchena, que no he co

Marchena, que mi marido está enfermo y no tengo dinero para medicinas»... El padre Marchena jamás se niega a nadie; y cuando no dispone de lo que le piden, coge su sotana—no tiene más que una—y sale a buscarlo a casa de los ricos. Hubo día en que socorrió a mil trescientos pobres.

«El Lobito» habla con honrado entusiasmo, y las palabras nobles y sencillas de su fervorosa jaculatoria van cayendo, como flores de almendro, sobre la blancura del mantel.

—Gracias a él—prosigue—tenemos un Asilo y un buen hospital, porque a ese hombre nadie es capaz de negarle lo que pida. Su amor por «los de abajo» no descansa ni retrocede ante ningún obstáculo. Hace siete años asoló la población una epidemia espantosa de viruela. El cuadro era horrible. La gente pobre se moría en las calles, unos de la enfermedad reinante, otros de miseria, de hambre. Todas las personas acomodadas huyeron; los mismos médicos, asustados, se negaban a visitar. ¡Hasta el sepulturero desapareció!... En aquellos días el cura Marchena trabajó ciegamente. No reposaba, no dormía. Bástele a usted
aber que extremó su abnegación hasta tomar en
azos el cadáver de un v nto y llevarlo al
posanto, donde le dió u caridad, su
terés, igualan su valo
ucho a mi interlocu y sin
; su voz rústica y a voz
la de todo un p
arde, ya casi de úa,—fue-
irle que cierta cida suya
omido, y cóm de débiles
ni acertaban palabras del
qué necesit s?... Quitó del
rete don guisándose su

cena, y con sus propias manos lo llevó adonde mayor falta hacía; y así, él y su anciana madre se acostaron en ayunas. ¿No es esto amar al prójimo más que a sí mismo, y por socorrerle arrancarse materialmente el pan de la boca?

«El Lobito» va acalorándose, se levanta y extiende un brazo. Su gesto, dirigido hacia la ventana, designa un punto.

—Y esto que le cuento—exclama—sucedió en la calle de la Parra, y lo sabe todo Tarifa.

Después, personalmente, he podido cerciorarme de que no exageraban ni el propietario de «Los dos cisnes» ni el librero algecireño; el presbítero don Francisco Sánchez Marchena es infinitamente más digno de ser visitado que la torre de Guzmán.

Llegamos al templo parroquial de San Mateo, situado enfrente de la calzada de este nombre y en el sitio más céntrico de la minúscula ciudad: es una basílica de estilo gótico, grande, clara y sencilla. Una estera de cordelillo cubre todo el suelo, y esto me explica la intención, mejor dicho, la decidida voluntad del padre Marchena de que «en la casa de Dios», o lo que es lo mismo, «en la casa de la Caridad», no tengan frío los pobres.

Dos monacillos se aplican a la limpieza de los altares, y en el ambiente flota una nube de polvo. Nadie en el templo. Son las once de la mañana. El sol que penetra por los ventanales polícromos, abiertos allá en la vecindad de las bóvedas, pinta anchas franjas violetas, azules y rojas sobre los muros.

Pregunto a un sacrtistán:

—¿El padre Marchena?

Y le doy mi tarjeta.

—El padre—responde—está concluyendo de al-

morzar. Voy a prevenirle de que está usted aquí. Espere usted un momento...

Se aleja y le sigo con la vista. Al pasar ante el altar mayor, instintivamente su figura ensotanada insinúa una reverencia. Desaparece tras una columna. Luego, en el silencio, retumba el golpe con que el batiente de una puerta, abandonado a sí mismo, se ha cerrado. Los acólitos cesaron de barrer y me atisban apoyados sobre el mango de sus escobas. Transcurren unos minutos. Yo, para dignificar los momentos siempre desairados de la espera, adopto ese aire devoto que suple en los iconómacos la falta de fe. El sacristán vuelve; sonríe...

—Puede usted pasar.

Siguiéndole me deslizo por detrás de un altar donde, metido entre cristales, hay un Cristo cadáver, exangüe y eucarístico; recorremos un tránsito, luego otro; subimos una escalerilla y nos detiene una puertecita, sobre la cual un Jesús, esmaltado en un óvalo blanco de porcelana, afirma: «Reinaré en España». El sacristán ha desaparecido misteriosamente, con el andar cauto, sigiloso, de la gente de iglesia. Cruzamos un pasillo, una saleta humilde; llegamos a un despacho...

El presbítero Marchena, que se hallaba en el hueco de una ventana, sentado en una mecedora de dorso a la luz, se pone de pie al vernos, deja transcurrir un instante y luego se adelanta a recibirnos con cierta lentitud señoril. Es de estatura más que mediana, cenceño de cuerpo y de rostro, la frente noble y descollada, las cejas frondosas y nevadas, la nariz aguileña, finos los labios, el mento tozudo, y el bronceado color del semblante, la extraordinaria penetración y vivacidad de los ojos, y toda la rara mezcolanza, en fin, de energía y bondad de su perfil, de lim-

písima cepa española. Unos segundos le hemos observado sin hablar. Aquel hombre debe de unir a la exaltación misericordiosa de una Luisa Michel la voluntad de un Loyola o de un Cisneros. En los lienzos de Valdés Leal hemos admirado cabezas así.

Al padre Marchena parece extrañarle mi visita.

—Yo soy—dice—un sacerdote obscuro, un pobre cura de aldea que nunca hizo nada notable, o por defecto de capacidad o por falta de ocasión. La gloria no me atrae; no la entiendo. Yo podía seguir en Chiclana, verbigracia, donde fuí arcipreste; pero no quise. Tengo 61 años, y hace 19 que estoy en Tarifa. Todos aquellos que eran mozos cuando yo vine aquí, casados están y con hijos, que son nietos espirituales míos. Ellos constituyen mi única familia. Eso es... Cuando yo muera descansaré al lado de mi madre en este cementerio pequeñín que usted habrá visto en las afueras del pueblo, delante del mar, y nada más. Mi vida, como usted acaba de comprender, es una vida insignificante, que cabe en un renglón.

Sonríe y baja los ojos. Su ademán es sobrio y pausado; su acento emotivo, manso, delicadamente triste y dulce como el de una voz que se alejase diciéndonos adiós.

El padre Marchena se ha instalado a mi lado y de espaldas al balcón. Sobre la negrura de su vieja sotana, sus manos flacas y amarillas se han cruzado, y son tan inteligentes, tan expresivas, tan cordiales, que ni puedo dejar de mirarlas ni de pensar en todo el bien que han hecho.

Estamos en una reducida habitación, por cuya única ventana un árbol se asoma como para ver lo que sucede en el interior. El moblaje es sencillísimo: viejas butacas de yute amarillo; una larga estantería atiborrada de libros; cuadros he-

chos con cabellos; cuadros al óleo; un reloj inmóvil que parece desdeñar la frivolidad del tiempo, y en medio de la estancia un brasero apagado.

El padre Marchena me mira y a cada momento sonríe. Sus ojos pardos tienen una penetración bruja y una vencedora simpatía.

—Las breves noticias que poseo del mundo y de las personas—dice—las he adquirido en la reflexión y en la lectura. Eso es... Yo leo mucho y medito mucho en mí mismo. He aquí, a mi juicio, la fuente mejor de conocimiento, pues siendo todos los individuos iguales, aproximadamente de lo que en mí suceda deduciré lo que sucede en los demás. La soledad es una excelente maestra. ¿Dónde, si no fué en ella, adquirieron Cisneros y Mazarino su admirable ciencia de los hombres? El trato social es demasiado ligero, y en él la cortesía, el disimulo, la elegancia, constituyen otros tantos motivos de error. El sacramento de la confesión tampoco nos sirve de mucho para esclarecer las almas, pues del sabio «nosce te ipsum» que recomendaba el templo de Delfos, nadie se acuerda, y nosotros sabemos únicamente de nuestros penitentes lo que ellos, con mejor voluntad que discreción, aciertan a decirnos...

Su conversación es fluida, y su espíritu, joven y ágil, ofrece al diálogo incesantemente nuevos puntos de vista. A cada momento interpela un «Eso es... eso es...»; la muletilla favorita del hombre que vive aislado y discute mucho consigo mismo.

Hemos rozado la cuestión social, y la voz de mi interlocutor adquiere un fervor repentino.

—Yo no profeso odio a ninguna teoría religiosa o política—dice,—porque todas buscan nuestro bien. Vea usted mi biblioteca; es un mosaico:

ahí tengo obras de Saavedra Fajardo y de Anatolio France, de Lamennais y de Bakounine, de Maistre y de Tolstoi... Teóricamente, el socialismo es irrebatible; llevado a la práctica, me parece absurdo. Los curas necesitamos estudiar seriamente ese gigantesco movimiento libertario, que empezó en Alemania con Carlos Marx. Precisa que un espíritu superior realice en nuestra época una reforma semejante a la llevada por San Ignacio en el siglo XVI. La Iglesia, como espectáculo, está gastada, desacreditada; urge, pues, remozarla. Los clérigos nos resignamos a vivir tranquilamente, burguésmente; tenemos una pasividad burocrática; vamos a decir nuestra misa como un empleado iría a su oficina. Eso es vergonzoso. La Iglesia, para seguir dominando al pueblo, ha de acercarse a él, y si fuese necesario, vestirse como él, porque la indumentaria ni quita ni añade.
Debía haber curas mineros, curas campesinos, curas albañiles. El cura debe estar siempre donde haya un dolor...

La palabra llana y ardiente del padre Marchena tiene una irresistible virtud de atracción. Este hombre excepcional, complejo en medio de su sencillez, es devoto y anarquizante, lee a Kempis y a Elíseo Reclus. Su figura se asocia en mi espíritu a la de don Francisco Giner de los Ríos, el maestro todo corazón, que acaba de morir. De estar aquí, en Tarifa, don Francisco Giner de los Ríos, hubiese sido como el padre Marchena. A ser seglar, y habitar en Madrid, el padre Marchena habría fundado la Institución Libre de Enseñanza. Porque los muy buenos, sean cuales fuesen sus opiniones, en la cumbre de la eterna bondad y del inagotable amor se reunen al cabo.

También es un bibliófilo el cura de Tarifa. Entre varios incunables meritísimos que me en-

seña, recuerdo una traducción de la primera parte de «La Divina Comedia», compuesta por don Pedro Fernández Villegas, arcediano de Burgos, impresa en 1515, y dedicada a doña Juana de Aragón; las obras de San Basilio y la Suma Teología, del «doctor angélico», así como un curioso «Libro de Matrimonios», encuadernado juntamente con las Ordenanzas municipales de Tarifa, en 1627. Finalmente, el presbítero Marchena desdobla ante mí la Carta-Puebla, escrita en pergamino, firmada por Sancho IV, el Bravo, en la que éste otorgaba al pueblo de Tarifa generosos privilegios y franquicias.

La casualidad que trajo a mis manos este documento—prosigue diciendo Marchena—merece contarse. Eso es... A principios del siglo XVII, el marqués de Tarifa, molestado en sus intereses por las libertades y pragmáticas concedidas a esta ciudad, ordenó a sus mesnaderos destruir el archivo del ayuntamiento. Afortunadamente, muchos de aquellos documentos—la presente Carta-Puebla, entre otros—pudieron salvarse metidos en un arca que fué traída a esta iglesia y escondida en un hueco hecho en el muro cerca del altar mayor y del lado del Evangelio. Dicha hornacina, que luego fué cuidadosamente disimulada tras una capa de yeso, hallábase defendida por una reja fortísima de cuya cerradura hiciéronse tres llaves.

Con el tiempo estas llaves se perdieron y la memoria de lo que guardaba borróse también. Pasaron tres siglos. Hasta que mi antecesor, el presbítero don Ignacio González, tuvo el buen acuerdo de restituir a la iglesia, que manos torpes habían pintado de blanco, su primitivo color de piedra, y entonces fué cuando la piqueta de un albañil descubrió el paraje donde yacían igno-

radas y como en un nicho las libertades tarifeñas.

Aunque mi interlocutor conversa abundantemente, harto echo de ver que a cada momento se interrumpe y detiene, y no dice ni la mitad de lo que sabe y a nosotros nos gustaría oirle decir. ¿Por qué esas reservas?... Sánchez Marchena comenzó sus estudios con brillantez sobresaliente: a los veintiún años era profesor de Retórica y Perfección latina en el Seminario de Cádiz, a la vez que explicaba la asignatura de Psicología, Lógica y Etica en el colegio de San Felipe. De pronto, tres años después renunció al Magisterio para ir a encerrarse en Castellar, un pueblo de cincuenta vecinos.

El padre Marchena ha suspirado y sus párpados tiemblan cual si sobre ellos acabase de pasar un dolor. No puedo contenerme:

—Padre Marchena—exclamé astutamente,—yo le preguntaría a usted por qué así, de sopetón, rompió su carrera; pero no me atrevo, y no me atrevo porque sería demasiado escudriñar. Me expondría a que usted me repitiese las palabras de Hamlet...

El sonríe, ambagioso.

—¿No recuerda usted?—insisto.

—No.

—Me refiero a la escena en que «Guillermo» trata de sondear el ánimo del príncipe de Dinamarca, y éste, después de invitarle a tañer una flauta, le dice: «Tú me quieres tocar; presumes conocer mis registros; pretendes extraer lo más íntimo de mis secretos; quieres hacer que suene desde el más grave al más agudo de mis tonos, y ve aquí este pequeño órgano, capaz de excelentes voces y de armonía, que tú no puedes hacer

sonar. ¿Y juzgas que se me tañe a mí con más facilidad que a una flauta?...»

El cura Marchena, dulcemente, vuelve a sonreir, y como si no hubiese oído lo que acabo de decirle, habla de las dulzuras de la vida rústica. Nada regocija tanto al espíritu como una biblioteca y un jardín, y él tiene ambas cosas. En su rostro, sin embargo, persiste una melancolía, una resignación de fatalidad... y yo siento que en el fondo de su vida santa, semejante a un clavel rojo, hay un dolor.

—¿Ve usted—exclamo,—padre Marchena, cómo hice bien en acordarme de Hamlet?...

No hablamos más. La figura pálida, dulce y enlutada del sacerdote me ha acompañado hasta la puerta, que luego, silenciosa, ha vuelto a cerrarse delante de él. ¡Hombre amenísimo, hombre admirable, sabio y bueno! Yo me congratulo de haberle conocido, y al mismo tiempo deploro no haber podido conocerle mejor. El padre Marchena me ha dejado la impresión de una obra maestra leída demasiado de prisa.

Tarifa, marzo 1915.

XXXII

LA MUSICA DE GRANADA

Acreedores son, en verdad, a devoción, encomio y perpetuo recuerdo los alados patios de la Alhambra, y sus torres, doradas por el sol; el Generalife y sus alrededores; el colegio del Sacro-Monte, el Carmen de los Mártires, el barrio gitano del Albaicín, la Cartuja y otros muchos monumentos de notabilísima arquitectura y gloriosísimo historial. Mas aunque todo ello es prodigioso y merezca contemplarse de rodillas, nada rivalizará con lo que allí madre Naturaleza por sí misma, hizo y compuso. A muy lozanos extremos alcanzó la inspiración árabe, pero el paisaje la venció siempre, y esta generosa competencia, este duelo de belleza entre el hombre y la tierra, dió por resultado una de las sinfonías de línea y de color más definitivas, más arquetipas, que ojos humanos admiraron.

La denominada justamente «alma de Andalucía», huyó de los puertos de mar—siempre cosmopo-

litas—de aquella región, para refugiarse en Córdoba, en Sevilla y en Granada.

Cada una de estas tres ciudades ofrece rasgos personales inconfundibles: Córdoba parece llevar un pliegue de amenaza en la frente; Córdoba es el drama. Sevilla es la juventud, es la alegría; Sevilla tiene el alborozo de una «caña» de manzanilla lanzada al aire. Granada es el ensueño, la indecisión dichosa del alma que todavía no ha reído ni ha llorado; la poesía del cielo donde, una madrugada de Mayo, ha roto a cantar una alondra.

Todo coadyuvó a exornar soberanamente ese rincón feérico que lloró Boabdil: la estructura y forma del terreno, el contraste entre la vega, donde las palmeras abren sus ramas sutibundas, y las nevadas cumbres de la Sierra, donde se cría el liquen; los recuerdos históricos, y luego, los tonos del paisaje y la música del paisaje. Cada recodo tiene su color, su temperatura, su aroma, su ritmo, su armonía. Porque es indudable que en Granada, debido sin duda a la disposición de las montañas, hay una luz especial, blanda y suave, que nunca lastima la retina y mueve el ánimo a las dulzuras de la evocación; y también una musicalidad sui géneris, unas condiciones ecóicas de infinita blandura. En todas las ciudades, las campanas molestan, por altas que se hallen; en Granada, no; en sus ámbitos nadie sabría explicar cómo la voz ingrata y tableteante de los bronces se afemina, se edulcora y vuela sobre la vega, convertida en rezo, susurro y caricia.

El verbo de Granada, su canción, su música. es la del agua corriente: por eso es alegremente melancólica; de ahí que floten sobre sus florecidos jardines hilos de perpetua nostalgia, porque las aguas vagabundas son la imagen de la vida,

y de ellas, cual de ésta, lo mismo podemos decir «que llegan», como «que se van». ¿Quién conjugó el verbo «ser» mejor que los ríos?... Las aguas que bajan de la Sierra y musitean en el silencio del patio de los Cipreses, allá en las edénicas alturas del Generalife, descienden a la Alhambra y luego a la ciudad, dividiéndose y subdividiéndose en incontables regatos. Dos ríos cantarines y de violentísimo filar, dos ríos de cauce angosto y nervioso, el Darro y el Genil, atraviesan la población, lamiendo los cimientos del monte donde el fuerte Alcázar se asegura, deslizándose bajo la gracia de los puentes moriscos, escondiéndose de pronto en la tierra para reaparecer en seguida y ocultarse después. En los jardines centenarios del palacio, a lo largo de las calles pendientes como escaleras, en verano, en invierno, de noche, de día, el agua perpetuamente canta.

Su murmurio inexhausto, al principio sorprende, y sucesivamente, entristece, angustia, adormece y concluye trocándose en exquisita laxitud.

¡Oh, de noche, especialmente, a la luz bruja de la luna, en la paz de los callejones retorcidos, desiertos y obscuros!...

¿Quién reduciría a palabras el eternal adiós de las aguas que ruedan hacia el valle?

—Nos vamos—parecen decirnos.

Y a su alerta inconsciente, una voz de elegía responde en nuestro corazón!

—Nosotros nos vamos también...

Es un frío interior, es una humedad que nos sube a los ojos, es un deseo vago de suspirar y de abrazar a la mujer que amamos, pensando en que un día será vieja y estaremos separados de ella, o por la muerte o por el olvido...

Sierra Nevada llora; nada extingue su pena; hilo a hilo llora bajo la ventisca, llora bajo el sol,

y sus lágrimas pusieron música al mago poema del suelo.

El paisaje granadino, con su planicie de un lado y de otro sus montes abruptos, es la ampliación majestuosa de nuestra propia historia.

Las rocas, dispuestas en estratos, los tejuelos parecen de los libros de la gloriosa biblioteca cósmica. La montaña, llena de arbitrarios perfiles, de resaltos imprevistos, de estridencias, caprichos, rebeldías, errores y arrepentimientos, es la juventud; la llanura, mansa, fatigada y ecuánime, representa la vejez. La montaña es la pasión; hay en ella como una sed de infinito y de imperio; la montaña quiere exhibirse, subir, dominar; quiere ver; la montaña crece; la montaña llora... y su llanto, a semejanza del llanto de Biblis, al derivar por sus laderas, que son su mejillas, se convierte en fontana.

Empieza el símbolo:

El agua del torrente, en sus orígenes, ofrecía visos rotundos, y según los momentos, era verde, era azul, era amarilla, al beso del sol; ¡era joven, en fin!... Luego, al despeñarse, cambiaba bruscamente su color y tornábase vieja, cual si encaneciese bajo sus espumas, y en seguida se amansaba y era dulce, buena, ecléctica, como la vejez. ¡Qué fuerte elocuencia la de esas cascadas, la de esos rudos pedrejones, que de modo insólito parecen adelantarse a detener la fuga embravecida del raudal. Como el hombre mozo se revuelve contra las dificultades que oprimen su deseo, así el torrente, al chocar contra las rocas, se enfurece, se encrespa, se rompe, estalla en gemidos, y luego, no bien vence el obstáculo, se tranquiliza; se asilencia; diríase que su amor acaba de recibir un gran desengaño y que está triste, cual si una hembra—la pendiente—le hubiese engañado.

Después, en cataratas sucesivas, el agua volverá a derrumbarse, a espumear, a sollozar; pero menos, menos... menos siempre... hasta dar en el llano; gradualmente, al igual que los impulsos del corazón, el fragor de su caída será más templado, su quebranto más furtivo, y a la vez su caudal, como el caudal de la conciencia, irá alcanzando profundidad mayor.

Llora, Granada, porque el lagrimear de tus acequias es tu canción; llora, ciudad maga, hecha, más que para la pasión, para sentir el desgarramiento arcano de las despedidas; llora, porque, como el dolor de los artistas, tu dolor es poesía.

XXXIII

"CHORRO E JUMO"

Una tarjeta que nos ha facilitado don José Daneo, apoderado general de los marqueses de Campotejar, nos permitirá el acceso al Generalife, el divino retiro donde el abencerraje Albin-Hamete, supuesto amante de la Sultana, comenzó el idilio porque fué degollado. Media la tarde; el tiempo es nuboso, a cada momento llovizna y nuestros pies resbalan o se hunden en el barro. De los árboles, mondos y negros sobre el cielo gris cae una gran tristeza. Avanzamos cuesta arriba.

Bruscamente, en la bifurcación de dos caminos y cual salida de la tierra, destácase una figura extravagante, que nos mira y sonríe. Un boscaje de arrayanes, de laureles y de cipreses, los tres árboles predilectos de la jardinería árabe, le sirve de fondo. Es un mozo como de treinta años, ni alto ni bajo, y bien aderezado de miembros. Su rostro, desbigotado y largo, tiene la biliosa amarillez de los plátanos maduros. Viste el traje antiguo, el traje clásico de los gitanos andaluces:

chaquetilla corta, camisa blanca de rizada pechera, faja de color, pantalón muy prieto a los muslos y abierto a la altura de las rodillas, botas jerezanas con adornos y colgajos de cuero, y sobre el pañuelo rojo que le abriga la cabeza, un sombrero catite. Al divisarnos aquel individuo, se ha plantado en medio del sendero, como cortándonos el paso, y apoyándose en un vergajo, que esgrime a modo de lanza, adopta un gesto teatral.

Todos, en las ediciones ilustradas de las historias de «Diego Corrientes», de «José María, el Tempranillo» y de «Jaime, el Barbudo», hemos visto tipos así. La aparición, dado el ambiente de ranciedad que nos circunda, está bien compuesta y no se halla exenta de gracia: por un momento nos sentimos transportados a la España de Alejandro Dumas; hemos olvidado la existencia del ferrocarril, del automóvil, del cinematógrafo y de la telegrafía sin hilos; hemos sido llevados sesenta años atrás; nos parece que acabamos de apearnos de una diligencia.

—Es «Chorro e Jumo»—nos dice un amigo para tranquilizarnos.

—¿Y quién es «Chorro e Jumo»?...—repetimos.

—Un gitano que, para llamar la atención de los extranjeros, se disfraza así.

El verbo «disfrazar» cae sobre nuestra fantasía como una losa. ¡Luego se trata de una máscara, de un pobre ente adobado para sorpresa y regocijo de turistas, de un bandolero de tramoya!... ¡Qué lástima!...

Cuando ya estamos cerca de «Chorro e Jumo», éste tira a sus pies la manta de borlas, que hasta allí estuvo suspendida de un brazo, y adopta otra actitud enfática y desafiadora.

—Y ahora, ¿estoy bien?

Le contemplo con curiosidad y pena: su perfil recuerda los dibujos de esas panderetas «de exportación», adornadas de madroños bermejos y amarillos, que tanto gustan a las inglesas. Viéndole, me parece que estoy en una confitería malagueña y que acabo de abrir una caja de pasas. «Chorro e Jumo», que poco a poco ha ido acercándose a nosotros, nos saluda llevándose una mano al sombrero; escupe, deja la manta y la vara sobre un poyete y se esfuerza en convencernos de que le compremos tres retratos: uno, el suyo; el otro, el de su padre, quien, según lenguas, sirvió muchas veces de modelo a Fortuny y a otros pintores y fué uno de los mejores mozos de su tiempo. El tercer retrato representa una moza lindísima.

—¿Quién es?—pregunto.

—La «Princesa de los gitanos» — responde el «cañí».

—Pero, ¿qué es de usted?

—Mi hermana. Yo soy «el Príncipe». Mi padre era «el Rey».

¿A qué negarlo? El parentesco y la honradez de relaciones entre estas tres personas también desilusiona un poquito. Hay una disonancia evidente entre la indumentaria bravía de «Chorro e Jumo» y la normalidad y aburguesamiento de sus costumbres. Nosotros, turistas al cabo, pecadores y noveleros, hubiésemos querido que «la Princesa» fuese la amante, o cuando menos la esposa, del «Príncipe», y que éste la hubiese logrado por su majeza, desgaire y valentía. Pero los gitanos y gitanillas de que escribe Cervantes, o nunca fueron, o pasaron de moda, y así, habremos de resignarnos con estos otros de embeleco y farándula.

Para el público, nuestro interlocutor es «Chorro

e Jumo», y sus actitudes sopladas, sus patillas de «boca de hacha» y su palidez, quizá hagan latir un instante el corazón de las extranjeras; pero, en la intimidad, el «Príncipe» muestra el burdo algodón de su realeza y se llama Mariano, como cualquier gallego ayuda de cámara.

Por oirle hablar, le hemos llevado a un merendero próximo. Estamos al aire libre, y hace frío. Pedimos coñac.

—¿Y usted, qué va a beber?

«Chorro e Jumo» vacila, se mira las uñas, se pasa las manos por las caderas, y al fin se resuelve a pedir un refresco de zarzaparrilla. Una novicia no se hubiese atrevido a menos. ¡Qué decepción!... En realidad, la historia de este hombre es plácida y simple como una tisana. Mariano pertenece a la familia de bailarinas y cantadores que capitanea el popular Pepe Amaya, cuya cueva se halla a la entrada del camino del Sacro-Monte. Pero «Chorro e Jumo» no canta, ni danza, ni toca la guitarra. ¡A qué estropearse la garganta, ni cansarse el pulmón, ni romperse los dedos, habiendo modos más fáciles de ganarse la vida!...

Con este pensamiento, Mariano, apenas murió su padre, que también se apodaba «Chorro e Jumo», heredó su remoquete, se puso su traje, se echó al hombro la manta de borlas, requirió la vara—un trabuco hubiese sido de un verismo excesivo—y salió al camino a repetir, ante los forasteros, los bizarros ademanes que aprendiera del autor de sus días.

El «Príncipe» habla desvaidamente; sus ojos negros no brillan; su lengua está entumecida, cual su pensamiento. El «Príncipe», bajo su traje de tramoya, es un majadero; carece de interés...

Un landó se acerca; como la pendiente es dura,

los caballos avanzan al paso; ocupan el vehículo una señora y un caballero de aspecto exótico. Al verles, inmediatamente «Chorro e Jumo» recoge sus retratos y se pone de pie. Nosotros le damos veinte céntimos, que él demuestra agradecer mucho, y se marcha decorativo y feliz. ¡Veinte céntimos!... ¡El pobre!...

Erguido en el comedio del paseo, el gitano ofrece a los recién llegados una «pose»; luego, otra. En seguida, el sombrero en la mano, se acerca al coche y mete la cabeza por una de las portezuelas.

Largo rato camina así, junto al estribo, sobre el suelo fangoso. El desdichado, sin duda, ofrece los retratos de su padre «el Rey», y de su hermana «la Princesa»; después, comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos, solicitará una peseta, dos reales, un real... diez céntimos... algo...

El coche rueda lentamente, y, al fin, desaparece tras un grupo de árboles, y con él, «Chorro e Jumo»...

Hay algo desolador en la silueta pintoresca de ese hombre que se disfraza de bandolero para pedir limosna; «Chorro e Jumo» es la caricatura de la España vieja, el símbolo grotesco de la única España que los extranjeros quieren ver y que, por fortuna, se fué ya.

XXXIV

DE CADIZ A LARACHE

A las nueve de la noche el vapor «Delfín», de la Compañía Trasmediterránea, se despega del dique con un agrio roncar de cadenas; el trajín submarino de la hélice hace temblar los mástiles, y de la chimenea se desprende una larga columna de humo, semejante a un airón. Desde el lienzo obscuro del muelle, escasamente alumbrado, algunos pañuelos blancos saludan al convoy. La despedida es triste, silenciosa; los que se quedan, como los que se van, reprimen su pena; aquella despedida sin efusiones, tiene toda la rigidez glacial de un deber.

El barco va abarrotado de mercancías y de caballos, y el pasaje, casi exclusivamente militar, lo componen un centenar de soldados bisoños y numerosos graduados, que, después de dos o tres meses de licencia, regresan a Africa; la tierra hostil donde esperan a los bravos las cruces de la Gloria y la Muerte. Las luces verdes, rojas y blancas, distribuídas a lo largo de la ancha

herradura de la bahía, hunden sus reflejos en la limpidez del agua dormida, y los faros guiñadores y distantes, al proyectar su chorro luminoso paralelamente a la línea del horizonte, parecen cometas. Aquí y allá, en la claridad indecisa de la noche estrellada, los veleros anclados levantan sus mástiles, a los que las vergas dan expresión mística, y una emoción de advertencia y consejo tiembla en los baupreses que nos apuntan. Gradualmente el «Delfín» acelera su marcha; de pronto, al enfrentarse con el mar libre, tremante, negro como el Enigma, una fuerte ráfaga de aire pasa sobre el buque, y una ola poderosa lo cunea de popa a proa; así estremecido, parece temblar, el «Delfín» tiene miedo...

Dejamos la cubierta y por una escalerilla bajamos a la cámara «de primera». Un olor nauseabundo a retretes sin agua, una atmósfera densa, recargada de miasmas, que conserva el aliento pestilente de cuantos millares de personas se marearon allí, oprime nuestra garganta, y una sensación de asco nos sube a los labios. Aquellos corredores mal alumbrados y sucios huelen a vómito.

Llegamos a nuestro camarote, cuya puerta no cierra bien. Tratamos de lavarnos las manos, y advertimos que el grifo del agua no funciona; además, y como para quitarle al viajero de una vez toda esperanza de aseo, la palangana está hecha añicos y un aliento de letrina se desprende de aquel recipiente inútil.

No hay sábanas en las literas. Queremos llamar al camarero oprimiendo un timbre, y nadie acude; el timbre está tan roto como la palangana. Salimos al pasillo y damos varias palmadas; nadie acude. Volvemos a palmotear una vez y muchas; nada... y nuestro palmoteo llega a sonar tan

seguido que adquiere proporciones de ovación. «Ningún sereno madrileño—pensamos con ese humorismo que desliza en todas nuestras molestias la costumbre de vivir—se hace aplaudir tanto»...

Por fin acude un camarero, del que solicitamos un par de sábanas.

—La Compañía no da sábanas—dice;—como el viaje sólo dura una noche...

—¡Canario!... ¿Y tampoco la Compañía facilita agua a los viajeros para lavarse?

El camarero sonríe:

—No, señor; ¡ya ve usted!... «Total», para una noche...

Saluda y se va; y yo me quedo maravillado, cual si acabase de descubrir una obra maestra. Mi primera lectura del «Hamlet» no me impresionó más; porque aquel camarote del «Delfín», dentro de lo antihigiénico y de lo incómodo, es también una «obra maestra». ¿Pero qué idea tendrá la Dirección de la Trasmediterránea de lo que en la vida de un civilizado representan las sábanas y el agua limpia?...

Amanece apenas cuando fondeamos frente a Larache y como a dos millas de la costa. El sol, pirotécnico prodigioso, resurge del mar encalmado y azul, y rapidísimamente el cielo va cubriéndose de barnices brillantes. Son los instantes inefables en que el espacio no tiene aún matiz definido, el momento en que las siete franjas del espectro parecen bailar un frenético aquelarre de colores; los crepúsculos señalan las horas sabáticas, de la luz; y bajo el espacio límpido, transparente y pilícromo, la tierra, vestida de tonos más graves, comienza a insinuarse. En primer término la ciudad, edificada sobre un montículo y a la que varios lienzos almenados de antiguas murallas dan una expresión bélica; a la derecha,

el promontorio obscuro de Nador, con su alto faro pintado de blanco; y a la izquierda, los arenales de Rasremel, grises y humildes, sobre los cuales las olas, por embravecidas que estén, desfallecen sin ruido. Un pequeño faro situado en la extremidad de un malecón, medio roto por las cóleras oceánicas, señala la desembocadura del río Lucus y el lugar aciago de la barra.

Sobre cubierta saludamos al capitán del «Delfín», don Antonio García Fenollosa, que ha pasado el Estrecho más de mil veces, y al que todos llaman familiarmente «el cochero de Larache». Es un valenciano alto y gordo, bruscote y bonachón, en cuyo semblante plácido, redondo y saludable, triunfa la alegría sensual de una formidable dentadura. Don Antonio, que ha llevado a Africa millares de vidas y centenares de millones de pesetas, y que fué testigo ocular de muchos dolores, trata a los soldados paternalmente, bromea con ellos y les reparte tabaco; y hay en este gesto generoso como una piedad hacia toda aquella juventud que tanta falta hace en los campos de España, y que acaso no vuelva.

—¿Qué hacemos aquí, capitán?—le pregunto; —¿por qué no atracamos?

—¿Dónde quiere usted atracar—responde—si no hay muelle?

Esta es la primera impresión, verdaderamente desoladora, que el viajero recibe: Larache, a pesar de ser «el mejor puerto de Africa», según adivinó la superior perspicacia de Felipe II, no tiene muelle todavía.

Son las nueve de la mañana, y el viento frío y el sol molestan por igual. ¿Por qué no vienen los remolcadores que han de llevarnos a tierra?... El pasaje, aunque español—ya sabemos que en nuestra raza la resignación es tradicional,—co-

mienza a impacientarse. Se amañan conjeturas. Varios moros que se han aproximado al buque en pequeñas embarcaciones gobernadas a remo nos traen noticias contradictorias: unos dicen que los remolcadores no pueden salir porque en el Lucus hay poca agua; otros aseguran que los remolcadores no han podido encender aún sus calderas...

El general desasosiego aumenta, y el mismo capitán no puede disimular su disgusto. Hace más de cuatro horas que esperamos; a ningún pasaje se le debe recibir así, y menos a un pasaje militar, formado por gentes que salieron de su patria a cumplir un deber.

Ante la ciudad silenciosa y como desierta, que parece no haber advertido nuestra llegada, y en la profunda paz azul de la bahía, la sirena del «Delfín» brama interminablemente, colérica, ensordecedora.

Dan las diez... las diez y media...

Don Antonio García se pasea por el puente, y su cólera es la de un tigre cogido en una trampa.

—Si no vienen—repite—esta tarde levo anclas y regreso a Cádiz con la carga que traje. ¡No sería la primera vez!...

«No sería la primera vez»—ha dicho. Apreciemos bien la elocuencia de estas palabras.

A las once... ¡por fin!... apareció el primer remolcador; y como el «Delfín», si tiene escalerilla de desembarque no la usa, el traslado de pasajeros del buque al remolcador se realiza casi en brazos de la marinería.

. . . .

Y allá va la verdad, la amarguísima pero saludable verdad, que el cronista, narrador fiel de lo que vieron sus ojos, se sabe obligado a decir:

Así no se coloniza; así «no se hace Patria». La labor de las bayonetas es disculpable a condición de que con ellas vaya el progreso; y el progreso es alegría, comodidad en las relaciones, facilidades para vivir, higiene...

Nada de esto vimos hasta ahora. Larache merece un muelle, y los militares que van a pelear allí por el buen nombre de España merecen otro barco. Ese transporte infecto que hoy padecemos, y ese muelle por hacer, son el «prólogo» de nuestra acción en Marruecos, y si el «prólogo» es tan malo, ¿no tendremos derecho a dudar de la bondad de la obra?...

XXXV

LARACHE

La antigua ciudad muslímica El-Araix—nombre fragante que significa «emparrado de flores»,—que a fines de 1610, reinando Felipe III, pasó a poder de España y fué llamada San Antonio de Larache, es en la actualidad un pobre pueblo casi muerto; una especie de mosaico interesante y triste, mitad marroquí, mitad cristiano, en el cual —según los doctos en prehistoria y epigrafía— todas las viejas civilizaciones, desde la fenicia a la árabe, dejaron un rastro, y con ese rastro un dolor de silencio.

Ya dijimos que Larache carece de muelle, y así el alijo de pasajeros y equipajes se realiza acostándose el remolcador que nos transporta a las barcazas que ofician de malecón provisional, y sobre los cuales algunos tablones, harto movedizos, sirven de puente o tránsito. Desde la playa arenosa tendida al pie del promontorio, donde la población se sienta y sobre la cual campea, alegre y bélica a la vez, como el canto de un gallo, la

esbelta torre de la Comandancia general, un camino empinado y revuelto nos lleva a la parte moderna de la ciudad, formada extramuros, de los barrios moro y judío por la plaza de España, a medio hacer aún, y por varias calles todavía sin urbanizar. Nuestro coche—un carricoche contemporáneo de las calesas que conoció Godoy—rebrinca sobre la tierra que agrietaron la lluvia y el sol; molesta el polvo. Pasan mujeres y hombres descalzos y envueltos en chilabas horriblemente sucias. Un ambiente de melancolía y de abulia oprime el ánimo.

«Aquí—pensamos—las escasas iniciativas de la nación protectora fracasan—acaso por imperativos de raza—en la pasividad fatalista de la nación protegida...»

Nuestro primer cuidado es buscar hospedaje. Guiados por la servicial amistad del empresario de teatros don Emilio Pescador, visitamos varios hoteles, pero sin éxito, pues todas las habitaciones están ocupadas. Transcurre la mañana y almorzamos en el Casino Español, obra meritísima del general Fernández Silvestre. El señor Pescador nos dice que la gran cortesía del teniente coronel Sr. D. Carlos Castro Girona nos brinda un asilo en la Comandancia; pero nosotros no queremos aceptar tan generoso ofrecimiento, temerosos de causar molestias, y reanudamos nuestras pesquisas. Al cabo hallamos alojamiento en un viejo mesón situado en las inmediaciones del Zoco-Chico; la habitación es obscura, húmeda, fétida; no tiene luz eléctrica; merece ponerse a la altura del camarote del «Delfín»; pero como no hay otra...

Lo reducido del escenario en que la atención estudiosa del forastero se ejercita, permite conocer rápidamente la situación aflictiva de esta ciu-

dad minúscula, llamada con justicia «la Cenicienta» del Mogreb, en la que no hay industrias, ni actividad comercial de ningún género, ni carreteras, ni agricultura, ni árboles, y en donde, por lo mismo, las casas y la alimentación son tan caras como en cualquier urbe europea de primer orden.

—España—nos dicen—suele enviarnos frutas, especialmente plátanos de Canarias; pero como la barra «se cierra» frecuentemente y cerrada permanece días y días, el desembarque se hace imposible y las frutas se pudren. Antes, como nadie competía con nosotros, esta Aduana llegó a producir cuarenta y cincuenta mil francos diarios de ingreso, pero ahora está muerta, o casi muerta; los barcos pasan de largo, y su riqueza se las llevan Casablanca y Rabat.

Seguimos inquiriendo:

—¿Por qué no se edifican casas?...

Nuestros informantes, personas todas inteligentes, sonríen amargamente:

—Porque no hay elementos: faltan materiales, y como los medios de transporte son tan deficientes y costosos... Aquí, un cuarto modestísimo de cuatro o cinco habitaciones, renta doscientas y trescientas pesetas mensuales. ¡Pobres militares!... ¿De qué les aprovecha venir a Marruecos con doble sueldo, si no pueden traer a sus familias por falta de viviendas, y así, habiendo ellos de residir aquí y de sostener su hogar en España, sus gastos y obligaciones se duplican también?...

Cuantas impresiones el viajero recoge son igualmente pesimistas. Aislada casi totalmente de las otras pequeñas ciudades comprendidas en la zona de nuestro protectorado por la ausencia de buenos caminos, y separada de España por la falta de

un muelle, Larache arrastra un vivir precario, absurdo, insostenible.

La ruina de Larache es ese banco de arena que levantan las aguas del Lucus en su desembocadura, y sobre el cual las olas se curvan espumeantes, y desde el extremo del Espigón a la costa tienden, al transponerlo, una especie de barra o de siniestro cilindro giratorio, que vuelca las barcas y las destriza contra las rocas.

Lo primero que nuestros distraídos Poderes públicos debían hacer era destruir esa barra. ¿Cómo? Eso el cronista lo ignora, pero los ingenieros no. Lo único que el cronista sabe y afirma es que la actuación de España en estas tierras marroquíes—de prolongarse—no puede quedar detenida ante un banco de arena: sería grotesco.

Después de destruir la barra, urge hacer un muelle.

Y en seguida, sin perder momento, levantar casas. Porque el sentido común lo dice: ¿cómo medrará una ciudad en la que faltan, por lo menos, un millar de casas? ¿Vivirán sus vecinos al raso? ¿Qué nuevo modo de colonizar es éste?...

Y luego de resolver el problema de las viviendas, hacer caminos. Los capitales vendrán más tarde, ellos solos, sin necesidad de que nadie se moleste en llamarles.

Esto es lo que aconsejan la lógica y el buen sentido. Desgraciadamente, ni la lógica ni el buen sentido de nuestros gobernantes han pasado el Estrecho.

XXXVI

LAS CIUDADES MUDAS

Los balcones no sirven únicamente para respirar; aprovechan asimismo para oir, para ver, y traernos todos los latidos del mundo exterior. Lo que los cinco sentidos son respecto al espíritu, significan con relación a las casas, los balcones. «Sentidos»—balcones del alma;—y «balcones»—tímpanos o retinas de nuestros hogares,—todos se parecen, porque la similitud de sus funciones les acerca. Un balcón abierto es una nariz que pide aire; también un oído en acecho, un ojo que espía, unos labios que llaman, que dicen... Examínese el equilibrio subconsciente, la armonía tácita constante, entre los diversos estados de nuestro espíritu y la disposición de las ventanas de nuestro cuarto. Estamos tristes o preocupados, necesitamos reflexionar, aislarnos, y maquinalmente cerramos nuestro balcón. El mismo deseo de soledad, de obscuridad y de silencio se advierte en los enfermos. Lo contrario haremos en los momentos alegres de nuestro corazón, que

siempre el optimismo, el ruido y la luz fraternizaron bien.

¿Por qué a la hora del crepúsculo gustamos de salir al balcón? Porque esa es la hora taciturna del día. Nuestro cuarto va llenándose lentamente de sombras, y una ansia instintiva de claridad nos saca de él; la sombra es la alcatifa, por la cual se acercan a nosotros los pies sigilosos de los Recuerdos y del Fastidio. Ved en toda persona—particularmente si es mujer—que, desde su balcón, ve desfallecer la tarde, un ademán de hastío; es el gesto automático de quien se aburre entre cuatro paredes, que, de pronto, por obra de la obscuridad incipiente, le parecieron demasiado estrechas, y busca en la lejanía la respuesta vaga a las preguntas, vagas también, de su corazón. Por eso dije antes que los balcones miran, hablan, ruegan; y de ahí su elocuencia «humana», la «expresión de rostro», que dan a nuestras casas. Toda el alma comunicativa y vibrante de Europa está en ellos.

Al revés de lo que en las antiquísimas ciudades marroquíes acontece. Allí las calles estrechas, nudosas, entortijadas como sarmientos, y techadas muchas de ellas en toda su longitud, más que verdaderas rúas corredores parecen de un gigantesco y vetusto palacio. Examinando lo arbitrario de su disposición; apreciándolas tan mezquinas, tan angostas, torturadas cual alambres que un incendio hubiese retorcido, y serpenteando bajo la lobreguez claustral de los millares de arcos tendidos de una pared a otra, la población no parece un arracimamiento de casas, sino el resultado de un edificio primitivo que paulatinamente, en el transcurso de varias centurias, hubiese ido agrandándose con innumerables pasillos y viviendas; de tal modo éstas se aprietan

desordenadamente unas contra otras, y de tan inextricable manera sus paredes y tejados se mezclan. Imposible determinar en la igualdad triste de esos muros revocados de azul o de blanco, los límites que separan entre sí las casas.

Coopera a reafirmar esta incertidumbre la desesperante uniformidad absoluta de las fachadas. En ellas no hay balcones jamás, ni siquiera ventanas; de cuando en cuando, y siempre a considerable altura, algún tragaluz enrejado, pero abierto tan caprichosamente, que no es posible adivinar a qué piso corresponde; la simetría no existe. Las puertas, abiertas en cualquier parte, son miserables y tan bajitas, que para franquear la mayoría de ellas un hombre alto necesita agacharse. ¿Qué esconden esos frontis mezquinos, llenos de silencio? ¿Un palacio? ¿Una vivienda pobre?... El viajero no lo sabe, porque la vista más perspicaz no hallará ningún indicio que le ayude a violar el hermetismo fanático de los muros. El alma impenetrable de los moros se retrata en sus casas; aquéllos callan y éstas también. Cerrados los labios, cerradas las puertas. Esquivas, mudas, sumidas en el abismo del eterno silencio, las ciudades árabes repiten el misterio egipcio de la Esfinge.

Con la llegada de la noche, el poder alucinante de este enigma aumenta, y es tal su virtud, que la luz eléctrica, impuesta allí por Europa, no basta a destruirlo. Las casas calladas parecen panteones, y párpados muertos los avaros ventanucos obscuros. Todos los rincones de estas ciudades tienen una energía de aguafuerte, y una arbitrariedad de perfiles pasmosa. Caminamos, verbigracia, por una calleja perdida en espesísimas tinieblas; no sabemos dónde asentamos el pie, apenas si distinguimos borrosamente al amigo que marcha a nues-

tro lado; más de una vez extendimos un brazo para no chocar contra el muro, que íbamos bordeando, y repentinamente cambió de rumbo... Y, de súbito también, la sorpresa de un gran arco blanco bañado en claridad lunar y tendido sobre el callejón, que inmediatamente vuelve a hundirse en la sombra.

Pasa un moro con aquel andar pausado y largo que les caracteriza; sus pies desnudos o calzados con babuchas no levantan rumor, y luego, al deslizarse bajo una arcada, su figura, entre los pliegues de la chilaba flotante, se magnifica y es como una estatua que de pronto se hubiese puesto a caminar. Pasa una mujer, tan rebozada, que apenas descubre los ojos, cual si la obscuridad, por sí sola, no bastase a su disfraz: su amplia vestimenta, sus manos que se adivinan cruzadas, su pisar temeroso, la dan apariencias monjiles; y después la vemos detenerse frente a una puertecilla y desaparecer, tal que un alma que entrase en una cripta...

En estos barrios marroquíes, recogidos como conventos, el moro vive vida interior y contemplativa, al extremo de que si sus casas tuviesen balcones no se acercaría jamás a ellos. Su alma taciturna no se interesa por nada, ni necesita, de consiguiente, saber lo que fuera de ella sucede. Para los siervos del Islam una calle no es más que un camino, el medio de trasladarse de un lugar a otro; nunca un elemento de entretenimiento o diversión. El moro lo esconde todo; su alma, en el silencio; su cuerpo, en la vaguedad de sus trajes; su hogar, tras una fachada, sin expresión. Y es precisamente a ese hogar, continuación de su espíritu, al que dedica sus mayores cuidados.

Por eso no juzgaremos de una casa por su as-

pecto. Muchas veces, tras una puertecilla ferrada y sórdida, conocimos una mansión fastuosa—como la de nuestro amigo Abd El Salam Ben El Arbi Bennuna—con patios solados de mármol blanco y rodeados de columnas, y techos artesonados, y alfombras mullidas, y pebeteros donde se consumían perfumes costosos... Lo que nos movió a creer, que como las casas pueden ser sus moradores: vulgares y herméticos por fuera, pero en la intimidad de su corazón grandes señores, nobles y hospitalarios.

Estas poblaciones mudas, sin ruidos, sin luces, sin agitación callejera, son como las palmeras o los cipreses, que no tienen más que una forma, un gesto, y su gesto es un grito, un canto; el «canto del muezín», que resuena día y noche periódicamente, y es el verbo de la ciudad y la fragancia mismo de su alma.

¿Cómo olvidar esta emoción divina, superior a las más intensas que nos han dado la Vida y el Arte?...

Es de noche, y en el hechizo del firmamento estrellado, los delgados minaretes de las mezquitas se yerguen sutiles llenos de espiritualidad, como si la arquitectura Koránica hubiese querido hacer de cada uno de ellos una oración. El plantado junto al Zoco Grande, de Tánger, se halla revestido de azulejos argentinos y dorados, cabrillea todo él al beso de plata de la luna y parece temblar, parece vivir.

Abajo, la ciudad, inmergida en el hollín de sus tinieblas, duerme y en la maraña laberíntica de sus callejones, y bajo sus arcadas, lóbregas como túneles, las arañas del silencio hilan sus redes.

La madrugada adelanta. Van a sonar las tres...

De repente vibran, casi simultáneamente, las

voces con que los almuédanos, desde el fastigio de los minaretes, llaman a sus fieles a la oración. Unas son graves, otras más agudas, y todas poderosas, musicales, imperativas, de una intraducible magnitud doliente.

En nuestros oídos, que no comprenden el árabe, estas palabras, dichas lentamente, resuenan así:

—«Sidna Mohamed raisul Allah, aya el fellah, aya el sellah. Allah oauk. La illah in Allah...»

Cuya traducción aproximada es:

—«Dios es el más grande; no hay más Dios que Dios y nuestro señor Mahoma. Venid, labradores; venid los que rezan...»

Durante unos momentos el canto maravilloso—esperanza y sollozo, a la vez— del muecín ha despedazado el silencio, y los ecos de las plazoletas y de los pasadizos desiertos gimieron, y las arañas del reposo interrumpieron su hilar, y algunas puertecillas se abrieron y unas sombras blancas caminaron sin ruido hacia la mezquita cercana... Es algo calofriante: es el corazón de la ciudad, que ha latido; son sus labios los que un instante se dignaron moverse para interrogar a la Fatalidad; es la voz augusta de toda una Raza la que acaba de hacerse fe y suspiro en la garganta del muecín invisible que saluda a la aurora.

Luego, nada; la paz otra vez... Y sobre el caserío blanco, en la inmensidad del cielo límpido, la luna en cuarto creciente, parece una gumía.

XXXVII

LAS ALMAS INMOVILES

Mientras el mundo exista los cielos serán azules, y el sol repetirá anualmente el milagro florido de mayo, y el invierno cubrirá de nieve las altas montañas, y los ríos, inexorablemente, irán al mar. Y a esta predestinación de la materia responde la fe—al par consoladora y enervante—en «lo escrito», que, semejante a un aroma soñoliento, vahean las páginas koránicas. El árabe razona:

—Es inútil apetecer, buscar, agitarse, lo primero que ha de suceder llegará, aunque yo me oponga; y, en cambio, lo que no ha de ser no será nunca...

Después de cumplir, al galope de sus caballos desbridados, una misión histórica, fulminante y abrasadora como un rayo, los siervos del Islam se han cruzado de brazos. Lo que fué en ellos ansia de conquistas y rabiosa sed de horizontes, hoy es silencio y calma. Ya nada quieren; acabaron: hecha pedazos, su voluntad se ahogó en

las lágrimas que, al despedirse de Granada, derramó Boabdil.

«Si quieres vengarte de tu enemigo, siéntate a su puerta»—dice el viejo Oriente.

Y los mahometanos, fieles a esta voz cansada, no apetecen ni odian, sino que esperan... esperan... interminablemente, a que la Vida pase ante sus ojos; lo hacen sin melancolía, sin impaciencias, sumidos en una ecuanimidad honda y dulce, plena de quietud física y de silencio. Nadie sabe callar como ellos; es una virtud de raza, una perfección que, de siglo en siglo, la herencia ha ido depurando. Dicen su recogimiento sus semblantes impasibles y graves, las fachadas sin balcones de sus casas, sus cementerios sin epitafios. Para esos hombres que parecen haber hecho del Desdén un rito, la vida no es menos hermética que la muerte.

El moro es de elevada estatura, cenceño, huesudo, sobrio y bravo. La costumbre de ir descalzo le dotó de pies poderosos. Son estatuarios, de actitudes sacerdotales y decorativas y ademanes amplios. Un moro nunca es «cursi»; le salva de este horrible peligro su amor al reposo. Todo en ellos es grande y recio: la cabeza, el frontal, la mandíbula, las arrugas del rostro; tienen la tez obscura, las mejillas enjutas, los labios finos; y su manera de andar, a pasos fatigados y largos, su barba puntiaguda y la curvatura melancólica de su nariz, les da un perfil camellón que evoca la leyenda de aquel príncipe Abdallah, cuya juventud una adivinadora tasó en cien camellos.

Al comercio, completamente rudimentario, de los barrios marroquíes de Tetuán, Larache y Alcazarquivir, les basta unas tiendas minúsculas, llamadas «bacalitos». Son, en su mayoría, a guisa

de alacenas o armarios abiertos, unos a continuación de otros, en la fachada de las casas, o al amparo de los soportales que rodean el zoco, y su suelo de madera, colocado a medio metro, aproximadamente, sobre el nivel de la calle, sirve a su dueño a la vez de asiento y de mostrador. En estos «bacalitos», circundados de armarios, se venden tapices, armas de escaso valor, «jeitis», gorros tunecinos, surjanes, «chilabas», babuchas, carteras...

Por las mañanas el mercader moro abre su tiendecilla, sube a ella, se descalza y se asienta: las piernas cruzadas, los codos en las rodillas, la mirada en alto, fija, impasible... y su semblante bronceado contrasta enérgicamente con la blancura de su chilaba. La estrechez del sitio apenas le permite moverse. ¡Bien es cierto que él no piensa en moverse!...

Transcurre el tiempo y aquel hombre no se mueve. A veces se frota las manos suavemente, como acariciándoselas—las manos finas y largas de esta raza ociosa tienen una suprema distinción, —y en seguida recobra su quietud inaccesible a la tediosa monotonía de las horas. A estos espíritus contemplativos nada les interesa; oyen volar un aeroplano y no levantan la cabeza; pasan las mujeres de Europa, tan llamativas, tan alegres, con sus faldas cortas y sus gargantas desnudas, y no las miran; y si las ven, ni una contracción en su rostro, ni un temblor de deseo o de sorpresa en el asfalto de los ojos.

—¿A qué codiciarlas—parecen decirse—si no son para mí?...

Los vendedores judíos llaman al transeunte forastero, le ofrecen mercancías, charlan, regatean... El moro, no; él no discute, ni ruega, ni conoce la inferioridad de las palabras inútiles.

Quisimos comprar un «fez».

—¿Cuánto vale?—preguntamos.

El vendedor, que permanece sentado, que no nos ha sonreído ni tuvo para nosotros ningún gesto amable, responde:

—En moneda española ocho pesetas.

Al europeo, cuando está fuera de su país, le gusta regatear.

—Te doy cinco pesetas.

El nos mira de un modo indefinible.

—No—dice.

Ha hablado sin cólera, sin zozobra, sin prisa. ¡Bien se advierte, en su acento, que no le importa vender!

—¿Quieres seis?...

Nuestro interlocutor nos muestra la palma de la mano derecha, después de frotársela rápidamente contra el pecho; una mano cuyos dedos tienen la delgadez elegante de los minaretes, y murmura:

—«Jalí».

Que significa «basta»; o «no hablemos más...» Y luego nos despide con estas palabras sedantes y hondas, como el desierto:

—«La paz sea contigo...»

Nada; ni la pena ni la alegría turbará el reposo de tumba de esas almas para quienes parece no existir lo Imprevisto.

Habíamos salido de Tánger, en automóvil, camino de Tetuán. Era una de esas mañanas mogrebinas, luminosas y azules en las que, como observaron exactamente los españoles que viven en Marruecos, «hace frío y, sin embargo, pica el sol». Poco antes de llegar a las quebraduras trágicas del Fondak, divisamos un pastor moro sentado al borde de la ruta. El perro que lo acompañaba, al vernos, salió al comedio del camino y empezó

a ladrar. El motorista, presintiendo una desgracia, oprimió la bocina y la voz del metal despertó los ecos del valle. Pero el temerario animal no se apartaba y el coche lo mató. Un movimiento de compasión nos obligó a echar pie a tierra. Unicamente el moro no se movió; tranquilamente, desde el sitio en que se hallaba, miraba el cadáver. ¿Sentía lo ocurrido?... Probablemente no. De todos modos era inútil preguntárselo, y reanudamos el viaje. Momentos después volvimos la cabeza para mirar el extraño dúo que formaban en la serenidad infinita del campo el cadáver del perro, en medio del camino, y el moro sentado; los dos quietos, a cuál más. ¡Oh! ¿Quién sabrá nunca lo que sucede en el alma de un moro?...

No hace mucho tiempo, en una calle céntrica de Madrid, dos novios se despedían: «Ella» subió a un tranvía; «El» quedóse embelesado contemplándola, olvidado del lugar en que estaba, sin acordarse tampoco de que, para mirarla, tenía toda la vida...; y de pronto otro tranvía, que avanzaba en sentido opuesto, le tiró contra el suelo, despedazándole bajo sus ruedas. Estas cabriolas del Azar—la Muerte gusta de patinar sobre los idilios—las sentimos bien las gentes de Europa, tan fáciles a cegar de dolor como de alegría. Los moros no; un moro se habría despedido de su mujer y no hubiera vuelto la cabeza.

La disposición contemplativa del musulmán responde a la sencillez fuerte de los paisajes que le inspiran; a la calma de su animal favorito, el camello; a la extraña expresión de su planta predilecta, la chumbera, con sus hojas inertes y hostiles, inaccesibles a las caricias de la brisa...

¿Por qué no se emocionan, por qué no vibran

los que leen el Korán? ¿De dónde nace su inmenso desdén? ¿Es de su misma ignorancia, o del convencimiento amargo de que sólo es eterno el Olvido?...

Imposible contestar.

Esas almas inmóviles que envejecen sin miedo, porque no desean, y no desear es sustraerse al Tiempo, y para las cuales tampoco existe el Espacio, porque no se mueven, son almas admirables que, como el Océano, forman horizonte. Moro debió de ser quien, obligado a elegir entre la Vida y la Muerte, no supo optar, porque... ¡le parecían lo mismo!...

XXXVIII

UN ALMUERZO

Estos pueblos de abolengo oriental poseen un concepto, completamente suyo, del decorado y de la elegancia. Los trajes negros o grises con que Europa se viste, los muebles obscuros, las alfombras y los cortinajes severos, fracasan al otro lado del Estrecho. No los permite el sol; no los acepta tampoco la disposición espiritual de esos marroquíes en quienes, dentro del silencio de sus almas absortas, la fantasía rutila magníficamente con el brillo de todas las gemas. El mismo arrebato imaginativo, la misma exaltada policromía, que caracterizan la poesía árabe, presiden el ornato interior de los hogares. El moro acomodado ama los tapices y las sedas de colores violentos, las armas de rica empuñadura, los solados de mármol blanco, las fuentes de alegres azulejos en los que el chorro del surtidor levanta un plumero de plata; y adora también la gran franja añil o púrpura de los «jeitis», que rodean las estancias de un zócalo ardiente; y los espejos,

hijos de la luz, que tienen como ella dos crepúsculos y mueren con su madre; y los servicios de oro o plata; y el aliento fragante de los pebeteros, que al par que emperezan el cuerpo, sacuden y espolean el espíritu; y, acaso más que nada, los relojes de pared. ¡Cómo abundan esos relojes tristes a los que su dueño no da cuerda nunca! Y, sin embargo, se prodigan al extremo de que son raras las habitaciones en que no hay dos o tres. Sustituyen a los cuadros. Desde los almohadones en que reposa, fumando su pipa, el moro contempla aquellas maquinarias sin latidos, aquellas esferas sin expresión y blancas como rostros muertos, aquellos extraños corazones de acero inventados por la diligente Europa para medir el tiempo, y que él ha detenido. Su quietud le proporciona, sin duda, un deleite inefable. El moro los mira largamente, con esa fijeza tranquila que le es peculiar, y parece decirles:

—Estáis mejor así. ¿Para qué fatigaros en señalarme una hora, y luego otra hora... y otra?... ¿No son todas iguales?... ¿Quién os hizo creer que el tiempo caminaba?... No caminéis vosotros tampoco. Vuestras pobres manecillas, dando vueltas y vueltas, cumplen una labor grotesca, por lo inútil, pues no señalan nada fijo... porque las tres mil seiscientas pulsaciones de vuestra esfera, laten a la vez en el mundo... Sed inmóviles, como la Eternidad...

Hemos tomado un té en la mansión prócer de Sidi-Mohamed-Kaid-Melali, buen amigo de España, a la que ayuda con más de cuatrocientos hombres escogidos; y otro día almorzamos en el palacio del «Bajá», en Alcazarquivir; y ambos lugares advertimos parecido fausto e idéntica inclinación a los colorines estridentes.

Penetramos en el palacio del Bajá por un enor-

me portalón, bajo cuya gran arcada de muros sombríos y resonantes montan la guardia varios soldados. Inmediatamente cruzamos un ancho patio cuadrangular, lleno de verdes enredaderas de flores y de sol, y llegamos al soportal, que adorna todo el frontis de la casa y se apoya en elegantes columnas. Allí somos acogidos por el Bajá, al que rodean algunos moros conspicuos, todos muy altos, graves, barbudos y decorativos. Nuestro anfitrión ha dicho a las personas que me acompañan estas palabras sencillas y hospitalarias:

—Estáis en vuestra casa...

Ha hablado tranquilamente; en su saludo no hubo ni alharacas ni zalemas: ni siquiera ha sonreído. Nos miró a los ojos y nos dió la mano; una mano pequeña y dura: eso fué todo.

El Bajá es de corta estatura, ventrudo y recio, y a pesar de sus sesenta años su barba puntiaguda se conserva casi negra. Una leyenda de valor temerario le acompaña, y es como una estela roja que su cuerpo macizo deja tras sí. Los que le vieron pelear dicen que este hombre se presenta én las batallas a caballo y vestido de blanco, para mejor atraer la curiosidad del enemigo, y siempre ocupa un puesto en las líneas de mayor peligro.

La alfombra del comedor es verde, con «motivos» rojos, azules y amarillos, que infunden a la estancia desusada animación. A lo largo del alto zócalo de azulejos que decora las paredes blancas, una hilera de almohadones multicolores y blancos nos recuerda el placer de digerir lentamente. Las ventanas mezquinas chorrean luz. En un ángulo hay una cama de barrotes dorados, muy limpia y pomposa. Todo ofrece un color brillante, rotundo...

Al entrar en el comedor nuestro anfitrión y sus acompañantes se han descalzado, pero con un

ademán nos significan que podemos conservar puestas nuestras botas. Aceptamos el permiso. Unicamente las señoras que vienen con nosotros siguen el ejemplo de los moros; acaso por lucir la gentileza de sus pies; quizás, también, para descansar de sus zapatitos demasiado estrechos. Esta costumbre no debe hacernos reir. El moro lleva en los pies las mismas cortesías que Europa lleva en la cabeza: lo que para nosotros representa quitarse el sombrero, es para ellos quitarse las babuchas.

En lugares opuestos al salón vemos colocadas dos mesitas redondas, altas de un palmo y rodeada de almohadones. En una de ellas se instalarán el Bajá y sus amigos; en la otra nosotros, porque la cortesía de este pueblo prohibe al anfitrión sentarse con los invitados, a quienes antes debe servir que acompañar. Ya estamos colocados, unos algo alargados sobre los cojines, otros «a la turca», con las piernas cruzadas. Desde la altura de los muros varios relojes inmóviles parecen significarnos «que no hay prisa»...

Empieza el almuerzo. Comemos, según conocidísima costumbre del país, con los dedos: se emplearán los tres dedos de la mano derecha. No hay cubiertos, ni platos, y cada comensal deberá ahincar sus dedos, como quien escarba, en aquella parte de la cazuela que tenga delante. Es lo que prescribe la etiqueta, y la novedad de estas ordenanzas nos regocija y nuestras lenguas se desatan. De pronto la misma inquietud nos hiere a todos; interrogan los ojos:

—¿Qué vamos a beber?...

Los moros no suelen beber más que agua—el Korán, adelantándose a los Estados Unidos, maldijo el alcohol;—pero el Bajá, hombre tolerante,

manda servirnos vino, condescendencia que agradecemos infinitamente.

El arte culinario marroquí es poco complicado: lo componen tres o cuatro maneras diferentes de preparar la gallina y el cordero, una farinácea dulzona llamada cuzcuz y el té, que por la habilidad exquisita con que saben prepararlo y aromarlo y la unción con que luego se lo llevan a los labios, mereciera ser declarado «bebida nacional».

Una sierva, desnuda de pie y pierna, al aire los brazos morenos, trae el primer plato. Por la galería inundada de sol vemos pasar silenciosamente otras esclavas. Son mujeres pechugonas y de caderas carnosas—caderas de harem—que caminan erguidas, el rostro vuelto hacia la luz, y cuyos ojos negros y sumisos, aunque lo vean todo, parecen no ver nada.

El almuerzo prosigue tranquilo; a nuestro lado los moros comen lentamente, y a ratos, charlan en voz baja, sin animación, cual si sus espíritus estuvieran ausentes. Por el contrario, en nosotros el buen humor europeo, gesticulador y comunicativo, no decae: los pies de las esclavas, desnudos sobre la alfombra verde, con el verdor de la hierba fresca, y el hecho mismo de hallarnos sentados en el suelo, nos dan una sensación de campo, de comida rústica y al aire libre.

Acaban de servirnos el «quinto plato» que, como los anteriores, es de carne también; y este exceso de alimentación sin duda ensombrece inesperadamente las reflexiones del cronista.

Pensamos:

—El Bajá nos ha acogido cordial, pero en un comedor que seguramente no es «el suyo»; es decir, aquel en que come con sus mujeres. Nos ha recibido, pues, en donde recibe a cuantos forasteros vienen a importunarle con su curiosidad.

Este comedor es, en cierto modo, un sitio público, casi una prolongación de la calle; algo así como el escaparate de un bazar... ¡Nunca, nunca!... estos hombres desdeñosos y callados, separados de Europa por un odio de siglos, nos abrirán su intimidad. Ahora mismo nos consideran como a turistas frívolos, y como a tales nos burlan mostrándonos únicamente la superficie, la epidermis, de lo que quisiéramos saber. Nosotros creemos hallarnos en casa del Bajá, y no es cierto: no estamos en casa del Bajá...

A esta idea, otra se liga inmediatamente; la del harem. El harem es el misterio más tentador de la civilización islámica; el enigma sensual y cruel, recogido entre penumbras, con que los descendientes del Profeta hacen palidecer de envidia a los hombres, y aun a las mujeres, de Europa.

A la hora de los postres, cuando ya el té humea fragante en los vasos, este agudo deseo de ver lo que los moros recatan más, brilla en todos los ojos.

Nuestras miradas buscan el semblante hermético del Bajá que, medio acostado, fuma una pipa. Hallarnos tan cerca... ¡tan cerca!... de un harem, y no conocerlo. ¿Será posible?...

De repente todos callamos; es un silencio que anuncia algo. Indudablemente uno de nosotros va a hablar...

XXXIX

EL HAREM

Apenas terminado el almuerzo, cuando todavía queda té en los vasos, unas palabras atrevidas nos suben a la boca, tan regocijadas y apremiantes, que sería imposible detenerlas.

Unos labios femeninos sonríen y solicitan:

—¿Se puede visitar el harem?

Miramos al Bajá, que con cierta precipitación nerviosa—una inquietud de malhumor, quizás—acaba de levantarse. Sobre su rostro cobreño ha extendido una sombra; sus facciones se agravan.

—Las mujeres, sí; pueden pasar—dice.

—¿Y los hombres?

Nuestro anfitrión nos mira fríamente.

—Los hombres, no.

Y su negación irradia esa honda fuerza que infunde a las palabras la convicción de que lo que nuestra impertinente curiosidad solicita de él, no será nunca: «¡Nunca!...» Yo estoy cierto de que este adverbio de tiempo tiene para el moro una rotundidad que nosotros no comprendemos bien.

Las señoras alborozadamente se ponen en pie,

cada cual recobra su calzado, y todas se disponen a seguir al Bajá. Entre ellas y nosotros se cambian recomendaciones y promesas.

—Fíjense bien en todo.

—Pierdan ustedes cuidado; ya les contaremos...

El Bajá extiende un brazo, señalando una puerta y una dirección, y camina tres ellas, y de repente experimentamos la sensación de que algo invisible y pesado, como un cortinaje de silencio, acaba de cerrarse a espaldas de las intrusas.

La mujer marroquí vive absolutamente recluída; su hogar es su cárcel. Lo único que variará será el carcelero: de soltera, su carcelero intransigente es su padre; de casada, su guardián, implacable también, será su marido. Los detalles que rodean el amor entre mahometanos, son muy pintorescos. Hasta el momento de la boda, el novio no conocerá personalmente a la que eligió por esposa. ¿Cómo, pues, se enamoró de ella, o, al menos, cómo adivinó que aquella mujer podía gustarle?...

He aquí algo de muy difícil explicación. Acaso, por rarísimo azar, la vió una madrugada ir a la mezquita, tan rebozada, que apenas descubría los ojos, y él la siguió, y le gustaron su manera ágil de andar, y la forma y rosada limpieza de sus talones, bellezas que el moro aprecia mucho. Sus observaciones no pudieron pasar de ahí; pero si ellas, con ser harto mezquinas, bastaron a interesarle, entonces el cortejador buscará una mujer, de las muchas que en estas ciudades misteriosas se dedican a tan altruístas manejos, para que visite a la doncella que le preocupa, y luego le explique su hermosura, y su voz y manera de ser. Así sucede: la amable correveidile, a quien la costumbre de hacer retratos hablando adiestró en este oficio, le describirá a la Desconocida

puntualmente, y lo hará de seguro, con ese verbo colorista, generoso en símiles, de la fantasía árabe:

—La mujer que te interesa es grácil y elegante como la más bella de las palmeras; sus grandes ojos rivalizan con la noche en negrura, y entre sus labios encendidos, sus dientes son blancos como esa franja de espuma con que las olas parecen morder la arena de las playas. Huele a rosas su carne, que tiene la suavidad del plumaje de las palomas...

Con estos vagos informes, el galán se resuelve a visitar al padre de la muchacha, y quizás sea entonces durante el curso de esta entrevista, cuando ella, que acaso sólo cuente trece años, vea por primera vez desde las tinieblas de una celosía a su cortejador, quien tal vez—¡oh desilusión!—se acerque a los sesenta...

El pretendiente y su presunto suegro tratan el asunto: aquél procura favorecer su pretensión ofreciendo una cantidad en metálico, trigo, tierras, media docena de vacas... La generosidad de tales donativos depende, claro es, de la situación económica del solicitante. El padre reflexiona, los dos hombres discuten, y al fin la boda queda concertada. La voluntad de la pobre hembra no interviene, y así un deseo y una codicia bastarán a fijar de manera inexorable su porvenir.

Una doncella de cierta alcurnia no pisará jamás la calle. El día del enlace sus esclavas la bañarán y perfumarán con mayor cuidado que otras veces, barnizarán sus uñas y la vestirán el traje blanco simbólico. A la hora misteriosa de atardecer, ya casi de noche, la desposada será conducida a casa del novio en unas andas y dentro de una alta cesta de mimbre, en forma de torre, que la sustraerá completamente a la curiosidad pública. Un séquito numeroso de invita-

dos a la ceremonia y de criados la acompaña con hachones encendidos, y estas luces temblantes son fantásticas en el silencio y en el misterio de las revueltas callejuelas. Más que una boda parece un entierro lo que vemos pasar. Y eso es, realmente: pues el harem que la aguarda será el sepulcro de aquella viva que, por ser mujer, nació muerta porque nació esclava.

En el enigma del género, las mujeres, de las cuales sólo una es considerada como «legítima» —las restantes son favoritas o esclavas,—limitan sus quehaceres a vestirse lo mejor posible, a recargarse de joyas, a pulirse las uñas y a esperar al amo. Lo ignoran todo, y su ignorancia les obliga a ociosidad perpetua. Son contadas las que aprendieron a leer, y la obscuridad infinita de su pensamiento las hace inaccesibles al roce inquietador de las ideas. En cuanto al moro, le conviene que sus mujeres sean así, porque de ese modo las domina mejor: el ardid no es nuevo, pues ya sabemos que el cimiento más firme en que a lo largo de la Historia se apoyó el despotismo de unos cuantos, fué siempre la ignorancia de la mayoría.

Sin embargo, algunos moros poco tradicionalistas y que viajaron por Europa y simpatizan con ella, tratan de aliviar un poco la prieta servidumbre de sus compañeras. Pero éstas, en quienes una herencia multicentenaria de esclavitud parece haber anquilosado los resortes divinos de la emoción, no desean modificar su vida. ¿Para qué?... Su alma, toda su pobre alma dormida, es un encogimiento de hombros. Nada las interesa, nada las atrae. Un moro principal de Tetuán llevó a su esposa al teatro a ver una película. Para esto había alquilado, por toda la temporada, un palco, al que mandó poner una celosía. El espectáculo

no produjo en la mujer impresión ninguna, ni de sorpresa, ni de alegría, lo único que dijo fué:

—«No comprendo eso.»

Y ya no habló más...

. . . . ,

Ha transcurrido media hora, y nuestras acompañantes vuelven al comedor, seguidas del Bajá, impasible.

—Cuenten, cuenten: ¿qué han visto...

Ellas hablan, y sus ojos y sus palabras revelan desilusión; bien saben que van a decepcionarnos. Nuestras compañeras nos traen en sus lindas manos los añicos de una leyenda. El harem no lo constituyen exclusivamente las mujeres del dueño de la casa, sino que a éstas deben añadirse la madre, las hijas, las hermanas... El harem, de consiguiente, es «el hogar», «la familia», y dista mucho de tener ese sello de constante voluptuosidad que nosotros imaginamos. La murmuración siembra allí pródigamente sus semillas vitandas; unas a otras las mujeres se celan, se detestan, y estos aborrecimientos intestinos turban a cada momento el reposo del amo.

—¿Cuántas mujeres había?—preguntamos.

—Hemos visto dos.

—¿Gordas?... ¿Muy gordas?...

—No; delgadas y pequeñitas. ¡Muy bien vestidas, eso sí; y excesivamente enjoyadas!...

—¿De qué hablaron ustedes?...

—De «nosotras»; porque al hablar de nosotras, indirectamente hablábamos «de ellas» también.

La alegría platicadora y los trajes ligeros de las europeas siempre causan en las moras sobresalto.

—¿Tú eres casada?—preguntaban.

—Sí.

—Y a tu marido, ¿dónde le dejaste? ¿No tiene celos de ti? ¿Cómo te permite salir sola?

—Porque somos libres.

—¿Tú puedes salir de día a la calle siempre que quieras?

—Siempre.

—¿Y de noche?

—También. Las puertas de nuestros hogares están abiertas para nosotras. ¿Por qué no hacéis vosotras lo mismo?

—Nosotras no podemos.

Las moras examinaban gozosamente los vestidos de sus hermanas de Europa, hechos más para exaltar que para esconder las gracias de la escultura femenina.

—¡Qué bonitos—repetían,—qué lindos!...

Y había admiración y envidia en sus caras morenas.

Al despedirnos del Bajá, y mientras le estrechaba la mano, le dije:

—Tú no quieres que nosotros saludemos a tus mujeres, y dejas, en cambio, que nuestras mujeres hablen con las tuyas. Haces mal.

En los ojos obscuros de nuestro anfitrión hubo el temblor de una pregunta:

—¿Por qué?

—Porque nosotros no habíamos de decirlas nada que pudiera molestarte a ti; mientras nuestras mujeres, con sólo dejarse ver, enseñan a las tuyas que su vida de encierro es muy triste y que, poco a poco, deben ir descorriendo los cerrojos de su prisión. Día llegará en que vuestras siervas aborrezcan esa pasividad que en ellas, de madres a hijas, dejó la herencia, y que refuerza la dureza de vuestras costumbres; y, de pronto, romperán sus ligaduras y se pondrán en pie, porque estas rebeldías del alma colectiva se producen así. No olvides que el portillo por donde la civilización de Europa entrará en Marruecos, es el harem...

El Bajá sonreía dentro de su barba canosa. Probablemente razonaba:

—Tienes razón: pero como soy viejo y ese peligro de que hablas tardará en producirse... y cuando llegue—si llega—yo me habré ido ya...

XC

UN SEÑOR QUE CREE CONOCERME

El tren corre con una velocidad de setenta kilómetros por hora, que ya es algo. Las ocho de la noche. Todas las mesas del *diningcar* están ocupadas. Va a comenzar un diálogo.

Personaje primero: Yo.

Personaje segundo: UN SEÑOR QUE CREE CONOCERME.

Nos hallamos instalados el uno enfrente del otro, en una mesa de las pequeñas; mesas «para dos». Advierto que él, desde el primer instante, no aparta sus ojos de mí. Yo, a imitación de las personas notables acostumbradas a ser miradas, o que fingen hallarse habituadas a que las miren... miro a otra parte.

Nos han traído la sopa. A intervalos estudiados observo a mi comensal, cuyas pupilas rutilan con el deseo de hablarme. Yo, bebo vino; «El», cerveza y agua de Vichy.

Viene el pescado.

EL SEÑOR *(ofreciéndome su botella de Vichy)*.—¿Quiere usted un poco de agua mineral?

YO *(amable pero sin exagerar mi agradecimiento)*.—No; muchas gracias.

En estas comidas de vagón-restaurant los platos se suceden con más rapidez aún que las estaciones. Estamos en «el pollo».

EL SEÑOR *(resolviéndose a salir de dudas)*.—¿Me permite usted una pregunta?

YO.—Dígame...

EL SEÑOR.—Yo creo conocerle a usted...

YO *(adoptando un aire modesto que indudablemente me favorece)*.—Es muy posible...

EL SEÑOR.—En cuanto le vi a usted llegar, pensé: «A este señor le conozco yo».

Sonrío y guardo silencio, convencido de que el Misterio es un traje hecho que embellece a todo el mundo. Mi interlocutor me contempla, me remira...; evidentemente busca un modo urbano de obligarme a hablar, y su inquietud me divierte.

EL SEÑOR.—Yo he visto el retrato de usted en alguna parte.

YO *(una sonrisita)*.

EL.—¿Verdad que su fotografía ha aparecido en la prensa recientemente?

YO.—Tal vez.

EL.—¿Usted pertenece al teatro?

YO.—No, señor.

Una pausa.

EL *(irreductible)*.—Pues yo le conozco a usted, y el no acordarme exactamente de dónde nace este conocimiento está haciéndome pasar un rato malísimo. *(Festivo)*. Temo que se me indigeste el pollo... *(Vacilando)*. ¿Usted sería tan amable que me digese su nombre...?

YO *(jugando con su ansiedad)*.—Sí, señor; ¿por qué no...?

«El» me mira anhelante; ha cesado de masticar para oir mejor.

Yo.—Pero se lo diré a usted más tarde, a última hora, después del café...

El (*riendo*).—¡Qué gracia! ¿Por qué no ahora?

Yo.—Porque siento que el incógnito me hace más interesante.

Continuamos charlando. «El señor que cree conocerme» es un conversador ameno. Nos han servido el café y el coñac, y hemos encendido nuestros tabacos. La sobremesa, en los coches-comedores, es siempre breve.

Llegado el momento de pagar, mi interlocutor quiere invitarme. Yo, naturalmente, me opongo. Forcejeamos: el camarero asiste impasible el *match*.

El.—Permítame usted...

Yo (*terminante y conciso*).—Si me quita usted el placer de invitarle, no le descubriré mi nombre.

El (*rendido a discreción*).—Ante eso, callo: es usted el más fuerte.

Seguimos conversando, muchos viajeros se han ido ya.

Un camarero (*que pasa cargado de platos*). ¡Señores... va a servirse la segunda mesa..!

Yo (*levantándome*).—¿Vámonos?

El.—Pero no me dice usted...

Yo (*risueño*).—Sí, ahora; al separarnos...

Caminando uno tras otro a lo largo del pasillo trepidante de los vagones, recorremos dos coches.

El.—Yo me quedo aquí; este es mi asiento.

Yo.—Buenas noches. (*Nos damos las manos*).

El.—¿Y su nombre...?

Yo.—¿Para qué quiere usted saberlo? ¿No comprende usted que mi apellido, por ilustre que fuese, jamás ¡jamás...! tendría el prestigio, el in-

terés novelesco, de esta penumbra que ahora me envuelve...?

El.—Pero... *(consternado).*

Yo.—Usted «cree conocerme» y eso debe bastarle; «descubrirme» es vulgarizarme. No hay verdad, desde el punto de vista sentimental, que valga el oro de un presentimiento.

. . . .

Y me fuí... Me fuí satisfecho, seguro de haber acertado a vivir, con mi silencio, un pequeño momento de arte.

Córdoba, 1915.

Alcazarquivir, 1921.

FIN

INDICE

INDICE

OBRAS DE EMILIO ZOLA

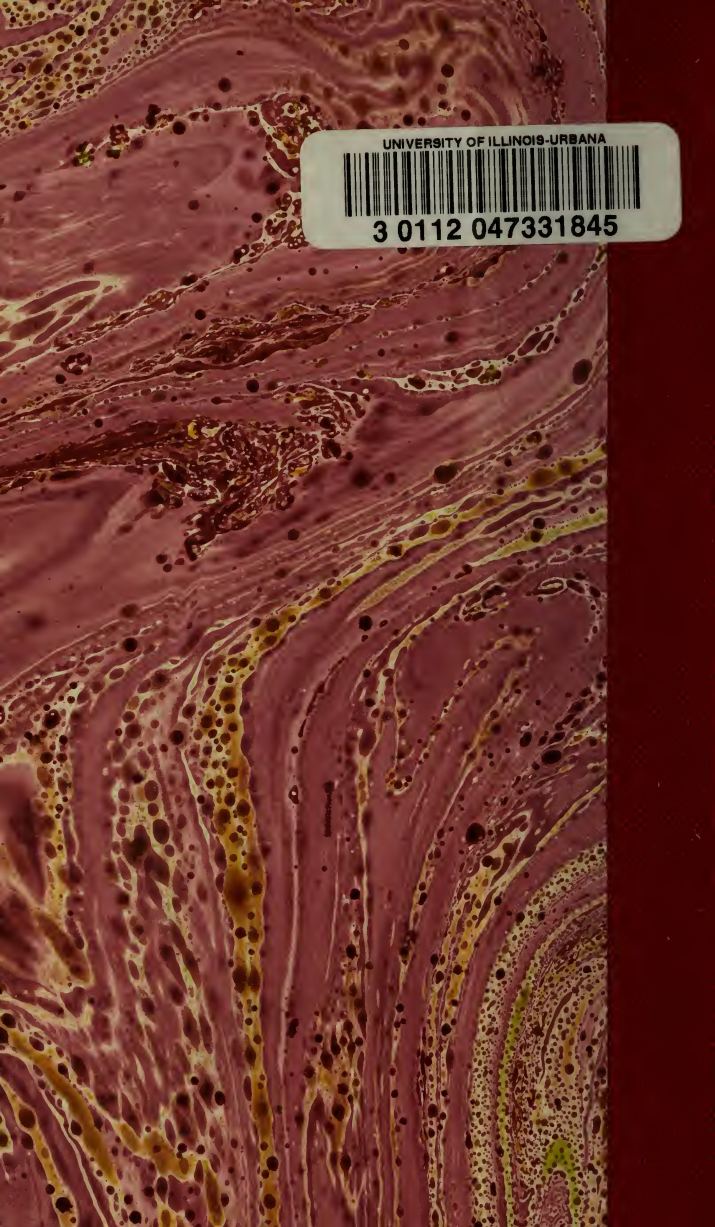
Naná	2	tomos
L'Assommoir	2	»
Teresa Raquin	1	»
Los Misterios de Marsella	1	»
La Dèbacle	2	»
Lourdes	2	»
Roma	2	»
París	2	»
Fecundidad	2	»
Trabajo	2	»
Verdad	2	»
Magdalena Ferat	1	»
Sidonio y Mederico	1	»
La confesión de Claudio	1	»
La Obra	2	»
La fortuna de los Rougon	2	»
Epistolario	1	»
Germinal (drama)	1	»
La taberna (drama)	1	»
La mujer del diputado	1	»
A orillas del mar	1	»
Noche de amor	1	»



Obras de LEON TOLSTOY

DE VENTA EN ESTA CASA EDITORIAL

Infancia, Adolescencia, Juventud, un tomo.	5	pesetas
Los cosacos, Sebastopol, un tomo . . .	4	»
La invasión, Polikuchka, Narraciones cortas, un tomo.	4	»
La guerra y la paz, 3 tomos.	6	»
El matrimonio, un tomo	2	»
La esclavitud moderna, un tomo. . . .	2	»
Ana Karenine, 2 tomos	4	»
Ana Karenine, (drama)	0'75	»
Ana Karenine, 2 tomos tela. — (Colección «Arte y Letras»)	10	»
La sonata de Kreutzer, un tomo. . . .	2	»
Los Cosacos.--Imitaciones, un tomo . . .	2	»
Dos aventuras, un tomo.	1'50	»
Amor y Libertad, un tomo.	2	»
Cuentos y fábulas, un tomo.	2	»
Los placeres viciosos, un tomo.	2	»
Imitaciones, un tomo	1'50	»
Resurrección, (drama)	1'50	»


UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 047331845